

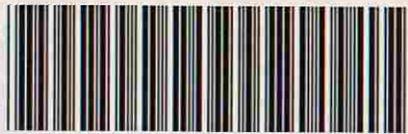
43
IDAD
CCIÓN

39

LA VIDA
DESPUES
DE LA
MUERTE

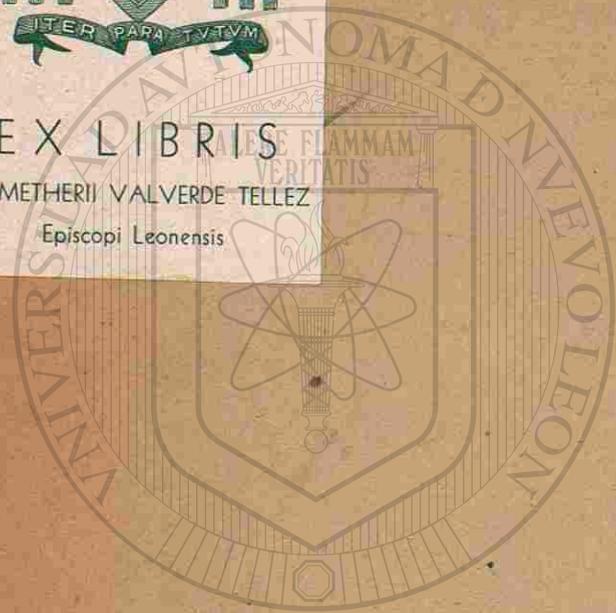
BT 743
V3
C. 1

004935



1080021752

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA VIDA
DESPUES DE LA MUERTE

• 6

LA RAZON Y LA REVELACION

SOBRE

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

POR EL CANONIGO

JUAN S. VAUGHAN.

VERSION CASTELLANA

DE

EDUARDO A. GIBBON

(Traductor y autor)

SOCIO DE LA SOCIEDAD

DE GEOGRAFIA Y ESTADISTICA DEL LICEO MEXICANO, ETC.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La vida de cada hombre viene á ser como el surco de un arroyo cuyos pequeños comienzos están á la vista de todos con toda claridad, pero cuya ruta ulterior y destino, conforme se desliza en el transcurso de infinitos años, sólo al Todopoderoso le es dado discernir.

T. CARLYLE.

MEXICO.

TIP. DE "EL NACIONAL".—MARISCALA, 5.

1896.

46329

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tallar

BT743
V3



U A N L

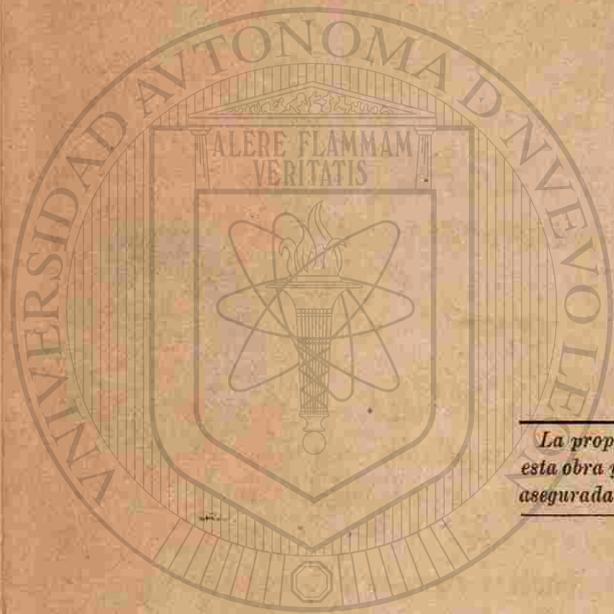
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
VALVERDE Y TELLEZ

009935



La propiedad literaria de esta obra y traducción queda asegurada conforme á la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

NAR á conocer por medio la versión del inglés al castellano, una obra de la importancia transcendental cual la que hoy ofrecemos gustosos al lector, es llenar un deber de conciencia, y cumplir á la vez con la honrosa misión tan bondadosamente otorgada al traductor por el autor, para que México, país cuyos elevados sentimientos religiosos son tan respetados en Europa, viniese á tener conocimiento de la obra que sólo con su título ha despertado profundo interés universal.

La presente obra, tratando en terreno científico, de un asunto que á todos nos atañe, "La Vida después de la Muerte" es la obra de un

cerebro tan luminoso, tan científico y privilegiado, cual es sin duda grande su corazón y anhelo por la felicidad eterna de sus semejantes. Aparece esta obra en las contemporáneas sociedades con la luz de la ciencia por un lado y las espesas sombras que por otro envuelven y anulan el espíritu humano.

El feliz y privilegiado creyente encontrará en las páginas del libro la comprobación científica de sus creencias, la afirmación completa de sus ideas, la inexplicable dicha que imprimen las verdades eternas—el consuelo del alma—que es consuelo que el Criador otorga á manos llenas, á todo aquel que, sin trabas, ni dudas humanas, lo reconoce, lo ama y lo proclama....

El pretendido no creyente, el pigmeo humano que á toda costa y con su vano orgullo quiere hacerse gigante ante la vista del ignorante ó del incauto, proclamando teorías y esparciendo ideas, que tan sólo concuerdan con la materia y la mentira halagadora, encontrará en este libro la rectificación científica de sus errores, el derrocamiento de sus falsas deidades, la derrota completa de la mentira tenebrosa por medio la clara luz de la verdad. Por medio aquella misma ciencia, de la que pretende servirse

para negar á Dios la existencia del alma y su inmortalidad.

Cuando las palpitantes páginas de esta obra despiertan la dormida conciencia, elevan el espíritu, remueven toda duda, é imparten á el alma transcendental consuelo con verdades eternas que emanadas del Divino cerebro, llegan con luz del cielo á romper las tinieblas del vacilante pobre espíritu; entonces nos vemos obligados á confesar que esta obra, en tan modestas dimensiones, es: *¡gran libro del día!* Ayer como hoy, y hoy como mañana, serán sus páginas leídas con avidez. Serán siempre, también, antorcha de verdad y ciencia, cual llave son que nos abren las puertas de esa vida futura, vida eternal del alma y su final destino....

Concordante modestia con el carácter del ilustre autor y de su elevado sacerdocio, es llamar, en el Prólogo de introducción á su obra: *pequeño tratado* que ahora aparece en forma de libro, á pedimento de un número considerable de lectores, residentes en varias partes de la Gran Bretaña é Irlanda. Dícenos también su autor que: «los capítulos siguientes fueron escritos en primera instancia, á invitación del Muy Rev. Monseñor Nugent, para las columnas del *Catholic Times*, sin pensar nunca que

aparecerían en forma más permanente». Esperando que esto hará la apología de su estilo y lenguaje un tanto cuanto corriente y familiar».

Mas antes dícenos también:—“La intención del autor ha sido tratar del asunto más palpitantemente interesante, de la manera más amena, más clara y popular á sus alcances—hablar en realidad de los problemas más profundos y de mayor importancia que agitan la mente humana, y, sin embargo, hablar de tal manera, que las personas menos educadas puedan con facilidad entenderlo y seguirlo».

Con singular afecto y medida intención, dedica ésta su obra, á sus hermanos: su Eminencia el Cardenal Vaughan, Arzobispo de Westminster; al reciente Arzobispo de Sydney, al Reverendo Kenelm Vaughan (muy conocido y apreciado en México), fundador del Archiconfraternidad de la Divina Expiación; á Jerónimo, fundador del monasterio de San Benedicto; al Coronel Francisco, Comandante de un Cuerpo de la Real Milicia; á Bernardo, Jefe de la Misión de Jesuitas en Manchester, y, finalmente, á su hermano Don Reinaldo. A todos y á cada uno—sin previa consulta—como con suma gracia dice el autor, dedica el

pequeño tomo: «como un debil tributo de su profundo afecto».

La obra, como es muy natural, trae, para su publicación, la correspondiente autorización de la Mitra de Westminster, y que á la letra copiamos en texto original:—

NIHIL OBSTAT.

Gulielmus Gildea, D. D.

IMPRIMATUR.

Herbertus Cardinalis Vaughan,

Archiepiscopus Westmonasteriensis».

Réstanos tan solo decir, que esta traducción ha sido hecha apegándonos de tal manera al original, que hemos tal vez incurrido hasta en faltas que redundan en *anglisimos*, mas nunca en perjuicio del autor. Sirvanos de apología la intención, nacida del respeto que al estilo y pensamiento del autor tenemos y nos hemos esforzado en conservar, no haciendo de su obra muy libre traducción.

¡Ojalá que esta obra, que tanto ha impresionado al mundo intelectual de la culta Europa, que tan radiante viene—como cosa inspirada por Dios—que es la misma razón, en terre-

no científico, tendiendo la mano á la revelación sobre inmortalidad del alma y una vida futura, sirva para alejar las nieblas del espíritu en el cerebro de aquellos engañados y engañadores que pretenden (infructuosa empresa) destruirlo indestructible, el alma, por medio de la materia.

Eduardo A. Gibbon.

México, 1895.



PREFACIO

POR EL CANONIGO J. MOYES.

EL objeto de esta obra es asentar en un lenguaje claro y popular, el razonamiento de cierta clase de grandes verdades que yacen en los cimientos de la fe Cristiana. Ha encontrado motivo de inspiración en la convicción—aquella de que para toda mente cristiana debe ser fuente de fortaleza, de solaz y seguridad—de que el cristianismo reclama, descansar sobre una base razonable, y que tiene el más elevado interés en hacer uso, en valorizar y en defender la luz de la razón humana con la que Dios nos ha dotado. Religión, nada quiere decir, sino es el servicio de Dios; y Dios mismo exige que aquel nues-

no científico, tendiendo la mano á la revelación sobre inmortalidad del alma y una vida futura, sirva para alejar las nieblas del espíritu en el cerebro de aquellos engañados y engañadores que pretenden (infructuosa empresa) destruirlo indestructible, el alma, por medio de la materia.

Eduardo A. Gibbon.

México, 1895.



PREFACIO

POR EL CANONIGO J. MOYES.

EL objeto de esta obra es asentar en un lenguaje claro y popular, el razonamiento de cierta clase de grandes verdades que yacen en los cimientos de la fe Cristiana. Ha encontrado motivo de inspiración en la convicción—aquella de que para toda mente cristiana debe ser fuente de fortaleza, de solaz y seguridad—de que el cristianismo reclama, descansar sobre una base razonable, y que tiene el más elevado interés en hacer uso, en valorizar y en defender la luz de la razón humana con la que Dios nos ha dotado. Religión, nada quiere decir, sino es el servicio de Dios; y Dios mismo exige que aquel nues-

tro servicio sea "razonable" (Rom. XII. 1), y que no tan solo poseeremos, sino que estaremos dispuestos á otorgar, "una razón por la esperanza que en nosotros está" (1 Pedro III. 15). Esta apreciación tan cordial del valor y demanda de la razón humana es rasgo característico del Cristianismo, sobre el que apenas podemos insistir lo suficiente en un siglo de duda y de negación, y aun podré agregar, de sistemas filosóficos, que no con poca frecuencia se edifican sobre un acto ineciativo de traición á nuestra naturaleza racional.

Sostenemos que es razonable creer en la existencia de un Dios Personal é Inteligente. Sostenemos que tenemos testimonio razonable para creer que este Dios le ha hablado al género humano. Y, siendo Dios Verdad, sostenemos que es razonable en lo supremo creer lo que El nos ha dicho, sea lo que fuere. Dios, hablándonos á nosotros es la *Revelación*, el creer de nuestra parte lo que El dice es la *Fe*. Así es que la Fe y la Revelación encuentran sus cimientos en la razón, la razón que nos dice que existe Dios; la razón que nos asegura del hecho de que ha hablado El; la razón que nos inculca el deber de creer lo que El nos dice. Jamás, entonces, puede el cristiano mofarse de la razón humana, sin á la

vez mofarse de los mismísimos cimientos que están debajo de la mansión espiritual á donde vive. Jamás puede olvidarse que la luz de la Razón no menos que la de la Revelación, procedé de El, la luz de "cuyo semblante está sellado sobre nosotros" (Salmo IV. 7), y que es la luz que ilumina á todo hombre que al mundo viene" (San Juan I). La Iglesia Católica ha demostrado su sabiduría defendiendo con vigilancia el derecho y la veracidad de la humana razón contra aquellos que la han impugnado. Así lo hizo contra Lutero, quien, al enseñar que nuestra naturaleza estaba enteramente viciada y corrompida por la caída del hombre, describió la razón humana, su parte la más elevada, como "bestia", y le echó encima algunos de los epítetos más vilipendiosos que encontrar pudo en su vocabulario de vituperación. Lo mismo hizo la Iglesia contra De la Mennais, que buscó indiscretamente disminuir y depreciar el objeto de la razón natural, con la mira de magnificar y dar expansión al dominio de la Fe en la esfera del juicio humano. Lo hizo también en el Concilio Vaticano, cuando ella vindicó para la razón humana su facultad sublime como sirviendo de base natural á las verdades de la revelación. Mientras tanto la Igle-

sia Católica sea el guardián de la Fe, deberá continuar siendo la defensora de la Razón (*).

Cuando sostenemos que el edificio todo de las creencias Cristianas tiene por cimientos la razón humana, no queremos decir que mientras en él descansa, no podrá por eso dejar de levantarse más alto. Mucho menos pretendemos decir que la obra de la fe Cristiana es puramente un procedimiento natural, desnudo, intelectual. Nuestra razón nos suple con un cimiento razonable para creer que hay un Dios; igualmente con cimientos razonables para creer que Dios nos ha hablado y nos ha comunicado ese conjunto de verdad, al que llamamos Revelación. En ambos casos sostenemos que el testimonio es razonable, es á decir, que posee seguridades tales de verdad, que estaremos obrando de manera razonable cuando lo creemos y aceptamos. Pero semejante testimonio, mientras tanto reclama, no fuerza mi asentimiento (**)

(*) Si alguien dijere que el Único y Verdadero Dios, nuestro Creador y Señor no puede ser conocido ciertamente por la luz natural de la razón humana y por medio de Sus obras, que recaiga sobre él anatema.—*Constitución Dogmática del Vaticano*. Canon II., *De Revelatione*.

(**) El asentimiento intelectual no está esforzado salvo en verdades primarias y de por sí evidentes. Yo no puedo dejar de creer que $2+2=4$. Pero sí puedo ayudarme creyendo que la suma de los ángulos de un triángulo son iguales á dos ángulos rectos, pues si yo escojo no es fuerza que vaya en busca de las razones que lo establecen. Y á ser esto cierto en el dominio de las verdades necesarias, que dentro encierran su propio testimonio cuánto más en el domi-

La evidencia esta ahí, y su razonamiento está ahí; pero si bien me place buscar el testimonio, el espíritu y la actitud de la mente bajo los cuales le examino, y, por consiguiente, la medida en la que alcanzaré el sentido de su razonamiento y de lo concluyente, es simplemente materia de mi propio libre albedrío. Podré, ó no podré. La luz de la razón, si hago de ella el uso debido, me pondrá en posesión de cimientos razonables para creer; pero deja mi libertad intacta. Es tan solo en proporción y según consiento á examinar los cimientos, y para verificarlo así en serio y con lealtad, que la luz de la razón hará su apelación á mi convicción. Si me muestro indiferente, ó si bien olvido el examen con propensión consciente ó inconsciente para rechazar, la razón no forzará sobre mí el razonamiento del testimonio. Y, así podré, sin culpa del testimonio, quedarme aun con sinceridad satisfecho en cuanto á su ausencia ó insuficiencia, y quedarme con mi falta de creencia.

Al llegar á este punto—para poder asegurar la coyuntura de la razón del hombre por un lado, con el razonamiento del testimonio por el

nio de los hechos positivos, que tienen su testimonio fuera de ellos? La Revelación y la Encarnación pertenecen al orden de los hechos.

otro—es que tenemos la intervención de la Gracia Divina.

Dios obra sobre la mente y el deseo del hombre. Imparte El al hombre una porción de su propia Mente Divina, y al deseo del hombre un impulso de su propio Deseo Divino. Por conducto de esta luz sobrenatural y de esa influencia el hombre se encuentra amorosamente conducido—y no refrenado, pues la luz y el amor no refrenan—para ver lo razonable del testimonio de Su Revelación, y con gusto dar asentimiento á las verdades que El nos ha revelado. La Fe Católica es, pues, el participio del hombre en la mente y el corazón de Dios (*). De aquí entonces la paz y la unidad, la fuerza y la estabilidad, que son la feliz herencia de aquellos que la poseen.

Una vez que realizamos que esta obra de la Fe es comunicación de la Mente de Dios con la mente del hombre, y un acto infalible de la condescendencia de Dios quien viene á ser «nuestro Maestro» (Is. I v. 4), mientras que nosotros «seremos todos enseñados de Dios» (Juan. VI. 45), y una vez que realicemos que es una unión amorosa, íntima, mental entre Dios y el alma,

(*) El Apóstol usó de una expresión más vigorosa cuando habló de aquellos que así habían sido dotados como que habían sido «participes de la Naturaleza Divina» (2. Ped. I. 4).

con facilidad advertiremos que debe postular ciertas condiciones morales que en el hombre adulto son indispensables. Ahora y hasta donde Dios entrará en Unión semejante con el hombre dependerá del consentimiento libre del hombre, y con seguridad de que el hombre tenga ciertas y determinadas aptitudes, sin las que aquella unión se hace impracticable.

Estas aptitudes no son ni ingenio intelectual, ni grandeza literaria, ni profunda erudición, ni sabiduría mundana. Son de un orden muy diverso. Pues, son la humildad, la docilidad «que se humilla como un niño», la sinceridad, y la «pureza de corazón» que «ve á Dios». Por otra parte, el orgullo intelectual por muy suspicaz y oculto que sea, las preveniciones del ánimo y las preocupaciones junto con el apego, á opiniones personales que de él nacen (y que son perfectamente compatibles con dosis considerable de sinceridad) son otros tantos obstáculos que vienen á obstruir, si no á servir de barrera completa y echar á perder esa sombrada de la Mente de Dios en el alma, á la que llamamos la gracia de la Fe.

Estamos aquí asentando una ley general de la manera de obrar de Dios para con el hombre. Su aplicación á casos individuales de este

ó de aquel no creyente no es de nuestra incumbencia, puesto que depende de circunstancias que descansan principalmente en *foro conscientie*, y que están fuera del alcance de nuestra vista. Nuestro deber es esperar, orar, dejando á Dios que juzgue, pues á El le corresponde. En cuanto al que es Cristiano, sóbrale con atenerse á lo que ha encontrado en Dios, y en lo que Dios para él ha sido. Tiene el testimonio de Dios por dentro y por fuera. Tiene la conciencia profunda del raciocinio del testimonio de la Existencia de Dios—testimonio que llena é inunda de luz al Universo entero, mientras que aquél vibra en lo más hondo de su propio corazón—testimonio que le proporciona la llave del pasado, del presente y del porvenir y que proporciona las únicas respuestas á ese interrogatorio irrepresible del alma humana, en lo que concierne á el de dónde, el por qué y el adónde. Tiene la conciencia de lo razonable del testimonio de que Dios, como Padre excelente, ha hablado é instruido al género humano. Tiene la conciencia de lo razonable que es aceptar, sin duda ó discusión, lo que su Dios le ha dicho. Sobre todo, tenemos conciencia de que Dios ha estado con nosotros en la obra esta de las creencias, y que es Dios

mismo el que, por medio de impartirnos Su propia Mente Divina y Su corazón, ha sellado, santificado y remachado la venia que nuestra razón ha dado á lo razonable de aquel testimonio que el mundo, por dentro y por fuera, nos ha presentado, y que es testigo de su obra bendita en nuestro interior, dándole á el alma cristiana esa paz que el mundo no puede darle, y esa fuerza que el mundo mal puede resistir. «ESTA ES NUESTRA VICTORIA QUE VENCE AL MUNDO, NUESTRA FE». Este es el dulce razonamiento que cubre con radiante ropaje toda la Palabra de Dios y toda la Obra de Dios, y que inspira esa apelación que esta obra provoca á la conciencia de su lector. Si «La Vida Después de la Muerte» logra disipar la niebla aunque no sea sino de una sola alma, obscurida, ó restaura las fuerzas y el valor aun á uno solo de aquellos viandantes rendidos de cansancio de la vida, ó le sirve de guía aun á uno de esos errantes en el laberinto donde no se cree ¿quién será aquel que no desee á este libro, que con Dios vaya en su misión de luz y de provecho?

J. MOYES.
Canónigo

CASA DEL ARZOBISPADO,
Westminster, 1895.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



LA VIDA

DESPUES DE LA MUERTE

CAPÍTULO I

MI LUGAR EN EL UNIVERSO

Hermano, encuentro que este Planeta no es sino un grano de arena inadvertido en los continentes del ser existente. Los intereses temporales de este pobre Planeta, vuestros intereses y mis intereses ahí, cuando penetro con mirada fija en ese eterno Mar de tenue Luz, de ese Mar de Llamas con sus eternos intereses, acaban todos por desvanecerse y convertirse literalmente en la nada.

T. CARLYLE.



CUÉNTASE una historia de un niño nacido en las profundidades de una extensa mina en América. En aquella oscura, tristísima habitación abajo de tierra, fué creciendo año tras año, sin que se le

llevara una sola vez á la superficie. Nunca se mostró quejoso de su suerte, puesto que ignoraba cosa mejor. Jugaba y correteaba, y se reía por aquellos corredores subterráneos, tan solo iluminados por la luz tenue arrojada por unas cuantas lámparas de aceite colocadas aquí y acullá; no sospechaba en lo absoluto el ruido, el vaivén y la lucha del gran mundo que tenía por fuera. El mundo externo—los pueblos y ciudades, y los miles de abejas arrieras de la industria humana, eran para él cosas desconocidas—en realidad, se figuraba cosa natural que el interior de aquella gran mina, con los trabajadores y sus esposas que trabajaban todo el día, era el único mundo que existía. Mas al fin, cuando el niño llegó á tener ocho ó nueve años, vino por casualidad á dar con la boca del tiro. Era medio día en tiempos de verano, cuando la luz se derramaba por colinas y valles con sus dorados esplendores. ¡El niño no había visto jamás cosa tan bella! Por vez primera, en su edad temprana, tendía la vista sobre llanuras dilatadas. Por un lado, contemplaba inmensos bosques y montañas cubiertas de arbolado; por el otro, el mar lejano que brillaba cual oro derretido y se extendía hasta parecer confundirse y perderse en la arquea-

da bóveda celeste, á la sazón revestida con los más ricos tintes de carmín y púrpura. El niño, atónito, estaba ahí de pie como petrificado y clavado en aquel sitio. Parecía que estaba como aturdido é incapacitado de abarcar la escena esplendorosa. La inmensidad del espacio, las distancias, que ni soñadas; las proporciones gigantescas del mundo, parecían anonadarlo mentalmente, oprimir sus sentidos. Pero al fin, obedeciendo los mandatos de la naturaleza, se dejó caer de rodillas y adoró al Autor de toda esta belleza, de esta magnificencia.

En la historia de este niño (*) tenemos una bellísima figura de la historia de la raza humana. Por miles de años vivió el hombre sobre la tierra y se dió por satisfecho con la contemplación de su propia forma y de su naturaleza y con cantar sus alabanzas. Apenas si sabía algo más allá del universo planetario, de lo que sabía el niño de quien hemos hablado, de los bosques y de los mares, de las ciudades populosas, emporio del tráfico y del comercio, aque-

(*) Algún erudito me ha escrito para informarme que esta historia es cosa imposible. Pero seguramente que su veracidad ó falsedad no afecta de ninguna manera su valor como por vía de ilustración. ¿Acaso las fábulas de Esopo ó las de La Fontaine son menos instructivas por no estar fundadas en los hechos?

¿Mas qué existían fuera de la mina en que habitaba.

Para el hombre primitivo la tierra era, prácticamente, toda la creación. Nunca dudó que aquella fuese el centro del universo mismo, arraigado y establecido para siempre. El sol, la luna y las estrellas, eran para él otras tantas lámparas con que alumbrarla. La tierra, según sus ideas, no se movía por sí, sino que permanecía rígida y fija, mientras tanto, los otros grandes planetas y soles le pagaban tributo bailando en su derredor. El hombre no tenía idea de lo vasto del reino del espacio, extendiéndose por todos lados. No se podía formar idea adecuada de las dimensiones y de la magnificencia de los cuerpos celestes; así es que, en aquellos tiempos, la creación no le hablaba con nada parecido á la elocuencia con la que hoy día nos habla. En realidad, hasta que hubo avanzado la ciencia astronómica y fueron inventados los enormes y complicados telescopios y puestos á disposición del hombre los observatorios é instrumentos de precisión para el uso común, el hombre poco sabía de las dimensiones ó de la escala colosal de la creación visible.

Con ayuda de telescopios de refracción y de

reflejo y por medio de ese avance general en toda la línea de la ciencia, hemos venido ya á corregir nuestras opiniones. Ya no vivimos más en la mina, sino que hemos alcanzado la luz del día científico. Encontramos que la tierra, nuestro lugar de residencia, no es aquel planeta importante que nos figurábamos. Lejos de ser el centro del universo, el primero ó jefe de entre los millares de orbes celestes que se mueven en el espacio, nos vemos obligados á admitir que es objeto muy pequeño y extremadamente insignificante. Comparado con el resto de la creación, no es sino pequeñísima mota, un simple grano de polvo, un punto inapreciable. Podremos hablar del sol como "una lámpara que sirve para iluminar nuestra tierra"; mas ahora ya sabemos que esta lámpara es muchísimo más de un millón de veces el volumen de la tierra que alumbrá. Tan pequeña es, en comparación, la tierra, que bien podíamos tomar suficiente materia del sol para modelar mil ó diez mil mundos del tamaño del nuestro, y en cambio, el sol nos parecería casi tan grande, tan brillante y hermoso como antes, y su gloria apenas disminuida. Aún más: si el globo del sol fuese partido en tajadas de millones de partes por igual, cada una de es-

tas millonésimas partes sería apreciada como de mayores dimensiones que el volumen de la tierra; tan inconcebible es, pues, su magnitud. Y sin embargo, si el sol y la tierra y todo el sistema solar, junto con todo lo que contiene, fueran á ser borrados repentinamente y en lo absoluto aniquilados, el efecto en cuanto al universo, en masa, se reduciría tan sólo al hecho de que una pequeñísima estrella, perdida en las profundidades insondables del espacio, había cesado de centellear. Los millares de estrellas que pueblan nuestro firmamento, han alcanzado vastísima importancia. «Cada una de estas estrellas es de por sí potente sol, rivalizando con y en muchos casos dejando atrás á nuestro luminar. De esta manera nos formamos un juicio majestuoso de las vastas dimensiones del espacio y de la altivez y esplendor de los millares de globos que en él tienen albergue». (*)

Como también nos lo ha expresado un escritor contemporáneo: «De esos cuerpos celestes que gravitan en majestuosa armonía por el espacio infinito, algunos de entre ellos son soles que por vez primera están reventan-

(*) Vide Ball,

do en flamas, mientras otros son soles que caen si se han extinguido ya. He aquí mundos que son cunas de la vida; he ahí mundos que son sus sepulcros—vastas sepulturas sin nombre, negras y heladas, amenazantes para ese fin al que se apresura nuestro hogar terráqueo. Esta tierra no es sino un islote diminuto en el archipiélago celestial sin límites, que encuentra su centro en todas partes y su circunferencia en parte alguna: uno de los planetas menos considerables de nuestro vasto sistema solar que, además, no es sino un punto en el ilimitado océano del espacio». (*) Destruir todo nuestro planeta, no produciría mayor efecto en el universo mismo que lo que produciría la destrucción de una hoja aislada en un inmenso bosque; no dejaría mayor apertura de importancia en la creación material, que lo que efectuaría la destrucción de un solo grano de arena en la profundidad ó fondo inmenso del océano.

Qué cosa tan pobre, débil y corta de alcances viene á ser el hombre en presencia del grande é irresistible Poder Aquel, que ha esparcido el firmamento arriba y en rededor

(*) W. S. Lilly.

nuestro y que ha llenado el espacio todo con tan innumerables y tan maravillosos mundos! Cuando salimos por la noche y con el pensamiento penetramos de una manera aterradora á aquellas profundidades inter-estelares sin fondo; cuando miramos con reverente admiración á esas estrellas tan lejanas, que sabemos son enormes soles y que no obstante, parecen ser granos de dorado esplendor, debido todo esto á su estupenda é inconmensurable distancia, ¿acaso no se deslizan por nosotros sentimientos de reverencia y de temor? ¿Acaso no nos sentimos inclinados, como el niño que por vez primera salió de la mina obscura á luz del día risueño, á caer de rodillas, adorar y rendir culto al Señor, al Amo de toda esta magnificencia, é imitando al profeta, prorrumpir con voz de sorpresa y de adoración, diciendo: «Los cielos y la tierra están llenos de *Tu* gloria. Todo es obra de *Tus* manos. Todo perecerá, pero *Tú* durarás; todo llegará á envejecerse como una vestimenta, y *Tú* lo cambiarás todo como cambias un vestido, y todo será cambiado; pero *Tú* serás siempre el mismo y no pasarán tus años. (P. s. ci 27)? Sin embargo, aunque la extensión ilimitada, la excepcional belleza, y el orden perfecto y la proporción si-

métrica de la creación material, es revelación estupenda de Dios; y, aunque palpamos las perfecciones del Divino Artista, como quien dice brillando por medio de su propia obra, y también reflectada en cada parte de la creación, sin embargo, se hace ésta aún más patente en el hombre mismo.

El hombre es de por sí mucho más sorprendente, creación muy superior que todo el universo material; y proporciona pruebas aún más incontestables del poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios. Ver á ese micróscopo, el hombre, es ver una obra que es divina. Todo su ser nos habla de Dios y reconoce en El á su Autor. En realidad, sería mucho más fácil suponer que una máquina tan complicada y bella como lo es una locomotora ó un cronómetro vino á brotar á la existencia, sin ejercicio alguno del pensamiento ó de la razón, y sin ningún artificio para concebirla y modelarla, que sería suponer que el hombre, con todas sus coyunturas y órganos corporales y facultades mentales, podría existir sin un intelecto divino para concebirlo, un poder omnipotente para crearlo. Pero lo que reclama especial atención y consideración, es el hecho de que no tan solo la revelación, sino la Escri-

tura, sino la tradición, sino la enseñanza teológica sino que hasta la ciencia misma nos obliga, salvo que nos ofusquemos al grado de negar hasta los dictados de la razón más clara y nos neguemos á admitir á un Creador todo poderoso y todo sabiduría.

En los tiempos por los que corremos, los hombres basan su fe en la ciencia. La ciencia es su monitor, su instructor, su único guía de fiar y su autoridad. Hombres que, en su orgullo y en aquello de bastarse á sí mismos, rechazan la Revelación, denuncian á la Iglesia y burlan de la Biblia y, en verdad, de todo aquello que tenga sabor á lo sobrenatural, haciendo de la ciencia base y surco de sus creencias.

¿Pero nosotros, como católicos, acaso le tememos á la ciencia? ¿Rechazamos, por ventura, su enseñanza? ¿Cerramos los ojos á sus descubrimientos ó arrojamos el desaliento á sus investigaciones? ¡No! ¡Decididamente que no! ¿Acaso no es Dios autor de la Naturaleza como lo es de la gracia? ¿No nos viene toda verdad de Dios, ya bien sea verdad física ó moral, científica ó teológica? ¿Acaso puede Dios contradecirse á sí mismo? ¡Jamás! Entonces, ¿por qué hemos de temerle al adelante de la

investigación científica y al examen de la física? No tenemos causa alguna por qué temerle. Es un aliado, un ayuda de mano á la teología. Qué, ¿la ciencia niega á Dios? Por el contrario. Si recurrimos á la ciencia, ésta nos toma de la mano, y aunque con tiento, pero con firmeza, nos conduce hacia Dios. La ciencia misma proclama la necesidad de Dios, y ella no puede pasársela sin El. Como por vía de ejemplo particular, aun aquello que la ciencia misma nos enseña con respecto al hombre, á su historia, infiere, como postulado indispensable, la existencia de un Ser Supremo.

En verdad que es imposible aceptar la relación científica de la historia y del desarrollo del mundo material en que habitamos, sin admitir la necesidad de Dios. Para hacer esto más claro, dejadme que en breve asiente, por lo menos en contorno, lo que nos dicen los hombres científicos tocante á nuestro pequeño planeta. Tenemos una idea bastante aproximada de las condiciones y configuración de la tierra tal como existe ahora. Parte, roca y tierra, y parte agua. Bosques, campos, ciudades, aldeas, ríos, lagunas, mares, montañas y valles lo vienen cubriendo de polo á polo. Si nos hubiéramos quedado solos, podíamos habernos

imaginado que siempre el mundo había estado en las mismas condiciones. Pero he aquí que se levanta la ciencia, se atavía de peluca y capa doctoral y procede á impartirnos instrucción. La ciencia, pues, puede ser representada por el geólogo, el químico y el astrónomo. El geólogo, con suma diligencia y cuidado, investiga la naturaleza de las rocas, la formación de las diversas capas. Determina ó se esfuerza en determinar cómo fueron éstas formadas, cuándo y bajo qué circunstancias, etc. El químico emprende laborioso análisis de la materia y aplica toda clase de pruebas químicas con el fin de sacar en limpio los procedimientos verdaderos y los métodos seguidos en las formaciones terráneas. El astrónomo fija su atención en el firmamento, y por medio de un procedimiento de analogía, determina la historia de este mundo, en vista de lo que ve se verifica en la actualidad en otros y más lejanos mundos. Larga tarea vendría á ser la descripción de todas las labores de éstos ó siquiera dar una ligera idea del contenido de los grandes volúmenes y sapientísimas obras publicadas por ellos. Debemos darnos por satisfechos con algunos de sus más interesantes resultados.

Nos dicen que esta tierra, que tan bien conocemos, se halló en un tiempo en condiciones muy distintas. Nos sacan avantes pruebas para demostrar que hubo en un tiempo, una época muy lejana en verdad, en que no había un solo ser humano sobre la tierra. Un período—período muy remoto, por supuesto—cuando no había vitalidad de ninguna clase. Ninguna vida animal, ninguna vegetal, ningún movimiento muscular, ningún latido de corazón ó pulso, sonido alguno de pasos precipitados, ó de aleteo, ó de aves cambiando de plumaje, ya bien por mar ó por el aire, por bosque ó marjal. ¿Y por qué? Por esta la más excelente y convincente de las razones: porque la tierra se encontró en una época en condiciones en las que, en lo posible, no podía haber sostenido la vida. Aun hoy mismo, si descendemos bastante hondo en el interior de la tierra, se encuentra que la temperatura sube. (*) Mucho antes de que nos aproximemos al centro, en-

(*) Si el término medio de aumento en la temperatura se continúa hacia abajo, se calcula que un grado de calor capaz de fundir las rocas, se alcanzaría á una profundidad de 18 á 20 millas bajo nuestros pies. En conformidad con esto, la capa delgada sobre la que estamos parados, no es para la tierra toda más que lo que para el huevo es el cascarón!

contrariamos probablemente que el calor era bastante intenso para hacer líquidos los metales. Sin embargo, la tierra se ha venido enfriando por miles de años. Pues bien, los científicos enseñan que en un tiempo la tierra entera tenía una temperatura considerablemente más elevada aún de lo que al presente tiene su centro.

Remontaos, nos dicen, á un período suficientemente remoto. Ponedlo tan remoto como gustéis—pues bien podemos girar sin límites sobre el Banco del Tiempo;—digamos, por ejemplo: 100,000 años, ó, si acaso os place, mejor que sea 1.000,000 ó 100.000,000 de años, y en seguida mirad la tierra. La tierra está ahora flotando en el espacio, pero es como una bola de fuego; el calor está tan intenso que brilla cual un sol. Está en estado incandescente; llena los cielos con esplendor que deslumbra, por doquier va, y camina por una senda de gloria. El hierro, el cobre y el bronce, la plata y el oro, en una palabra, todos los demás metales inclusives sus componentes, se encuentran todos en estado líquido ó derretido, ó como es posible aún, én estado gaseoso. La intensidad del calor no permite que estas substancias se enfríen y se endurezcan. Aun

en el caso que existiese hombre alguno, no podría acercarse á unas cien millas de su superficie sin que al instante fuese reducido á cenizas. Aun suponiendo un imposible, no podría resistir aquel calor, que comparado con el del centro de un horno de ladrillos, este último sería relativamente fresco y agradable; mas entonces sería destruido por los humos y el candente gas y los vapores de fuego, y los agitados metales derretidos. En realidad, sería mucho más fácil poder vivir en medio de una hornaza siete veces calentada, que vivir en cualquier parte de la tierra en aquel período de su historia.

Observad: esto nada tiene que ver ni con las Santas Escrituras, ni con la Teología, ni con la Revelación, (*) es la ciencia pura, sen-

(*) Un escriba anónimo nos ha escrito poniendo objeciones á este relato científico como cosa inconsistente con la enseñanza de las Sagradas Escrituras, y aconsejanos que consultemos con el Génesis. Como que esta dificultad puede no sólo ocurrírsele á esta persona, sino á otras además de él, valdría tal vez la pena ventilarla desde ahora. Permitidme, pues, sentar que esta supuesta discrepancia es enteramente imaginaria. Descansa sobre una inexacta, aunque muy natural, traducción errónea. Si á la palabra hebrea "yóm", que ha sido traducida por "día" tanto en las versiones católicas como en las protestantes de las Sagradas Escrituras, "siempre" diósele el significado de un día, es decir, un término de veinticuatro horas marcadas por el movimiento aparente del sol, algo habría entonces sobre qué

cilla y sin adulteración ninguna. Mas ahora, ¿cuál es la conclusión á la que todo esto nos conduce? Dos hechos pueden asentarse con toda claridad: 1º. Hubo un tiempo en que no existió un solo hombre en este planeta. HECHO NÚMERO UNO. 2º. El hombre existe ahora y vive en esta tierra. HECHO NÚMERO DOS. He aquí dos hechos claros é innegables. Ahora síguese esta pregunta: ¿Cómo vino á dar el *primer* hombre? Podemos trazar al hombre remontándonos del hijo al padre, del padre al

hacer objeción. Pero el sentido de ésta no puede sujetarse así, cuando un poco de sentido común, reforzado con un poco de conocimiento sobre filología, lo hará evidente y abundante. Pues observad que, según el mismo Génesis, no se creó el sol sino hasta el "cuarto día", de suerte que tenemos tres "días" enteros de que darnos cuenta antes de que el sol, como "gobernante del día" (Gen. I. 16), viniese á la existencia. Entonces bien, ¿cuál fué la naturaleza precisa de esos tres primeros "días"? Es evidente que "días" no pudieron ser, en el sentido propio del nombre. Un día, tal como lo concebimos, es cosa imposible sin la existencia del sol. Existe error de alguna parte. Pues fué esto tan evidente, que los sabios emprendieron trabajos con el fin de hacer un estudio mucho más cuidadoso de la palabra "yóm", con el fin de dilucidar su verdadero sentido. Haciendo comparación con número considerable de pasajes á donde ocurre esta palabra, han por fin descubierto que su sentido verdadero con frecuencia no es otro sino simplemente el de "un período". De suerte que la interpretación correcta del pasaje en el Génesis no es aquella de "en seis días", sino "en seis períodos"; en éstos hizo Dios el cielo y la tierra. Esta traducción verídica echa por tierra la objeción y destruye todo antagonismo real entre el relato del Génesis y el de la Ciencia, pues bien puede ser "un período" de cualquiera duración. «Esta objeción está mejor ventilada» en el Apéndice.

abuelo y así subsiguientemente, hasta cierto punto; pero no muy atrás. No hasta aquel período en que la tierra no era otra cosa sino una bola de fuego líquido. Entre aquel período y el presente, el hombre debe haber sido traído de algún modo á la tierra; pero ¿cómo? Debemos acaso creer que tan pronto como se enfrió la tierra lo suficiente y se solidificó también apareció el hombre simple y sencillamente? ¿Que de ninguna parte vino y que nadie lo hizo?

¿De qué manera podrá la ciencia ayudarme? La ciencia no puede explicar. La ciencia guarda silencio. La ciencia baja la cabeza. Todo lo que la ciencia puede hacer es confesar humildemente: «Nada sé, nada puedo explicar». Lo más que la ciencia, sin ayuda, puede decirme, es *que en un tiempo no existía el hombre y que ahora el hombre existe*. Mas en cuanto á como vino éste ó de dónde brotó, nada puede decir. La ciencia está muda. ¿Acaso los metales endurecidos ó la sólida roca dieron al hombre nacimiento? Imposible. ¿El hombre se hizo á sí mismo? Aún más imposible. Antes de poder obrar absolutamente, preciso era que tuviera el ser; y antes de que pudiera hacer cualquier cosa, ¿cómo podía haberse hecho á sí

mismo. Entonces *¿quién* lo hizo? Me veo forzado á hacer uso de mi razón y de mi sentido común, y ambas cosas me obligan á creer que un Poder supremo é inteligente hizo al hombre, y á este Poder llamarémosle "Dios".

Una vez esto concedido, todo viene á ser claro y razonable. Pero aunque se admite á Dios como autor y creador, es de quedarse perplejo, envuelto en tinieblas y descontento para siempre.

Ocurre, pues, que al principio mismo de nuestras investigaciones, estamos, podré decir, casi á despecho nuestro, sujetos á reconocer y á postular la existencia de Dios; pues, sin eso, tenemos que hacer frente á una suposición imposible: que aunque el hombre sin duda tuvo principio, sin embargo, nadie lo hizo; en otras palabras: que un efecto—efecto por cierto estupendo y remarcable—existe sin causa ninguna; cosa que, de todas las absurdas, es la más absurda.

El absurdo de atribuir la existencia propia á cualquiera que no sea á Dios, se hace más aparente aún mientras más íntimamente consideramos su naturaleza y de qué está compuesta. Considerad tan sólo por un momento aun su propio cuerpo, que es, después de todo,

parte la más baja y la más inferior de él. ¡Qué creación más maravillosa es después de todo! ¡Cuán admirablemente unida! ¡Con qué sabiduría combinada y cuán milagrosamente formada! Los componentes ó partes son innumerables, y sin embargo, todas coordinan y están adaptadas para servir á un fin común, mientras que cada órgano llena una función especial. Aunque cada uno de nosotros poseemos un cuerpo, aunque constantemente le usamos, aunque forma parte de nuestro propio ser, sin embargo, nosotros mismos ni á medias comprendemos su mecanismo y sus funciones. No tan sólo el primer hombre, sino todo hombre que ha descendido del primero, es un testimonio viviente del poder y de la sabiduría de Dios.

Contemplad al recién nacido. Tomad al niño que no tiene más que un día. ¿Cómo podemos explicarnos su existencia si no es atribuyéndosela á Dios? La misma madre ignora cómo se ha formado su hijo. Ella es tan sólo un instrumento en manos de un Poder muy superior; de la sangre de ésta modélase la nueva criatura, de su sangre están formadas de una manera enteramente divina, las manos y los pies, el corazón, los pulmones, el cerebro, el cráneo, todos los órganos diversos de los

sentidos, y, en una palabra, toda la fibra, la más pequeña, y toda la celdilla microscópica, y todo glóbulo de sangre de la forma infantil. ¿Cómo está hecho cada tendón y hueso? ¿Cómo está todo arreglado tan metódicamente, con tanta belleza, tan diestramente todo unido? ¿Qué poder es aquel que coloca los músculos y ligamentos y los huesos en postura? ¿Quién es aquél que construye aquellos órganos diversos y complicados, ya bien sean externos ó internos? Tales son las preguntas que naturalmente se nos vienen á los labios.

Escojamos, por ejemplo, el ojo; aquel del recién nacido. Hay que llenar ó realizar dos condiciones distintas antes de que el ojo pueda tener aún visos de posibilidad. Primera, es preciso que todas sus partes complexas queden hechas; y segunda, todas estas partes es necesario que queden perfectamente conectadas y ajustadas. La bola del ojo, la pupila, el iris, la retina, los lentes cristalinos, las venas que por él corren y lo abastecen de sangre, los músculos para ponerlo en movimiento, las glándulas del lagrimal, las pestañas, la materia colorante y muchas cosas más. Tan sólo el ojo en sí es una manifestación del poder divino, de sabiduría y de amor; y sin embargo, éste no es sino

tan sólo un órgano del cuerpo, aún más sorprendente todavía. ¿Cómo, entonces, podremos darnos cuenta de su formación si no es apelando á la Sabiduría infinita y á la Bondad increada, es decir, á Dios? ¿Qué mente fué aquella que concibió esto, qué Poder fué aquel que pudo llevar á cabo semejante concepción? ¿Quién es aquel que contemplar puede la forma humana sin realizar que está mirando la obra maestra de un gran Artista? Es esta tan esencialmente obra divina, que mientras más la admiramos, no podemos explicárnosla. Se ve tan poco en ella la obra del hombre, que aun la madre de un niño ignora todos los secretos de su ser. Y aunque el cuerpo es cosa que se viene estudiando desde edades las más remotas, sin embargo, algunas de sus funciones, las más importantes, han quedado sin descubrirse hasta tiempos modernos comparativamente hablando.

La circulación de la sangre es un ejemplo que nos viene á la mano. Hecho extraño es aquel de que este fluido vivificante y que nos da por tanto vida, esté perpetuamente circulando por todos los miembros y órganos del cuerpo humano desde la infancia hasta la vejez, y que el corazón, cual sorprendente bom-

ba neumática—por medio ó virtud de un poder sobre el cual no tenemos dominio—force la sangre á pasar por vena y arteria día con día y hora tras hora, por espacio de sesenta, setenta, ochenta ó más años, y esto sin intermedio alguno! Este caso tiene que haber sido siempre igual desde tiempos del mismo Adán, y sin embargo, su descubrimiento data tan sólo del siglo diez y siete al presente. Por espacio de cinco mil años, por lo tanto, se ha efectuado esto, y no obstante, nadie siquiera se lo sospechó. Tan poco es lo que tenemos que ver con ello, que continúa su marcha sin consentimiento nuestro, sin intención nuestra ó aun sin nuestro conocimiento. Por entre el inocente niño en brazos de la madre, por medio el labrador tendido y en profundo sueño bajo la sombra de un árbol, en el filósofo absorto en la contemplación de algún problema intrincado, la sangre sigue circulando y pulsando continuamente, y sin embargo, ni uno de aquellos tiene siquiera la conciencia de ello.

Consideremos también otro milagro en el orden natural. El misterio de la nutrición. Un hombre toma alimento, y por medio de un procedimiento extraordinario y gradual, aquel alimento se transforma en substancia propia en

su propio cuerpo y sus mismos huesos. A no ser porque estamos ya tan acostumbrados á él, seguramente que llamaría nuestra atención como cosa extraña que así se disponga de la propia alimentación, de manera que venga á formar cosas tan absolutamente disímbolas como lo son el hueso y el músculo, el cabello y la piel, la sangre y las uñas, la lengua y los dientes. Sin embargo, tal es el hecho aislado.

Tomad como por vía de ejemplo, una criatura, la que por espacio de dos ó tres años vive de pura leche, y admiráos del milagro estu-
pendo de la nutrición. «¡Qué maravilloso es que una cosa tan común y sencilla como la leche, tenga en solución todos los elementos necesarios á la composición de una oreja, un ojo, un diente; que esta substancia, á la que no hacemos mayor caso, sea capaz de ser cambiada por medio de la mixtura con los zumos del cuerpo y por obra del contacto del aire común con los pulmones, convertirse en sangre, y que de este fluido sólo se produzcan todas aquellas materias diversas y heterogéneas que comprenden el cuerpo entero: los huesos quebradizos, el cerebro suave y pulposo, las uñas duras y cuernosas, el cabello sedoso, la carne, la grasa, la piel, todo, en una palabra; desde el cayo en el

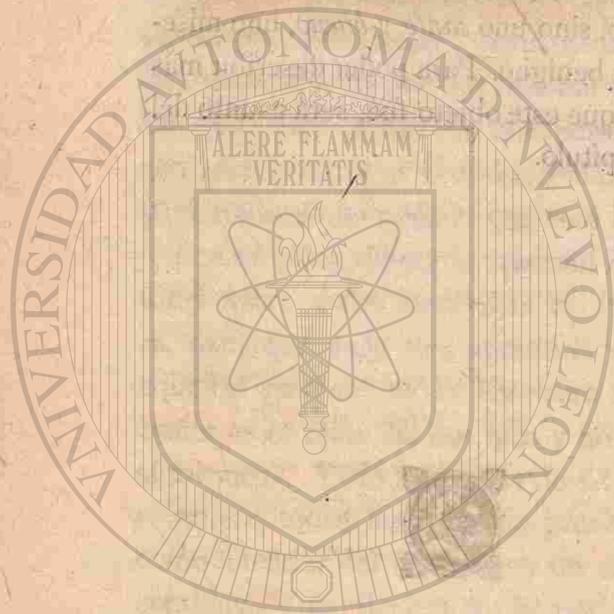
dedo del pie de su señoría, hasta el lunar en la mejilla de la dama; desde el sudor en la frente del labrador, hasta el rocío en los labios de la belleza!» (*) El poder de la asimilación es un milagro fehaciente y permanente en el orden natural; tiene que impresionar á todo hombre que tenga mente con qué pensar, corazón con qué sentir y el sentido común necesario para comprender todo lo que esto implica.

Por mi parte, llamo la atención de mis lectores sobre estas maravillas de la naturaleza, para que cada vez aprendan más y más aquellas palabras de la Escritura Santa: «El Señor es el Dios, El nos hizo y no nosotros á sí mismos». Todo nos habla de El, todo á El se refiere, todas las cosas lo proclaman á El como Creador del universo y de todo lo que contiene. Todo declara Su fuerza y Su poder, proclama también Su sabiduría é inteligencia, nos habla de su misericordia y bondad. Así, pues, Dios no tan sólo nos crió; mas siendo todo sabiduría, nos hizo El con *algún fin y objeto definido*; pues es rasgo de sabiduría jamás obrar sin proponerse asimismo algún motivo que tenga determinado objeto. Así es que de-

(*) Ed. Johnson, cirujano.

be haber tenido El algún objeto en mira. Además, siendo como es, bueno á la vez que sabio, debe El haberse propuesto para sí no tan sólo un objeto, sino uno *santo y bueno*, uno misericordioso y benigno. Para poder describir más de lleno lo que este objeto fué, será asunto del próximo capítulo.





CAPÍTULO II

¿DE DÓNDE HE VENIDO?

Quando los adoradores de Mamon comien-
cen por aquí y acullá á ser adoradores de Dios,
y los que son bípedos de presa se conviertan en
hombres; cuando se deje sentir que hay otra vez
un alma en la colosal pulsación elefantina del
animalismo mecánico de esta nuestra tierra, en-
tonces será de nuevo ¡bendita Tierra!

T. CARLYLE.

LOS pensamientos y las meditaciones
que contiene nuestro capítulo primero,
nos han venido á traer á las siguien-
tes conclusiones: Primera. La razón misma
declara que el hombre tiene que haber sido
creado por Dios Todopoderoso. Segunda.
Dios, siendo infinitamente sabio, debe haber-
se propuesto para El algún objeto expreso y
definido al crear al hombre; y tercera. Siendo

Dios infinitamente bueno, debe también haberse propuesto para Sí, no tan sólo un objeto expreso y definido, sino uno igualmente bueno, amoroso y benéfico.

En el presente capítulo, nuestro esfuerzo será hacer claro y manifiesto este propósito por medio del ejercicio de una poca de razón. Por tanto la pregunta que á nosotros mismos nos hacemos, es simplemente la que sigue: ¿Qué objeto tuvo Dios cuando en libre ejercicio de supremo poder tuvo El á bien llamar al hombre al ser? En una palabra, ¿cuál es el objeto de nuestra existencia? ¿Cómo podremos resolver este problema haciendo á un lado la Revelación? Pues bien, el modo más natural de llegar al objeto que tiene cualquier cosa que ha sido hecha, es mediante el estudio cuidadoso de su naturaleza, de sus cualidades, de su carácter especial y composición.

Si un hombre nos hace un reloj, y yo deseo sacar en limpio qué objeto tiene éste que llenar, para qué va á servir, no es necesario que su fabricante me dé informes concernientes á su intención. Aun en el caso de que jamás hubiere visto un reloj, muy pronto podría yo descubrir el uso y destino que tiene. Bástame con que me empeñe en fijar la atención en las pe-

culiaridades de su construcción y de su movimiento. Tan pronto como se le ha dado cuerda, igualmente me hago cargo, por propia observación, de que éste *debe* haber sido construido para medir el tiempo. Así, por ejemplo, un cuidadoso examen me revela que hay una carátula y que hay números en ésta, á distancia igual los unos de los otros. Además, observo más adelante que hay unas manecillas ó indicadores de tal suerte arreglados, que viajan de un número á otro con velocidad uniforme. Si después de este examen giratorio me ocupo en ver la máquina y me familiarizo con sus partes más complicadas, y averiguo cómo una parte obra sobre la otra, vendré á descubrir que cada rueda y palanca usada, se ha introducido ahí exclusivamente con el fin de impartir al movimiento mayor precisión y exactitud. De este modo podré decir, desde luego, que el artista que modeló esto, no lo hizo con el intento de que fuese una máquina de pesar, no por lo que hubiere dicho, sino porque de modo alguno se adapta para llenar objeto semejante. Así, también, quedome igualmente satisfecho de que nunca tuvo intención de que éste fuese una locomotora ó una caja de música; pero observado que esto no es por declaración expresa de par-

te del fabricante, sino simplemente porque el *objeto mismo* no está construido bajo esas bases, porque no es capaz de que se le utilice, ya sea para una cosa u otra de aquellos objetos, y porque es cosa deficiente para llenar todas las condiciones que buscamos para el caso de locomotoras y de cajas de música. Esto está claro en lo que concierne á objetos fabricados por el hombre; y así podemos continuar bajo la misma base de razonamientos, también, al estudiar esas creaciones sorprendentes, obra de Dios, ascendiendo la escala del ser desde lo más bajo hasta lo más alto, hasta que al fin lleguemos á la contemplación de un ser humano.

Supongamos que alguien nos fuera presentado *por vez primera en nuestra vida*, con—digamos—el cuerpo de un pájaro ó el de un pez.

Aunque jamás hubiésemos visto á estos animales, podríamos decir al examen de la simple vista, que éstos no habían sido hechos precisamente con uno y el mismo objeto. Una mirada nos daría á conocer que ambos habían sido hechos para gozar de la vida, porque ambos están provistos de órganos respiratorios: con boca, garganta, estómago, aparatos digestivos, canal alimenticio y demás. También ven-

dríamos á comprender, y con verdad, que ambos estaban destinados á ver, pues de otro modo ¿qué objeto tenían en poseer el mecanismo completo de la vista? Así, subsiguientemente, podríamos argüir sobre cada órgano en turno. Por otro lado, podríamos decir con igual certeza, que aunque ambos estaban destinados para moverse y viajar por todos lados, no habían sido destinados para moverse en el *mis-*mo medio ni de la misma manera. Nosotros, ¿cómo lo sabemos? No lo sabemos por revelación, no por el medio de iluminación mental divina alguna, sino sencillamente con estudiar su formación y su estructura. El pájaro tiene alas grandes y hermosas, que se extienden como un abanico. Cuando extendidas éstas cubren muchas veces el área ocupada por el cuerpo, son en extremo ligeras y flexibles, y están provistas de fuertes músculos que permiten sean puestas en movimiento con gran facilidad y rapidez. Todos estos hechos nos imparten su propia historia. Nos informan que quien hizo al pájaro, lo determinó para que volase. El pez, por otro lado, no está provisto de alas ni de medio alguno para sostenerse en el aire; lo que hace evidente que no está decretado para que viva en el aire, ni tampoco se de-

terminó que viviese en la tierra sin agua. Mas de nuevo, ¿cómo podré saberlo, en el supuesto caso de que nunca hubiese visto un pez? Sólo porque advierto que no está provisto de medio alguno de locomoción terrestre. No tiene pies para andar por la tierra. Sus aletas son demasiado pequeñas para permitirle que levante su cuerpo *en el aire*, y demasiado frágiles, delicadas y cortas para ser, en cambio, usadas *sobre* tierra. No puede ni volar ni correr; es evidente, por lo tanto, que está hecho para el otro elemento que nos resta, el agua. La intención manifiesta del Creador es que habite en los mares, en los lagos y ríos.

Hemos sugerido estos ejemplos sólo con el fin de facilitar al lector el medio de realizar el cómo es posible, con sólo el estudio de una cosa creada, averiguar su destino y objeto.

Lo mismo puede sostenerse tocante al estudio de los apetitos é inclinaciones que en la creación animal se observan. Si todo animal tiene sed, si experimentan un furor por el agua, naturalmente averiguamos ¿cómo viene esa sed? Debe ser cosa que Dios les ha inspirado. Y el hecho simple de que El es el que lo ha inspirado, es de por sí indicación de que fué intención de El que bebieran. Ahora, si

El desea que ellos beban, debemos inferir exactamente que El en alguna forma los proveerá del líquido. Así, otra vez de nuevo, el hecho de que experimenten el hambre, es signo evidente, como toda revelación directa tiene que serlo, que Dios determina que coman. Si hambre hay, ciertamente que alimentos tienen de haber. El hambre es el llamamiento de la naturaleza por el alimento, y la naturaleza jamás llama aquello que no tiene existencia.

Permitid que ahora aplique el mismo procedimiento de raciocinio al hombre. El hombre, por supuesto, tiene mucho de común con los animales irracionales. El, como aquéllos, está destinado por un tiempo á vivir en la tierra; comer, beber y dormir; casarse, multiplicarse y educar una familia. Todo esto es perfectamente verídico; pero—he aquí el punto vital y culminante—como agregado á los apetitos puramente animales, posee ciertas cualidades, ciertos dones, que faltan en lo absoluto á la creación animal y los cuales el bruto nunca puede alcanzar. Es precisamente por medio de la consideración cuidadosa de aquellas cualidades, por lo que podemos fácilmente discernir la inmensa—la diferencia inmedible que hay no sólo entre el hombre y el bruto, tal cual

al presente están constituidos—sino entre el final destino del hombre y el destino final del bruto. Lo principal de estas cualidades es: primero, la inteligencia; segundo, el libre albedrío; tercero, el afecto racional ó sea el amor. La posesión de estos dones estupendos, nos prueba, sin lugar á duda, que hemos estado hechos no para las criaturas sino para el Creador; no para un tiempo, sino para una eternidad; no para la tierra, sino para el cielo. Mas ¿cómo es que la simple razón sin la Revelación Divina puede probarnos tanto?

Para dar contestación á esto, preciso es que empecemos por establecer ciertos principios.

1.º Si una criatura humana tiene conciencia, es sensible á determinada capacidad, deseo ó apetito, tan solo puede serlo porque Dios así lo ha impreso en su naturaleza. 2.º Cuando Dios imprime un deseo ó algún apetito en cualquier criatura, siempre sule El un objeto que corresponde con aquel deseo y que es capaz de satisfacerlo. Esta es la segunda gran verdad que debe tenerse presente. 3.º El tercero es aquello que tan pronto como el deseo ó apetito toma posesión del objeto debido, se siente tranquilo y no busca un algo más allá. Por ejemplo, un animal carnívoro sufre pena hasta

que se halla el alimento. Pero una vez que ha comido hasta llenarse, se acostará y dormirá contento. Está ya en paz. De nada más necesita para complemento de su felicidad.

Por otro lado, *mientras tanto los deseos propios quedan por llenarse*; mientras tanto los deseos vehementes y las aspiraciones no reciban plena y perfecta gratificación, bien podemos estar seguros de que el fin y propósito no se ha alcanzado aún. Pero—y esta es consideración de importancia suma—si estos deseos son de tal naturaleza, que *nada en la tierra* pueda jamás satisfacerlos; si demasiado grandes son, demasiado profundos, demasiado anchurosos, absorbentes inexplicables y sin medida para poder llenarse y saciarse por cosa alguna de este mundo, entonces sí que nos vemos estrechados á confesar que no están destinados para este mundo, sino para otro mundo futuro y más glorioso que este.

Tomemos el intelecto del hombre. Este ha sido creado para la adquisición de la verdad. De la verdad se nutre, de la verdad se desarrolla y tiene expansión y desenvolvimiento. Pero á pesar de esto, nunca se encuentra del todo satisfecho. El apetito del saber en nada se parece al simple apetito de la alimentación

material. Un hombre podrá estar de lo más hambriento, podrá sentirse completamente devorador. Pero dadle de comer, y el hambre desaparece; se ha satisfecho y nada busca más. En realidad, alimentarlo en demasía acabaría por destruirle la digestión y lograríase tan solo enfermarlo. ¿Pero será este el mismo caso en cuanto al hambre mental por el saber? ¡No! Enteramente lo contrario. Mientras más sabe el hombre, más deseos tiene de mayores conocimientos; mientras más extensa y de mayor alcance es su erudición, más ansiedad demuestra por darle mayor vuelo. Lo que ocurre en el caso del apetito intelectual, es precisamente el reverso de lo que ocurre en el caso del apetito físico. El apetito intelectual, en vez de disminuir, se desarrolla con mayor y más fuerza á medida que se le nutre más. ¿Qué es aquello que en realidad no queremos saber? ¿Acaso hay algún límite á nuestro deseo? ¿Hay alguna época en la que el hombre sienta que mayor número de conocimientos no le proporcionarían placer? ¡Terminantemente que no! Entonces, ¿por qué esa sed, sed insaciable por el saber? ¿En qué consiste entonces que esta sed nunca disminuye? Tan solo puede haber una contestación para ello. Es porque el hombre está

creado para poseer y gozar de la Verdad eterna é increada, la fuente de toda verdad: ¡Dios! Y, por lo tanto, todo lo demás es y tiene que ser insuficiente. El conocimiento de todo ser humano, el conocimiento parcial, incompleto, fragmentario que en esta tierra podemos adquirir, no guarda proporción con la capacidad vastísima de la mente humana, que está adecuada para poseer la verdad completa en el cielo. Basta con una gota de agua llovediza para que un *amiba* eche sus piruetas, pero ésta sería insuficiente para el retozo de una ballena.

Quando, por fin, el hombre muere, ¡cuán escasa es la suma de sus conocimientos, comparados éstos con la suma de las verdades existentes! Puede muy bien haberse envejecido entre los libros y los polvosos folios, y, sin embargo, tiene conciencia de que hay un número infinito de verdades, de las que no tenía sospecha y que gustoso hubiera agregado á su archivo mental. Aun, hombre tan sabio Newton, solía comparar todo su vasto acopio de información, á una pequeña concha arrojada al acaso por el ilimitado océano de la verdad. En verdad que, mientras más sabio es el hombre, con mayor prontitud confiesa su insuficiencia intelectual. El profesor Huxley escri-

be: «Lo que es conocido es finito, lo desconocido es infinito. Intelectualmente hablando, nos encontramos en un islote en medio de un océano ilimitado de inexplicabilidad. Asunto nuestro en cada generación es reclamar un poco de mayor terreno para agregar algo á la atención y á la solidez de nuestras posesiones». El jefe actual del partido conservador nos dice: «Vivimos en un oasis pequeño, brillante, de conocimientos; pero rodeados por todos lados de vastísima región de impenetrable misterio. De siglo en siglo, el trabajo forzado de generaciones sucesivas, se hace de un pedazo pequeño del desierto é impele hacia adelante la barrera del saber». Mas, sin embargo, una tras una van pasando las razas con la conciencia de que su sed por el saber jamás podrá ser apagada en este mundo. Ahora, el hecho de que el hombre nunca está satisfecho con el acopio de conocimientos adquiridos, sino que siempre desea llevar aún más adelante sus investigaciones, es un signo infalible de que su mente fué creada con tal profundidad y dimensiones, que la criatura humana no ha podido llenar y que tan solo á Dios es dado en lo absoluto satisfacer. En una palabra, el hombre ha sido creado para aquello que el mundo mal

nos puede dar, para aquello que el mundo no posee, es decir, la infinita y eterna Verdad. Y esto no lo aprendemos ni tan solo de los grandes teólogos y los maestros en religión, pero ni aún del estudio del hombre mismo. Cuando, en realidad, vengamos á poseer á Dios, quedaremos satisfechos, porque entonces habremos logrado el objeto para el que hemos sido creados. «Estando satisfechos—según nos informa la Escritura—cuando Su gloria se nos aparezca», pero jamás antes.

Ahora, en vez de aquel deseo del saber, excogitamos para nuestra consideración, otro de los apetitos planteados en el humano corazón, tan profundamente arraigado y con tal firmeza en su mismo centro, que nada puede destruirlo ni arrancarlo de raíz, es decir, aquel deseo por la felicidad. ¿Quién es aquel que no tiene conciencia de ello? Ese anhelo fuerte é irresistible por la felicidad, late y arde en el corazón de todo hombre. Sí, anhela por ser verdadera cuan completamente feliz, ¡feliz sin trizteza alguna! La felicidad que busca es felicidad sin tacha, sin mezcla de miseria, sin ansiedad ninguna ó temor de disminución ó pérdida. Tan potente es este deseo, que siempre está luchando el hombre por lograrlo. «To-

cante á éste—como nos dice bien Pascal—no hay excepción». Cualesquiera que sean los medios diversos empleados por todos, todos tienden al mismo fin.... Nuestro deseo no avanza un paso si no es con aquel objeto. Este es el motivo de *toda acción de todo hombre, aun de aquel que se ahorca á sí mismo*. Si, la experiencia y la observación nos prueban que es la felicidad lo que el hombre busca en todo lugar y en cada objeto. ¡Esto es una verdad! Todos la buscan, aunque no todos la buscan del mismo modo. Algunos se vanaglorian de que se encuentra en las riquezas; otros, en la elevada posición; otros, en los placeres de la mesa, ó en las diversiones ó en la disipación. Pero busquen en donde mejor les plazca una cosa si es cierta; nadie ha logrado alcanzarla, por lo menos en este mundo. El mundo nos tiende promesas halagüeñas, pero nunca se cumplen sus promesas. Siempre está tendiéndonos cosas en perspectiva, pero todas resultan falsas. Ved á algún hombre rico y próspero del mundo, que anda en la alta sociedad, y que vive á sus anchas comiendo de lo mejor y bebiendo de lo fuerte. Le vemos; le admiramos; nos perdemos en arranques de admiración; lo envidiamos. Interiormente exclama-

mos: «¡Oh, cuán favorecido!» «¡Cuán honrado!» «¡Cuán feliz debe ser!» «La distancia, en verdad, proporciona encantos á la vista». (*) Pero, acerquémonosle más; veámosle el corazón, leámosle el íntimo pensamiento, recóndito—entonces veremos que ahí no existe felicidad verdadera. Desencantos, falta de confianza en los amigos y envidias, montan guardia cual un perro en sus pasos. Mil causas de disturbio vienen á intervenir en su felicidad completa. De lejos nos imaginamos que las riquezas pueden suplir y satisfacer todos los deseos del corazón; mas cuando llegamos á poseerlas, nos producen, después de todo, pobres satisfacciones. Después de que hemos gozado con la medida llena de los placeres y de los honores de este mundo, aún tenemos hambre y sentimos el alma vacía.

El dinero no puede curar el dolor moral ni ahuyentar la enfermedad, ni tampoco puede traer salud al enfermo ni frescura y belleza al deforme. No puede administrar al espíritu enfermo, ni arrancar del corazón una pena arraigada. Un carruaje dorado y un traje de corte y toda una runfla de lacayos de librea,

(*) Traducción literal de un proverbio inglés.—N. del T.

no podrá curar un ataque de cólico, ni dar pábulo á un cerebro desordenado, ni descanso siquiera á un dolor de muelas. ¿Podrá el placer, las alegrías, la disipación, los cantos y los bailes, los vinos y la bulla, hacer á un hombre realmente feliz? Podrán distraer la mente por breves intervalos, podrán embargar la atención por un rato, pero fallan absolutamente cuando se trata de llenar ó dar contento al corazón. El remordimiento, el malestar y el fastidio aun de la misma vida, se siguen como consecuencia de aquellos excesos. Todos recordamos el veredicto del más sabio entre todos los hombres: Salomón. Rico y poderoso, con influencia ilimitada y fama, se entregó sin reserva á todos los placeres; se permitió el lujo de toda diversión. "Me hice construir grandes obras. Me hice edificar casas y plantar viñas. Todo lo que mis ojos desearon no se los rehusé yo. . . . Vi que había en todas las cosas variedad y contrariedad mental y que nada duraba bajo el Sol". He aquí á uno, rico, grande, influyente, y el más sabio entre todos los hombres, con oportunidades sin fin para poder satisfacer todo deseo y dar vuelo á todo capricho, y que, además, *de nada se privaba de todo lo que quería*. Sin embargo: ¿estaba

contento? ¿estaba satisfecho? El veredicto que en la amargura de su corazón pronunció, fué aquel de: "¡Vanidad de vanidades y todo es vanidad!"

Lo mismo ha sido con todo aquel que ha tenido la oportunidad de ponerlo á prueba. A la distancia todas las cosas parecen encantadoras, incitantes, y muy de desearse, pero son engañosas. Cual burbujas que brillan luminosas en superficie de la corriente, cuando las tocamos se revientan y desaparecen. Mirad á Napoleón I. Tras una docena de campañas con éxito, después de conquistar país tras de país, y tener á sus pies la mitad de la Europa, ¿dióse por satisfecho? ¡No! Su éxito tan solo remojó su apetito para hacer nuevas conquistas; de suerte que, en su insaciable ambición, al esforzarse á hacer su poder más extensivo aún, todo lo perdió, para venir á morir en el destierro y prisionero de una nación extraña. Alejandro es otro ejemplo, pues una vez que había ya conquistado el mundo entero conocido, en vez de darse por satisfecho, lloró. ¿Y por qué? ¡porque no tenía otros mundos más que conquistar! La verdad es: nada puede llenar el vacío en el corazón del hombre. Nada de lo creado puede darle

el descanso duradero. Aun cuando el mundo ponga á sus pies todos sus tesoros y le otorgue á manos llenas todos sus honores, dignidades, privilegios y distinciones, belleza de cuerpo y gracia de alma, siempre le falta algo, siempre hay algo defectuoso. ¿Por qué ¡oh! por qué ocurre que el mundo nunca quiere, ni nunca puede tranquilizar el espíritu inquieto? ¿Por qué se hace imposible á las cosas terrestres llenar el vacío en el corazón?

La respuesta es evidente, cierta é indisputable: porque no se ha hecho el hombre para cosas perecederas ni goces pasajeros; ó de otra manera, como San Agustín lo expresa con tanta belleza: *porque EL CORAZÓN DEL HOMBRE FUÉ HECHO PARA DIOS, Y POR LO TANTO JAMÁS PUEDE DESCANSAR HASTA QUE EN ÉL DESCANSE SOLO. Si hubiera sido hecho para la Tierra, entonces por supuesto que la Tierra le bastaría para satisfacerlo.* Si se le hubiera creado para gozar de los deleites mundanos y los placeres de la carne, entonces semejantes cosas, una vez alcanzadas, vendrían necesariamente á ponerlo en posesión de una paz perfecta. Pero puesto que éstas no satisfacen, y nunca satisfarán, y que jamás pueden, bajo ninguna circunstancia satisfacerlo, debe dedu-

cirse, con plena seguridad y el rigor más grande de la lógica, que el hombre fué creado para algo más noble y grande: para un mundo no hecho con las manos, para un mundo sin rival y de gloria eterna. Dios, siendo infinitamente sabio y bueno, tiene de haber adaptado al hombre, como á toda criatura, para el fin para que El lo creó. Dios, nunca podía haberlo dotado de facultades que sólo lo infinito puede satisfacer, y si no, hubiere sido destinado á poseer lo infinito.

Toda la naturaleza, conforme la vamos contemplando, confirma y pone el sello de la verdad al anterior aserto, y la graba de una manera más profunda é indeleble en nuestra mente.

Es el hombre, á no dudarlo, la criatura más noble y grande que habita en esta tierra; y, sin embargo, por extraño que aparezca decirlo, es la más desgraciada. Todos admiten que posee mayores dones y más elevadas cualidades que cualquiera otro ser visible; y, no obstante él y nadie sino él, está triste y solitario, cabizbajo y doliente. Ningún otro ser sufre tanto como él. Tan solo él conoce las amarguras del pesar, los dolores del amor sin recompensa, el terror de la muerte, las punza-

das del remordimiento, los horrores de la desesperación.

Cuando todos los demás seres creados están llenos de contento y saltan de alegría, tan solo el hombre lleva consigo el agobiado corazón. ¡Con qué placer retozan y nadan los peces en mares tropicales, ó se deslizan por los profundos y sonoros ríos! ¡Con qué alegría, con qué satisfacción cantan los pájaros al tender su vuelo por los campos y bosques ó al hender el aire diáfano de la montaña! ¡Con qué tranquilidad pastean las vacas y los borregos por la pradera, y cuán lleno de alegre retozo se encuentra todo insecto ocupado, toda la especie alada y todo escarabajo melodioso! ¡qué goce, qué placer, qué calma y dulce contento caracteriza á toda esa creación irracional y puramente sensitiva! ¿En qué consiste que este mundo les satisface á ellos y, sin embargo, no puede satisfacernos á nosotros? A primera vista parece extraño, mas la razón es obvia. Es porque (dejadme repetiros) aquéllos están creados para este mundo, y en éste alcanzan su destino; mientras que nosotros *no* estamos creados para este mundo, y *no* alcanzamos nuestro destino aquí, sino que ya lo alcanzaremos más adelante.

En este caso, tanto la razón cuanto la revelación, están de acuerdo. Nosotros, aún no hemos logrado nuestro fin; nuestro destino está por venir; y, nuestro hogar, se encuentra en otro mundo. A ser cierto que esta vida fuese el todo, si nada tuviésemos que esperar ó que aguardar, una vez recorrido nuestro curso terrestre, entonces, ¿quién sería aquel que gustoso no cambiaría su condición por la de la mariposa ataviada de deslumbrantes colores, agitándose y volando por entre la colorante gloria de las flores primaverales iluminadas por la luz del Sol? ¿Quién no se cambiaría con la distraída avispa zumbando tan alegremente al entrar y salir por entre las copas abundantemente perfumadas del tulipán y de la campanilla, ó aun por el vivaracho gorrión piando y chanceándose con sus compañeros por cima los tejados, ó, por lo que realmente importa, con cualesquiera de entre esos millares de seres irracionales que en torno de él se regocijan? Nada saben aquéllos del peso de los cuidados, del trabajo y de las amarguras que abruman el corazón del hombre, y que frecuentemente lo amenazan con aplastarlo hasta la tierra. «Los pájaros del aire no tienen labor ni tampoco hilan» y, sin embargo, están felices, porque habiendo

sido creados, y por lo tanto adaptados á una existencia terrestre, la misma tierra suple todas sus necesidades. Es de tan sólo el «hombre nacido de una mujer» de que nos habla el Espíritu Santo, cuando nos asegura que «éste vive poco tiempo, y que su vida está llena de muchas miserias» (Job XIV) ¡Ay sí! dejad las guaridas de los pájaros y de las bestias; dejad el campo abierto, la virginal floresta, el deslumbrante mar, y penetrad á las habitaciones de los hombres; entonces os apereibiréis del contraste.

¿En qué parte de las grandes ciudades encontraremos la frente sin sombras, la inocente alegría, el aspecto feliz y sin cuidados, el contento universal y esa paz por la que suspiramos? Si acaso lo encontramos, es como una excepción, así como se encuentra el oro á veces, entre los toscos riscos.

Los rasgos característicos de pueblos y ciudades y de todo lugar donde se encuentran reunidos á los hombres, son la labor, el trabajo, la molestia y fatiga, la amargura y la aflicción, la defunción de alguno, la lucha, la querrela, la enemistad, el celo, la embriaguez y la orgía, el pecado bajo todas sus formas más horribles y repugnantes, junto con los innumera-

bles males y penalidades que en su tren trae consigo el pecado. Las guerras, acarreado la muerte y la desolación en millares de hogares; las enfermedades, epidemias, pestilencias y hambres, llevándose á las jóvenes y á la belleza, ofuscando esperanzas, hiriendo corazones, arrancando á la joven esposa del lado del esposo, separando á padres y á hijos, llenando de amargura á los amigos llorosos y á los parientes. ¡Ah! cuán grande é inconmensurable es la miseria de aquellos que no tienen convicciones religiosas para darles ayuda! ¡Cuán especialmente triste é intolerable llega á ser la suerte de aquellos que no conocen al Padre Eterno que desde arriba está velando sobre de ellos, y que ni se sospechan los goces del cielo, que á reconocerlo, recompensaría al fin su paciencia y largos sufrimientos! ¡Cuántos por esa falta de fe, simplemente, que nos da esperanza y consuelo y aun goces, agregan á su cuenta otro pecado más poniendo fin á esa existencia que no tienen el valor de aguantar!

Mirad esa figura encapotada que se desliza por entre la noche. Bajo la capa de la obscuridad se apresura hacia el puente que abarca márgenes de las aguas del Támesis. Fijad la vista sobre aquella fisonomía demacrada de as-

pecto ansioso y atribulado ¡qué larga historia aquella, de pecado y vergüenza, de fatiga y dolor estampado profundamente en cada ligamento de aquella pobre cara arruinada! Tal como si fuera perseguida por una legión de furias escala el parapeto; fija la vista en las heladas aguas que corren por abajo para calmar la fiebre de la vida, para al fin sentirse libre del dolor, de la vergüenza y del remordimiento, en la profundidad de las rizantes aceitosas aguas del río. ¡Escuchad! ¡oíd con atención! Una cosa que se arroja, un salpique de agua momentáneo que rompe el silencio de la noche—y ella ha desaparecido de la vista. La Tierra no sabe de ella más. Fué, pero ya no es. Las aguas inflexibles pasan por sobre su cabeza y borran su memoria de entre el recuerdo humano.

¡Ay, sí! ¡Ay! Frío es en verdad el remedio, y, sin embargo, ¡cuán común la tragedia! ¡cuántos miles se suicidan en diversas partes del mundo cada año! Sesenta mil, según dicese, es el número del término medio.

Para poder encontrar ejemplos semejantes de desgracia tan completa, sería en vano buscar en los anales de la vida animal. Es una peculiaridad de la humana existencia. Natura humana nos proporciona innumerables ejemplos,

pero ningún caso realmente auténtico, de propia destrucción, puede hallarse entre los animales del campo. ¿Por qué? Pues el hombre, difiriendo del bruto, ha sido creado para poseer á Dios. El hombre está hecho para buscar en Dios su felicidad; buscarla por otro lado no sirve sino para encontrarse con el pesar, el desencanto, la contrariedad y la desesperación.

Natura misma proclama esta verdad, como si fuera con el sonido de la trompeta misma de un arcángel. El hombre anhela por la felicidad, pero por una felicidad sin tacha, sin fin, sin ir acompañada de riesgo ninguno ó temor de pérdida ó de disminución. Nada sino ésta puede satisfacerle. Que existe el sentimiento ahí, todos estamos dispuestos á admitirlo, pero ¿de adónde viene aquél? ¿de la naturaleza misma? que si puesto que aquella es otra fórmula ó modo de decir: de «Dios». Somos lo que somos en cuanto concierne á nuestra naturaleza y constitución mental, por medio la creación de Dios.

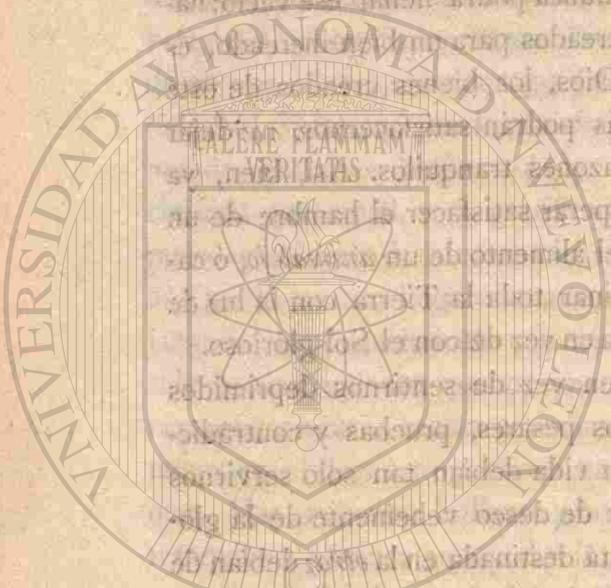
Esto último condúcenos á esta otra pregunta: ¿Por qué Dios nos habrá colocado ese sentimiento en nuestro interior? ¿Por qué nos habrá dado El esa sed insaciable? ¿Acaso sería sin objeto? ¿Será puramente por vía de contradecirlo, de negarlo y desencantarlo? ¿Para bur-

larse de nosotros y después reirse á costillas nuestras? Una y mil veces no. Decir cosa semejante sería una blasfemia de primera; sería convertir á Dios en un monstruo. No: si El otorga un buen deseo, es para que éste quede satisfecho. Si éste no puede satisfacerse en este mundo, entonces venimos á dar á esta conclusión: que aquél será gratificado más después—en el asilo de la eterna felicidad del cielo. Queda nuestro hogar distante, en tierra lejana; el mismo sufrimiento y la tristeza, el sentido de aburrimiento que oprime nuestros corazones, son otras tantas pruebas de que estamos en el destierro y en un valle de lágrimas. Mas ¡ay! cuán brillante y hermoso, cuán tranquilo y glorioso es aquel reino eterno que aguarda al fiel siervo de Dios! Bien pueden agobiarse nuestros corazones conforme andamos por las sendas de la vida pedregosas y regadas de espinas. Bien podemos quejarnos y lamentarnos cuando nos encontramos separados de nuestro propio luminoso hogar, morada de nuestro Padre, para la que hemos sido creados. Es privilegio más de una vez bendito, el haber sido creado para tan alto fin, pero lleva consigo, y siempre llevará, esta consecuencia: es decir: felices nunca podemos serlo verda-

deramente mientras de Aquél nos encontremos separados. Habiendo sido creados para el Cielo, el mundo nunca podrá llenar ese vacío; habiendo sido creados para un bien increado, es decir, para Dios, los bienes creados de este mundo, jamás podrán satisfacernos, ni dejar nuestros corazones tranquilos. Así, bien, ya podríamos esperar satisfacer el hambre de un gigante con el alimento de un *animalejo*, ó calentar é iluminar toda la Tierra con la luz de una lamparilla en vez de con el Sol glorioso.

Así, pues, en vez de sentirnos deprimidos ó afligidos, los pesares, pruebas y contradicciones de *esta* vida debían tan solo servirnos de recuerdo y de deseo vehemente de la gloria que nos está destinada en la *otra*; debían de hacer cambiar nuestros pensamientos á los encantos del cielo para los que hemos sido hechos; y debía de grabar en nosotros el hecho de que por medio de infinitas tribulaciones debemos penetrar al Reino de Dios. *Sursum corda!*





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO III

¿A DÓNDE ME APRESURO A IR?

La vida futura.

Tiene de ser así...
De lo contrario, ¿de dónde aquesta esperanza placentera, aquel deseo querido, aquel anhelo por la inmortalidad? De lo contrario, ¿de á dónde ese temor secreto, aquel espanto interno de caer en la nada? ¿Por qué se encoge el alma en su propia guarida y sobresáltase ante la destrucción? Es la Divinidad la que se agita dentro de nosotros. Es el mismo cielo el que nos marca el más allá é íntima la Eternidad al hombre.

ADDISON.

DENSAMIENTOS extraños preclean extrañas emociones y juegan sobre el espejismo de la superficie del alma cual vientos retozones sobre un mar primaveral, ya bien azotándolo hasta la locura, ya bien arrullándolo en dulce y tranquilo sueño.

Hay, sin embargo, un pensamiento que, más que cualquiera otro, remueve las profundidades

insondables del corazón del hombre y hace pensar y conjeturar su errante espíritu, y es este el pensamiento de la inmortalidad. ¡Qué cosa tan inexplicable es aun la vida *temporal!* ¡Qué misterio es el que acompaña su nacimiento y amortaja sus primeros comienzos! ¡Cuán asombroso despertar, como quien dice, después de una existencia nula, eterna, para luego venir á encontrarse, sin saber ni cómo, que es uno parte integrante del Cosmos, una unidad en la vastísima suma de las cosas, que son una *oleadita* en un océano ilimitado, una porción de aquel elevadísimo y bellissimo reino de la creación, que está dotado de razón é inteligencia.

"¿Quién nos podrá decir lo que el niño piensa?

¿Quién puede seguir los eslabones

Por medio los cuales el maniquí busca su camino

De las playas de lo gran desconocido,

Ciego, lloroso y solitario,

Para aparecer en la luz del día?

¡Historia nunca escrita!

Insoncable misterio!" (*)

Sin embargo, si la vida, el pensamiento y la sensación son cosas extrañas, cuán más extraño sería aún no vivir para ninguna de estas cosas!

Mirar de pie pasar todas las demás cosas, des-

(*) Damos el sentido de los versos ingleses y hacemos la traducción en prosa; por no poder hacerla de otro modo.—N. B.

arrollarse, y luego decaer y hacerse trizas y, no obstante esto, resistir el choque impávido y sin darse á la pena. Ser una roca inamovible en medio la devastadora turbulenta corriente que pasa junto á uno. Estar siempre *en* aquella y, no obstante, nunca de *ella* ser. Contemplar todas las demás cosas, ver que se envejecen y, sin embargo, desconocer la disolución!

Mas no obstante, tal es la condición de toda alma humana. Nadie perecerá. En nadie cesará la vida activa del pensamiento y de la volición. La vestidura terrestre que hoy le sirve de estorbo y que impide su acción y la doblega hasta besar el suelo, podrá ser desechada por un período; mas no así con el alma, que esa sí se cuenta entre los inmortales, que desconoce el decaimiento y la aniquilación.

Ojead las páginas de la pasada historia: contad los sitios, las batallas, el asalto de ciudades y de ciudadelas, la carnaza de ejércitos y la destrucción de pueblos. Contemplad! Los huesos de matadores y matados, de conquistador y de conquistado, del cobarde y del héroe, todos están mezclados en una fosa común. Sí; sus huesos apiñados, sus revestaduras de carne —¿pero *ellos* dónde están? ¿Dónde se encuen-

tran los imperecederos *espíritus*, aquellas mentes que despedían humo y se enfadaban, que estaban dominadas por la cólera, la gula y la ambición—ó qué, por ventura, sintiéronse alguna vez impulsadas por causas ó motivos más dulces y más santos? En alguna parte están montando guardia dentro los confines de la creación.

Traed á la memoria las ciudades palpitantes del lejano pasado; contad las generaciones que han venido y se han ido, y sumad en gigantesca suma los millares que han comido y bebido, amado y odiado, reídose y cantado, comprado y vendido, hecho cambios y cambalaches, jugado y orado, desde los primeros albores de la historia; esos millones de millones, cuyas voces han hecho eco por las calles, y cuyas plantas han pisado el duro camino real, desde que el hombre vino al ser. ¡Causa vahido á la mente, en su esfuerzo, por contar aquella incontable multitud! ¡Cómo se bambolea y vacila bajo el terrible esfuerzo! Sin embargo, cada gente de aquella hueste poderosa existe aún y se destaca con todo y su más clara individualidad, tal como si tan sólo hubiese sido creada ayer. Su vida y pensamiento, su carácter y tendencias están tan claramente mar-

cadadas, tan perfectamente definidas, como de cosa estrictamente personal, como esencialmente propias de él y nunca de otro, como desde un principio siempre fueron. Aún más: cada uno lleva vida más verdadera, vida más intensa, y está, permítaseme la expresión, aun mucho más consciente y alerta de lo que había estado antes, ó podía haberlo estado, cuando estaba ligado á un cuerpo corruptible. ¡Pero qué extraño, amable lector, que nosotros también tenemos que pasar, desaparecer y sin embargo de pasar tenemos, de esta soledad comparativa de este mundo, con todo y sus despreciables mil doscientos ó mil quinientos millones de habitantes, á aquel país inexplorado, por cima del puente de la Muerte, donde esos millares incontables viven perpetuamente!

Sin embargo, así es. Pues la Muerte no es la clausura de la vida, sino más bien su principio. Obscura entrada, pero que tiene salida á la eterna luz! Tiene de ser así. No tan solo la fe, sino aun la razón nos lo asegura con suma persistencia. Por medio de la consideración de la naturaleza del hombre y de sus atributos, en nuestro capítulo segundo, venimos á realizar que le aguarda una vida futura por fuerza. Vimos, también, que Dios nos ha otorgado fa-

cultades y talentos que *nunca* pueden sentirse satisfechos, ni tampoco plenamente ejercitados, en el teatro de este mundo, y que por consiguiente—pues Dios nada hace en vano—deben de ser destinados para otras esferas; para una vida más allá de los confines del sepulcro.

Si el intelecto estuviese destinado para nada de mayor elevación de lo que el mundo puede proporcionar, bastaría con la tierra para deleitarlo; pero eso ya sabemos que es imposible. Lo mismo reza con respecto á esa sed que el hombre tiene por la felicidad. En este mundo jamás descansa el corazón. Deseos, anhelos y aspiraciones tras de cosas que nada son, pero que siempre lo están distrayendo, molestando y contrariándolo. Anda en busca de la paz verdadera, de la misma manera que el hombre excava en busca de un tesoro; pero el trabajo es infructuoso. Piensa que lo va á descubrir con la riqueza, con los honores, ó con la posición é influencia, en los placeres sensuales, ó en los platillos delicados de la mesa; y, sin embargo, ninguna de todas estas cosas pueden dejar contentamiento duradero. «António»—nos dice Colton—«buscó la felicidad en el amor; Bruto, en la gloria; César, en el dominio; el primero de éstos no encontró sino la ignomi-

nia, el segundo el disgusto repulsivo, el último la ingratitud, y cada uno de aquéllos la destrucción». Y así con todos. Tales cosas no son más que burbujas que nos brillan á los ojos, que parecen bellas y brillantes, hasta que alargando la mano las tomamos. Entonces es cuando revelan lo que son, cuando nuestros dedos han tan sólo tratado de coger una gota de agua sucia.

Pero estas son consideraciones sobre las que ya hemos meditado y desarrollado en nuestro capítulo anterior; y aunque testifican con voz nada incierta todo lo relativo á una vida más allá de la tumba, haremos bien pasando ahora á otros y tal vez más poderosos argumentos, el primero de los cuales encuéntrase en el hecho, de que vayamos á donde más nos plazca, y busquemos adonde se nos ponga, remontándonos hasta donde querramos, invariablemente encontraremos que los hombres siempre han creído de un modo uniforme en un estado de existencia después de la muerte. Esta convicción es de tal manera potente, y tan universal, que tan sólo podemos finalmente llegar á la conclusión, de que ésta está incrustada en la misma naturaleza del hombre. Aunque algunos individuos lo pongan en tela de duda, aunque

alguna persona aislada por aquí y acullá ande buscando la notoriedad negándolo, subsiste el hecho general, que la voz de la humanidad en mayoría lo proclama en términos que no dejan lugar al equívoco. Pero esto no puede ser efecto de clima especial ó de cosas que rodean, puesto que en todo el mundo es igual. Ni tampoco puede atribuírsele á ensayo ó educación, puesto que los indoctos y los ignorantes, ni más ni menos que los científicos y los filósofos, tienen conciencia del mismo presentimiento. Este está independiente de raza y de color, de lugar y de posición, de idioma y tradición, de sexo y de edad. Aún más, los salvajes, los bárbaros y lo más ínfimo de entre las razas de color han amamantado iguales convicciones. Ahora, viénese á la razón; que una creencia tan universal, tan ampliamente diseminada, tan independiente de posición y educación, tan alejada de todo influjo que pudiera haber por diferencias de cultura, antecedentes y hábitos de vida y de cosas que pudieran rodearle, tiene que ser instinto verdadero de natura, y como tal, *ni puede desviarse ó probar que es falsa*; pues la *Vox Populi* es la *Vox Dei*; ó, haciendo requisitoria de las palabras del poeta Sir J. Davis, diremos:

"Si entonces, pues, buenos y malos, enséñannos
 Con voz general, que el alma nunca muere,
 No es el barniz halagador del hombre, sino el *discurso de natura*
 Que cual oráculo de Dios, *jamás puede morir*".

Cierto es, por supuesto, que esta creencia entre los salvajes, va acompañada de mucho que es grosero, falso y absurdo; pero sin embargo, la creencia existe ahí. En muchos casos la encontraremos poderosamente incrustada y excesivamente cargada de diversas formas de superchería, así como de toda clase de nociones falsas; pero una vez desvestida de aquellas falsas acreciones, el hecho de por sí desnudo, es decir, el de que la muerte no es sino la puerta de entrada á un estado de nueva existencia, se encuentra con toda claridad grabada en toda mente humana y en todo humano corazón.

Aun los mismos paganos solían á veces exclamar: "Non omnis moriar". ¡No moriré enteramente! La ubicuidad de esta creencia está demostrada por las ceremonias religiosas y las prácticas fúnebres de todas las naciones, tribus y pueblos, aún de aquellos los más degradados. Cuando muere un héroe, aun entre los desnudos salvajes, con frecuencia arrójase su cadáver á la tierra ó á la pira funeraria, pero con ceremonias laboriosísimas. Adonde es costumbre

enterrarlo en una cueva ó tumba, se entierran comunmente con él varios objetos. Los amigos del muerto le abastecen de arroz y de pan colocándolo cerca de la figura postrada, creyendo que el difunto pueda necesitar de aquellas cosas al llegar á «la feliz pradera de la caza, en aquella tierra más allá del poniente sol». Algunas de las razas mejor civilizadas colocan monedas, ropa y aún armas de diversas clases— la lanza ó la flecha ó el hacha de piedra— y eso al alcance del difunto. Pero ¿y por qué hacen esto? ¿Simplemente lo hacen bajo el supuesto de que el guerrero ó jefe difunto pueda necesitar de semejantes cosas, cuando despierte de su último profundo sueño.

Un viajero moderno nos hace una relación sobre un Rey ó jefe del Africa del Sur, quien deseaba despachar un mensaje á uno de sus guerreros favoritos que había sucumbido en batalla, y cuyos restos habían sido enterrados con la pompa fantástica usual y el ceremonial correspondiente. ¿De qué manera procedió para llenar sus deseos? Hizo venir á su presencia tan temida á un niño desnudo, de la tribu, y á aquél le dió el mensaje verbal. En seguida hizo se lo repitiera el niño hasta hallarse satisfecho de que la pobre criatura lo había com-

prendido enteramente. Entonces sacó su sable el potente salvaje, y de un solo golpe, bien asestado, le tronchó la cabeza exclamando: «anda y entrega mi mensaje». Ahora bien, pensemos lo que pensemos de esta barbarie, ella indica, ó por lo menos viene á probar que el Rey salvaje creyó—1º: que su guerrero vivía aún, existía en alguna parte y, lo que es más—2º: que el muchacho cuya cabeza acababa de cortar y separar del cuerpo, viviría igualmente en otra esfera, y aun podía comunicarse con otros en igualdad de circunstancias. Ejemplos como este podríamos multiplicarlos. Daré tan sólo otro más y uno que es muy precioso, tomado de la historia de los indios Sénecas: «Cuando moría una doncella tenían la costumbre de aprisionar á un pajarito hasta que aquél comenzaba á ensayarse á cantar. Después, impartándole mensajes y cariños, le soltaban dándole libertad sobre la tumba de aquella joven, en la creencia de que aquél ni cerraría las alas ni sus ojos tampoco, hasta que hubiese volado hacia la mansión del espíritu, y llegado para entregar su preciosa encomienda de afecto á la bien amada y difunta». Entre otros pueblos encontramos indicios de la misma creencia, aunque manifestados éstos de diversa manera.

Así también en algunas partes del Sur del Asia, cuando moría un príncipe ó jefe caracterizado, tampoco dudaban las gentes sobre la existencia de una vida futura, que creían que las esposas del gran hombre debían seguirle sin duda hasta su nuevo lugar de residencia, y seguirle, en verdad, sin demora aparente.

En algunos casos había príncipes que tenían veinte, treinta y hasta cien mujeres. Mas ¿cómo era posible que aquél pudiese pasársela sin la compañía de aquéllas en aquel mundo que estaba por allá en las alturas? ¿No podría tolerarse semejante idea ni por un momento! ¿Qué ocurría, pues? A aquellas desgraciadas esposas se les hacía morir, se les quemaba en la pira funeraria junto con el cadáver del esposo, de tal suerte que todos al mismo tiempo llegasen á la futura residencia. En realidad, aquellas mujeres en general se sometían gustosas á su suerte, y aun con semblante alegre, tan conformes estaban de que cambiaban este mundo por otro mejor, ó por lo menos por otro mundo nuevo.

Esta era la usanza común, con especialidad en la India Oriental. A aquellas inmolaciones se les daba el nombre de: *Suttees*, de la voz *sati* tomada del sánscrito, significando: *excelente es-*

posa. Tan solo en Bengala, se sabe que perecieron de aquel modo, en espacio de un año, unas setecientas esposas. Esta costumbre fué contrarrestada en la India por Lord Bentinck, en 1829. Hasta aquella fecha el Gobierno británico se había hecho de la vista gorda, tolerándolo siempre que la muerte de la esposa fuese á voluntad suya, y de que un aviso, en debida forma, fuese transmitido á las autoridades públicas, cuya obligación era exigir que el *Suttee* fuese á la expectación pública y llevado á efecto en conformidad con la manera sancionada, ó, por lo menos, tolerada por las leyes.

Otra indicación de la prevalencia del credo en la inmortalidad, encuéntrase en la doctrina de la Metempsicosis, ó transmigración del alma. Así es que, diversas naciones, con notoriedad los Egipcios primitivos, sostenían que cuando el cuerpo del hombre iba en decrepitud y se iba cayendo á pedazos, su alma no tan sólo le sobrevivía, sino que pasaba á otro cuerpo, generalmente al de un pájaro ó al de algún animal, tal cual el pato ó el tecolote, el cordero ó el cerdo. Por consiguiente, se rehusaban á comer alimentación animal, temerosos de que fuesen á devorar el sitio de habitación de algún

amigo difunto, de algún compañero querido. Sin embargo, si algún individuo fuese religioso y perfecto, podía transportarse su alma á alguna estrella lejana ó algún sol brillante, y brillar alumbrando alegre y pacíficamente su temprano hogar. Cualquiera que fuese la naturaleza del cuerpo, aquel que el alma estaba supuesta de habitar, una cosa, por lo menos, era segura: sobrevivía á la disolución de su terrestre hospedaje. Isaac D'Israeli nos imparte, en sus «Curiosidades de Literatura», que la opinión, tocante á la Metempsicosis, se esparció *en casi todos los ámbitos de la tierra*; y que, aun hasta el presente, continúa con toda su fuerza entre todas aquellas naciones que no han abrazado el Cristianismo. La gente del Arracán, en el Perú, la de Siam, Cambodia, Tonquin, Cochinchina, Japón, Java y Ceylán, amamantan aún aquella fantasía, la que también viene á formar artículo culminante de la religión de China. Los druidas creyeron en la Transmigración, y lo mismo pasó con los bardos de Gales. Igual cosa aprendemos de Clavijero, que las gentes de Tlaxcala creyeron que las almas de las personas de elevado rango, después de muertas, iban á residir en los cuerpos de los pájaros cantores y bellísimos, y en aquellos de los cuadrú-

pedos más nobles; mientras que las almas de seres inferiores estaban supuestas de pasar á los cuerpos de las comadrejas, de los escarabajos, chinches y otros animales inferiores. Así es que, ya bien bajo una forma ú otra, por muy destorcionada y contrahecha que sea, la idea de una vida futura yace en el corazón de todo hombre, y se le adhiere por medio de todas las vicisitudes y todos los cambios de fortuna.

¿Qué es esto, sino es la voz infalible de la naturaleza proclamando una verdad profunda á todo hombre, por mucho que aquél la interprete como guste? Hay lógica muy clara en estas palabras de Byron—cuando nos dice:

“La inmortalidad barre
Con todos los dolores, lágrimas, el tiempo todo, los temores y
(resuena

Cual la eternal tempesta de las profundidades
Esta verdad en mis oídos: ¡Tú vives para siempre!”

Esto no tiene duda. Convicción, con tal firmeza arraigada y fija en la naturaleza humana, debe haber sido planteada en ella por el Supremo Autor y el Hacedor de Natura. Por lo tanto, tiene de señalarnos un hecho profundo de importancia suma é incontrovertible, y Longfellow nos canta alegremente:

“Muerte no hay. Lo que *así aparece*, es transición,
Esta existencia de mortal aliento
No es otra cosa que suburbio de elisiana vida,
Cuyos portales les llamamos muerte”.

El día de fallecimiento, nos dice Mounfort, es aquel en que habremos llegado á la mayor edad; con nuestro último aliento habremos alcanzado nuestra libertad del universo material. En alguna región de lo infinito, y en medio de sus esplendores, veremos aquella tierra que hemos dejado atrás como un hogar muy insignificante; recordaremos á esta nuestra vida cual un pequeño aprendizaje del deber.

*Mors mortis mori mortem nisi morte Dedisset,
Eternæ vitæ Janua clausa Foret.*

Mientras tanto el amable lector saca en limpio lo que estas dos líneas quieren decir en "Español", transcribiré el bellissimo pasaje de los escritos del hábil periodista Jorge Prentice, que nos viene de molde para cerrar el presente capítulo: "No puede ser," nos dice, "que la tierra sea único lugar de habitación para el hombre. No puede ser que nuestra vida sea otra cosa que una burbuja arrojada al acaso por el Océano de la eternidad, para flotar por breves momentos sobre sus ondas, y hundirse en la nada. De lo contrario, ¿por qué esas altas gloriosas aspiraciones que cual ángeles brotan del templo de nuestros corazones, siempre errantes y nunca satisfechas? Por qué sucede que el arco iris y la nube pasan sobre nosotros con

una belleza que no es de la tierra, y luego se nos van para dejarnos pensativos tocante á su belleza? ¿Por qué sucede que las estrellas, que tienen festival en derredor del trono de la media noche, se encuentran colocadas más allá del limitado alcance de nuestras facultades, siempre mofándose de nosotros con aquella su gloria inabordable? Finalmente: ¿Por qué sucede que las formas brillantes de la humana belleza nos son presentadas á la vista y de ésta apartadas también, dejando los arroyuelos mil de nuestros afectos que refluyan en torrentes Alpinos sobre nuestros corazones? Hemos nacido para un destino más alto que el de la tierra. Hay una región donde jamás se desvanece el arco iris, donde las estrellas se esparcirán ante nosotros como esas islas que dormitan en el Océano, y donde los seres bellisimos que cual sombras pasan frente á nuestras miradas, permanecerán eternamente en presencia nuestra". Esas seguridades tranquilizadoras con respecto á otra vida, expresadas en el párrafo anterior, pueden trazarse en una forma ú otra en los escritos de casi todos los escritores contemporáneos. Entre muy pocos, sin embargo, se ha expresado la idea con mayor elegancia y puesto con más originalidad que en la siguien-

te estancia de la señora Barbauld.

A punto de morir, dirige el sentido apóstrofe á la «Vida»—aquella que está en momentos de dejarla:—

¡Vida! juntos por alguna época hemos estado,
Por medio tiempo grato y tiempo nebuloso.
Duro es partir cuando tan caros sonos los amigos,
Tal vez costará esto alguna lágrima ó suspiro;
Mas entonces deslízate, da corto aviso.
Escoge tu propio tiempo;
Y no me des las buenas noches,
Sino que en otra *más brillante región*
Dame los buenos días.



CAPÍTULO IV

MI ALMA DURARÁ ETERNAMENTE.

En conjunto, así como este planeta, la Tierra, sigue viajando con sus compañeros por el Espacio infinito, así igualmente se hallan con él embarcados los portentosos destinos, caminando por medio el tiempo infinito, bajo un gobierno muy arriba de los nuestros.

T. CARLYLE.

NO HAY asunto tan repleto de interés para el hombre pensador como lo es aquel de la vida futura. Cualquier cambio de opinión sobre este punto palpitante debe desde luego influenciar la complejión entera de su mente y de sus pensamientos.

Si después de luchar en este mundo, por unos cuantos años pasajeros, debo de ser borrado de la existencia y cesaré enteramente de existir, entonces yo soy nada, simple rayo de luz sobre la ola, simple gota de nieve sobre el río, un simple eco sin alma en el bosque. Na-

te estancia de la señora Barbauld.

A punto de morir, dirige el sentido apóstrofe á la «Vida»—aquella que está en momentos de dejarla:—

¡Vida! juntos por alguna época hemos estado,
Por medio tiempo grato y tiempo nebuloso.
Duro es partir cuando tan caros sonos los amigos,
Tal vez costará esto alguna lágrima ó suspiro;
Mas entonces deslízate, da corto aviso.
Escoge tu propio tiempo;
Y no me des las buenas noches,
Sino que en otra *más brillante región*
Dame los buenos días.



CAPÍTULO IV

MI ALMA DURARÁ ETERNAMENTE.

En conjunto, así como este planeta, la Tierra, sigue viajando con sus compañeros por el Espacio infinito, así igualmente se hallan con él embarcados los portentosos destinos, caminando por medio el tiempo infinito, bajo un gobierno muy arriba de los nuestros.

T. CARLYLE.

NO HAY asunto tan repleto de interés para el hombre pensador como lo es aquel de la vida futura. Cualquier cambio de opinión sobre este punto palpitante debe desde luego influenciar la complejión entera de su mente y de sus pensamientos.

Si después de luchar en este mundo, por unos cuantos años pasajeros, debo de ser borrado de la existencia y cesaré enteramente de existir, entonces yo soy nada, simple rayo de luz sobre la ola, simple gota de nieve sobre el río, un simple eco sin alma en el bosque. Na-

da más. Pero si, por el contrario, debo seguir viviendo, y viviendo por una eternidad sin fin, conocer y ser conocido, amar y ser amado, obrar y dejar que obren conmigo, mientras que Dios sea Dios, entonces soy nobilísimo ser, así como uno en extremo notable. ¡Cuán verídico es el juicio de los santos: *¡Quod ñternum non est, nihil est!* La más alta dignidad, la fama más universalmente esparcida, las riquezas de un Creso y la belleza de un Absalón, la sabiduría de un Salomón y la dignidad de un César, aun en el caso de que éstas pudieran reunirse todas en un solo individuo, y multiplicarse unas diez mil veces más, pierden toda su alta significación, si después de todo vienen á ser juguetes de un día. Ningún grado de riqueza, de posición, de habilidad, influencia ó fama pueden servirnos de solaz, si no son duraderas, y, sin embargo, he aquí la condición de toda cosa que es puramente terrenal. Toda naturaleza y toda experiencia nos proclaman que:

«Las glorias de mortal estado

Son *sombras*, no cosas substanciales;

Que armadura no hay contra el destino;

Que echa la muerte helada mano sobre reyes;

Cetro y corona tienen por fuerza de caer,

Y, ahí entre el polvo hacerse á ser iguales

Con torcida guadaña y pobre pala». (*)

(*) Esta traducción de los versos ingleses es lo más aproximado que se ha podido hacer á su original.—N. D. T.

Tan sólo aquel conocimiento relativo que tenemos de que sobreviviremos á la destrucción de todas estas cosas, nos puede dar la paz verdadera y reconciliarnos con el trabajo y las penalidades de nuestro actual estado temporal. Aquella vida de felicidad no interrumpida, no nos llega aún, pero se vislumbra en el lejano porvenir. Difícil es, sin duda, para nosotros, imaginarnos condición semejante, condición en la que ya no habrá más muerte, no más separaciones, no más dolor, aflicciones, desencantos ni temores; pero decirlo, es pronunciar una perogrullada. Es tan sólo para decir simplemente lo que todo el mundo ya sabe, v. gr., que es difícil imaginarse aquello sobre lo cual no se ha tenido experiencia ninguna actual. Mas sin embargo, en cuanto á lo que concierne al retozo natural del pensamiento y de la fantasía, seguramente que es mil veces más fácil imaginarse la *continuación* (aun en un rodeo) de una vida que ya poseemos, que el imaginarnos sus primeros comienzos. *Es dar al primer paso lo que cuesta.* Aquello de que mi alma, tan presto como que ha sacudido su mortal cobija, entra á una forma de vida más grande, verdadera, más intensa, ¿será cosa sorprendente? No: sino que es sorprendente en verdad; mas después

de todo, bueno es recordar que no es cosa tan maravillosa ó tan incomprensible de explicarse como el hecho verídico de que ésta comenzó (cuando principió) sin existencia previa ninguna, y de que brotó de un estado absoluto de la nada. Es precisamente al llegar á este punto donde de hecho tocamos el misterio.

En realidad, en todo el campo de la investigación científica, nada hay que se encuentre envuelto en tan impenetrable obscuridad como las causas primordiales. Un escritor científico moderno dice con verdad: «Nunca podemos aprender las causas primitivas de ningún fenómeno». La fuerza de la cristalización, la fuerza de la gravedad y de la afinidad química, se encierran en sí mismas, tan incomprensibles hoy, como lo fueron en los primeros albores de la historia. De aquí nace el simple sentido de la admiración y del aturdimiento que llena el cerebro cuando aquel lucha por dibujar para sí el cuadro de aquel porvenir, que el Espíritu Santo nos asegura: «no haber entrado al corazón del hombre para que lo conciba», pero éste no es un argumento, el más mínimo, en contra su veracidad. Por otro lado, si razón no hay para que deje de existir el alma, á la disolución de la materia corporal, hay en cambio

un sinnúmero de excelentes razones de por qué no deba dejar de existir. Algunas de aquéllas han tenido ya nuestra atención. Sugiramos algunas más.

Es una verdad que bien puede inferirse, en primera, por la naturaleza intrínseca del alma misma, que está de tal manera constituida, que la disolución como cosa aplicable á ella es, por lo menos, físicamente hablando, una imposibilidad.

Dejadme que os explique. Por todas partes y en derredor de nosotros, notamos el progreso lento, pero continuo, del desgastamiento. Los edificios caen á pedazos, los baluartes se desploman, las paredes se caen, los colores se gastan, la ropa se deteriora, los árboles y las plantas mueren, los pájaros y las bestias perecen en la tierra y en el mar; conflagransen las ciudades y una generación de hombres tras otra se consume en la tumba, y vuelve á convertirse en polvo. Lo mismo es cierto de toda cosa material. Pero observad. Aquello á que llamamos «desgastamiento», «destrucción» y «muerte», no envuelve, en sentido verdadero de la palabra, *extinción* verdadera. Envuelve tan sólo cambio. En conformidad con la más segura de la enseñanza de la ciencia del día más

avanzada, nada en todo el reino de natura se destruye jamás en realidad, en el sentido de ser aniquilado. Cuando de alguna cosa hablamos como destruida, ó como cosa que ha dejado de existir, lo que en realidad queremos decir, es nada más que aquélla ha cambiado de condición; en otras palabras, no afirmamos que *no es ya más*, afirmamos tan sólo que *ya no es lo que era*. Se ha convertido en otra cosa. Dejádme que os sugiera algunos ejemplos muy sencillos. Una mañana al levantarme, noto que en el quicio de la ventana hay un trozo de hielo. En la noche ya ha desaparecido del todo. ¿Está por ventura destruido absolutamente? No; como *hielo*, ha cesado de ser. Ciertamente. Pero como *agua* existe aún. Vamos á otro. Tengo un terrón de azúcar sólido á la vista, déjole caer en un vaso de agua clara, hirviente. Me fijo en el vaso unos instantes después, y todo rastro de aquél ha desaparecido. No puedo ver en él una sola partícula del azúcar por ninguna parte. De nuevo, os pregunto, ¿acaso se ha destruido? No; pues pruebo el líquido del vaso con la punta de la lengua y la dulzura que saboreo claramente me indica que el azúcar existe aún allí. Por lo tanto, existe tan verdadera como siempre, pero en condiciones diver-

sas, en condición que ya no es más perceptible al sentido de mi vista. Escojamos otro ejemplo: fluye un río sobre una gran roca. Con el transcurso de las edades, la roca se encuentra enteramente desgastada, ¿Podré decir, acaso con verdad precisa, que la roca está completamente destruida? Ciertamente que no. No existe más *en calidad de roca*, pero sus moléculas pequeñísimas existen aún. La acción del agua, conforme va fluyendo, ha separado átomo por átomo, así es que la roca por fin ha desaparecido enteramente, lo mismo que un montón de libras esterlinas desaparecería si cada pasante por ahí fuese á llevarse una al ir de paso. Pero esto es cuanto.

Tomemos otro ejemplo. Una casa se incendia. Se quema hasta los cimientos. Nada queda sino son cenizas en ruina. De nuevo os interpelamos con la cuestión: ¿aquella casa está realmente destruida? ¿Ha cesado de ser? nuestra contestación es: que ya *como casa* no existe; pues una casa depende, no de la simple existencia de la materia, sino de la materia existente en cierta condición, y en cierta relación de partes á partes. Pero en lo que concierne á sus elementos componentes, tengo que declarar de una manera enfática, que existe

aún. En verdad, asiento, sin la menor vacilación, que ni uno solo de los átomos de la casa, ó de cualesquiera cosa en la casa, ha sido destruida ó quemada fuera de la existencia. El fuego ha transformado las partículas de la materia, de las que estaba compuesta la casa, pero subsisten aún en los confines del espacio, y de ellos puede darse cuenta exacta. Una porción pequeña existe como cenizas; una porción mayor ha sido transformada en varios gases que andan ahora flotando en la atmósfera; otras porciones han ídose como humo negro espeso ó se han depositado en el vecindario en forma de carbono. Mirad; aquella biruta que se ha adherido á la nariz, fué tal vez una parte de algún cuadro valioso, ó un pedazo de una viga transversal, ó un fragmento del guardarropa de la señora de la casa.

Es un hecho perfectamente conocido, reconocido por todos los hombres de ciencia y confirmado por innumerables, bellísimos é ingeniosos experimentos, que nada absolutamente de lo que nuestros sentidos pueden abarcar, es capaz de ser realmente destruido. Nos hace observar Fiske, que: «lo que en la materia es permanente é indestructible» es el átomo último y homogéneo; y es probable que esto sea

todo lo que es permanente, puesto que ahora casi todos los químicos sostienen unánimemente que las llamadas moléculas elementarias no son en realidad sencillas, sino que deben sus diferencias sensibles á los diversos agrupamientos de un átomo último, que es *igual para todos*. Así, pues, podremos *redisponer* pero no podremos destruir. Porejemplo: podremos convertir al hielo en agua, y al agua en gas, al gas en fuego, y así subsiguientemente, por medio de un ciclo interminable de transformaciones.

Podremos lograr efectuar toda clase de cambios químicos y alterar completamente la apariencia y las propiedades de las cosas. Podremos combinar, separar, mezclar, resolver y hacer mil trampas con la materia, cual un niño pueda convertir con sus bloques de madera las cosas en mil formas diversas; pero hay una cosa que ni todos los poderes del mundo combinados pueden hacer, y es aquello de arrojar fuera de la existencia, ni aun un átomo pequeñísimo. Aniquilar una sola partícula despreciable de la materia, excede al poder de todos los hombres combinados. Así como sólo á Dios le es dado crear, tan sólo á El le es dado aniquilar. (*) Ninguna fuerza, simplemente natural,

(*) *Vis creandi et annihilandi, soli Deo competit*, nos dice Santo Tomás, junto con otros teólogos.

puede destruir realmente cualquier cosa de tal manera que dejase de ser en lo absoluto. Los cambios que pudieran efectuarse son, por supuesto, muy grandes, y, sin duda, casi infinitos. En realidad, todas las formas de fuerza conocidas están tan correlacionadas, que cada una de ellas puede, bajo ciertas condiciones, ocasionar la manifestación de cualquiera otra. De este modo, «la unión química rápida del carbono y el oxígeno ocasionan el calor, el calor produce movimiento mecánico, éste puede dirigirse de manera que provoque electricidad, la electricidad producirá magnetismo; pero *en todo caso*, justamente desaparece tanto de lo de una fuerza como de la representada por su equivalente en la nueva fuerza evocada». Este no es sino un ejemplo de la ley bien conocida, que dice:

«EL TOTAL DE TODAS LAS ENERGÍAS EN EL UNIVERSO TIENE SIEMPRE DE PERMANECER COMO CANTIDAD CONSTANTE; en otras palabras, las fuerzas podrán ser transformadas, pero nunca destruidas.

Ahora, la cuestión sobre todas importante, que tenemos que plantearnos, es esta: Si no podemos destruir ninguna substancia ú objeto material de cualquiera clase que sea, ¿de adónde viene que podemos cambiar su naturaleza, for-

ma y condición? La contestación es clara. Podemos cambiar de naturaleza y la forma de cualquier objeto material, porque podemos dividir y arreglar de nuevo y de diversa manera combinar las últimas moléculas de lo que están compuestas. De otra parte no podemos *anonadar* ningún objeto en lo absoluto, porque no tenemos poder alguno sobre las últimas moléculas mismas, sino sólo sobre el arreglo de éstas. De suerte que, toda forma de «destrucción», tal como la llamamos, consiste en realidad en una simple redistribución de partes. Una cosa destruida, i. e., es diferente ahora de lo que era, digamos, ayer; ya bien porque (a) sus partes se encuentran ajustadas de diversa manera, ó (b) porque aquéllas han entrado en combinación con otras partes que les han sido agregadas; ó (c) porque algunos de sus elementos les han sido eliminados. De esto inferimos la imposibilidad de cambiar la naturaleza de cualquiera substancia, salvo que, para dar comienzo con aquella substancia sea compuesta, i. e. hecha de partes separables. Consiguientemente, una substancia *simple* es, á causa de su misma simplicidad, incapaz de destrucción. No siendo compuesta, no tiene partes que separarle, ó que formarle en nuevas combinaciones. Destruir

el alma de un solo hombre no está en manos y poder de todas las huestes de Jerjes. «Aquellas podrán destruir la causa de Anaxarco; pero en cuanto á él, no podrán darle alcance». Tal vez un ejemplo haga más claro esto. Suponed, por lo tanto, que yo tengo un cubo enorme y hecho de unos mil cubos pequeños, por medio de arreglo, pues de aquellos mil cubos pequeños me es dado producir casi una infinita variedad de figuras diversas. Pero si el cubo grande no está hecho de partes separadas, si (*ex hipotesi*) lo suponemos incapaz de ser divisible, entonces igualmente se hace incapaz de llegar á asumir otra forma cualquiera.

Este ejemplo tal vez podrá ayudarnos á comprender por qué el alma del hombre es indestructible. No puede ser destruida, porque es una unidad indivisible. Es, y tiene de ser, una substancia simple; es, á decir, no hecha de partes que se extiendan más allá de partes. Nadie puede hablar del tamaño ni de tal peso, ni del color del alma, como tampoco puede hablarse del tamaño, peso ó color del pensamiento, ó del acto de un juicio, ó del de una idea abstracta. El alma no conoce extensiones. No tiene ni derecha ni izquierda ni cabeza ni pies, ni interior ni exterior. Es un espíritu sin divisiones

ni subdivisiones. No puede ser separada en «últimas partes» porque no tiene partes en que separársele, ya bien sean «últimas» ó «penúltimas». Es una substancia perfectamente simple.

Pero observad lo que se sigue. Puesto que la destrucción consiste tan sólo en una forma de desintegración ó nuevo ajustamiento de partes; y, puesto que desde que la ciencia declara que elemento alguno indivisible es de por sí capaz de aniquilamiento, se sigue de esto: que el alma, siendo simple é indivisible, no puede ser destruida; en otras palabras: no puede dejar de existir; ó bien para expresarlo con el silogismo. No hay destrucción posible sin desintegración de partes. Pero el alma no tiene partes; por lo tanto, destrucción ninguna del alma se hace posible. Por lo consiguiente, es por su misma naturaleza indestructible. Que el alma no tiene partes, es evidente de la sola consideración de las facultades y poderes que posee. Si estuviera hecha de distintas partes entonces sería material, y la sola idea de que la materia simple pensara, razonara é inventara, computara y se regocijara, se lamentara y cantara, se arrepintiera y se enojara, amara y admirara, odiara y envidiara, etc., es repugnante al senti-

do común. Suponer á el alma hecha de partes, sería identificarla con la substancia material del cuerpo. Sería investir á los átomos, simplemente corpóreos, con juicio, inteligencia y virtud; sería endonarlos con un sentido de nociones abstractas tan absolutamente incorpóreas como lo son el deber, la justicia, la moralidad y la verdad. Insistir á mayor abundamiento sobre la simplicidad del alma, sería pérdida de tiempo, puesto que hasta los filósofos paganos tales cual Platón y Aristóteles, le admitieron hace ya tiempo. Sin embargo, si es sencilla é indivisible, entonces no sólo en concordancia con la teología, sino en concordancia con la filosofía y la ciencia también, tiene que ser indestructible, ó en otros términos, inmortal.

Hasta aquí hemos venido conteniendo por la simplicidad del alma humana ó su indestructibilidad *per se*; pero infinitas cosas que son indestructibles *per se* son destructibles *per accidens*. Tal es el caso con el alma bruta, y sin duda con la "forma" de toda cosa material. Ninguna "forma" es en sí cosa compuesta. La forma material más insignificante es simple y, por lo tanto, es *per se* indestructible; pero aunque es indestructible de *por sí*, toda forma substancial (queno es forma pura), á excepción sola del

alma humana, es destructible *per accidens*; es decir, depende para su subsistencia del ser, de la organización material á la que están unidas. Mas el alma humana nos presenta una excepción á la regla general. Ni es de *por sí* destructible, ni tampoco lo es destructible *per accidente*. Demuéstrase la veracidad de esto de la manera siguiente:

Ninguna substancia nos es conocida inmediatamente. Conocemos la substancia tan sólo por medio de la inferencia de sus operaciones. Todo efecto requiere una causa proporcional. Y, á ser cierto, en concordancia con el axioma escolástico que "tal como es la cosa, así de conformidad opera", así igualmente es cierto que "tal cual una cosa opera así es". Entonces si el alma humana puede ejercer operaciones que trascienden materia, debe trascender materia en su mismísima esencia. Pero el alma humana ejercita operaciones de esa clase, como se ha demostrado ya; así, pues, trasciende materia en su propio ser; en otras palabras, no está dependiendo de la materia en su persistencia del ser, y consiguientemente, cuando la organización material, de la que es forma substancial, se corrompe y se destruye el alma continúa en su existencia y en ejercicio de sus más altas operaciones de intelecto y deseo.

Lo que se ha dicho del alma humana no puede decirse, á lo menos en grado igual, del alma de la creación bruta, el alma ó *anima belluina* de los escolásticos. Sus funciones nunca pasan, trascienden de los límites de lo sensato y de lo concreto. Poseen el instinto, pero no la razón, y estas dos facultades difieren como el cielo y la tierra. Si (nos dice Pascal), un animal hiciera por medio de la razón como ahora lo verifica por instinto, y se comunicase con sus compañeros por medio de la razón, como ahora lo verifica por instinto, previniéndoles del peligro, etc., ciertamente que también les hablaría tocante á aquellas cosas que los afectan con mayor fuerza, como por ejemplo: "Aflójame esta cuerda que me lastima y que yo no puedo alcanzar". Sin embargo, esto nunca lo hace, evidentemente, y por lo tanto, no posee verdadera razón. Otro ejemplo: está perfectamente claro que bruto alguno no puede formarse idea de lo *supersensible* y de lo sobrenatural; no es capaz de formarse para sí mismo concepción alguna del pecado, de la virtud, del valor moral, de la bondad ó de la justicia, ni tampoco puede deducir consecuencias, ó sacar en limpio conclusiones, salvo que ocurra en aquelsentido del carretero de Cambridge, de que nos hace mención Car-

lyle, quien al ser preguntado si su caballo podía "deducir inferencias" sobre la marcha, contestó: "Sí, todo lo que en razón sea".

Pero antes de terminar este capítulo, bueno sería tal vez contestar, anticipándonos, á una objeción que pueda ser posible. Si bien puede instarse en que el alma y la mente del hombre son absolutamente distintas del cuerpo y esencialmente incorpóreas, ¿cómo ocurre que la mente se siente abrumada y fatigada? ¿Por qué sucede que cuando el cuerpo está enfermo, ó tiénese náuseas, ó se está desmayado, ó aturdido, la mente está también afectada en apariencia? Podrá acaso una substancia pura espiritual llegar á enfermarse, á sentirse con náuseas, ó llegar á hacerse insensible por medio de un golpe?

Esta dificultad es mucho más aparente que real, como una ligera consideración la hará clara. Aunque el alma es substancia espiritual, sin embargo hállase ésta ligada de una manera misteriosa con los órganos materiales. Por consecuencia, aunque el alma misma nunca se halle abrumada ó cansada ó enferma, puede aparecer que así lo está, debido á la falta ó imperfecciones de los órganos, por medio de los cuales tan sólo se puede hacer manifiesta.

Hay una luz eléctrica que brilla ante la vista. Alguien le pone encima un velador. Pierde desde luego su brillo y aparece como si estuviese enfermiza. En vez de un velador póngasele una cubierta de un metal opaco. A esto se notará que la luz aparece como si se le hubiese extinguido del todo. Sin embargo, este no es, en realidad, el caso. La luz permanece precisamente la misma todo el tiempo; y aquellos cambios que aparentemente son fluctuaciones en su brillantez, no son, en realidad, más que cambios efectuados en los veladores materiales, por medio de los que su luz, en *nada cambiada*, busca llegar hasta nosotros con éxito variante.

Igualmente colocad á un individuo para que toque en el órgano. Está tocando una de esas magníficas sonatas de Beethoven ó de Chopin. De repente cesa la música. ¿Debemos por esto inferir que el ejecutante ha dejado de existir, ó que ha perdido la facultad de poder tocar? No; es tan sólo que el que mueve los fuelles, ha cesado de moverlos, y esto es todo. En otras palabras, aunque el músico tiene los dedos sobre el teclado, y es poseedor de igual inteligencia y talento de siempre, música no hay porque ya el instrumento no está en las con-

diciones de responder al contacto de las manos. De igual manera, el alma no puede demostrar la misma rapidez de inteligencia, y de retención de memoria y juego de la imaginación cuando su instrumento, el cerebro, está desarreglado, que como cuando está obrando por medio un instrumento sano y perfectamente en orden. Todos admiten el influjo del cuerpo sobre el alma, lo mismo que admiten el influjo del alma sobre el cuerpo; pero hacerlo así no es identificar cuerpo y alma. Cuando decimos que un cazador hará más con un arma de retrocarga y de tiro rápido, de lo que hiciera con un trabuco de los viejos, no por esa razón decimos que identificamos al hombre con su arma de caza.

La mente, aunque absolutamente cosa distinta del cuerpo, se halla afectada ó excitada por meros impulsos mecánicos del cuerpo. El hombre se siente aturdido cuando se impide la circulación de la sangre en la *viscera*; obra más por instinto que por reflexión. Cuéntasenos que un hombre de letras, que á consecuencia de hábitos de muy atrás viejos y sedentarios, no podía dominar unos arranques de melancolía hasta que su facultativo le aconsejaba bebiese doble cantidad de vino de la que acos-

tumbraba diariamente; hasta entonces le abandonaba su melancolía. Tal vez, sería bueno aprovecharse de la ocasión que ahora se me presenta, para recordar á aquellos de mis lectores que en la actualidad gozan de felicidad conyugal, que aun su bienestar doméstico puede con frecuencia depender del estado que guarden sus órganos biliares y digestivos, y que aquellas pequeñas desavenencias de la vida conyugal, pueden algunas veces ser curadas con mayor eficacia por el médico que por el moralista; "pues, un sermón fuera de lugar, jamás podrá obrar tan directamente como lo puede una medicina fuerte". Pero, mi buen lector, todo esto lo podemos admitir y aun mucho más para el mismo efecto, y sin embargo, de ninguna manera nos prueba que el alma debe confundirse con el cuerpo, ó que al habitante misterioso deba considerársele como si fuera una y la misma cosa que su habitación. Seguramente que la concha no es la ostra, ¿verdad?

En lugar del cuerpo y el alma, tomemos á un arpero y su arpa. Por entre calles y plazas resuenan los acordes dulcísimos de su armonía encantadora. Mas después de un rato suponemos que algún accidente hace se aflojen las cuerdas; la música se rebaja y deterioróse lo que

estábese tocando. ¡Pero qué! ¿Habrá acaso indispuéstose el arpa? Aguardemos un rato. Las cuerdas por fin se revientan una tras otra, hasta que ni una queda intacta. ¿Habráse acaso muerto el arpista? Se habrá caído desmayado? No señor. No es él, sino su instrumento el que al fin ha fallado, el que se ha gastado, y se ha inutilizado! Así, y de igual manera, cuando el cuerpo declina y se gasta, la mente *parece* que también se va debilitando, hasta que al fin el armazón entero de la existencia física del hombre se desbarata y decae.

Entonces es cuando el alma ya no puede hacer más uso del cuerpo y lo deja, hasta ser separado y restaurado por *El* que lo hizo todo. Allá en el cielo es donde el alma recibirá de nuevo su arpa, con nuevas cuerdas y toda restaurada y tocará para siempre en ella cánticos celestiales ante el gran níveo Trono del Altísimo. "Y oí una voz del cielo, como voz de muchas aguas, y como voz de grande trueno: y la voz que oí era como de TAÑADORES DE HARPA QUE TAÑIAN SUS HARPAS. (Apocalipsis. XIV. 2.)





CAPÍTULO V

TESTIMONIOS DE LA INMORTALIDAD.

Esta mi propia nebulosa vida debe enseñarme que: La vida para siempre vivirá; de lo contrario es la Tierra desde raíz obscuridad, y el polvo y las cenizas lo único que habría.

TENNYSON.



I Inmortalidad no hubiera, nos dice J. W. Reynolds, con singular tesón, «la vida humana descansaría sobre cimientos bajo un plan tanto de desperdicio cuanto sería el falto de verdad. No se necesita más que haber vivido una existencia media para llegar á conocer el objeto que tiene; y apenas si llegamos á una edad madura cuando comienza ya el decaimiento. La cosa preparada no guarda proporción con el edificio levantado. ¿Podrá acaso haber desperdicio en un mundo donde ni un átomo perece? ¿Donde no es en vano, ni siquiera un círculo peque

ño de humo? Creemos que no. Ni tampoco hay nadie que lo crea, ninguno, por lo menos, de aquellos que tengan la cabeza en su lugar, puro y libre el corazón. Y de aquellas condiciones tiene que dependerse más de lo que tal vez muchos de entre nosotros estemos dispuestos á admitir. Un ebrio todo lo ve de diferente manera; lo mismo ocurre al hombre maldispuesto, de intención diabólica, ebrio de orgullo, de pasión y de sensualismo, todo lo ve torcido; y éste fracasa en lo absoluto cuando interpreta la maraña delicada de sutiles influencias que le enseñan á el alma su propio y elevado destino.

«Benditos aquellos que están limpios de corazón, pues esos verán á Dios» y esto nos lo dice el Espíritu Santo. Sí; y al verlo á El verán todo lo demás que ahora concierne á sus intereses verdaderos; pues «en Tu luz veremos luz». Por otra parte, nos hace recordar San Pablo, que «el hombre sensual no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios».

Hombre ninguno puede esperar ver nada con toda claridad, donde se requiere selecta discriminación, sino es hasta que se limpien las telarañas de los ojos. Lo mismo reza con la visión del alma. Si las pruebas aparecen oscuras, los argumentos nada concluyentes y dé-

bil la razón, entonces barred con el pecado y con la corrupción y la mente comenzará á recobrar muy pronto su vigor, á advertir con claridad la verdad de un mundo futuro, y á comprender que el hombre ha sido creado para vivir eternamente. Razón tuvo el Espíritu Santo cuando inspiró al Rey David que exclamara: «He tenido sabiduría superior á la de los antiguos y he comprendido más que todos mis maestros». ¿Por qué? Pues bien: esto, señores míos, es porque el infalible Espíritu de Dios y esta es la razón, le movió á confesar: «*Porque he inquirido tus mandamientos*».

Podrá muy bien ocurrir que á primera vista no se encuentre mucha relación entre el guardar los mandamientos de la ley de Dios, por un lado, y por el otro tener entendimiento espiritual; pero dejad á cualquiera de mis incrédulos amigos, poner á prueba esto y muy pronto vendrán á cerciorarse de que en realidad existe una relación sumamente íntima. Cuando uno mira una casa que está amenazando caerse, es natural creer que algo hay de defectuoso en sus cimientos; así igualmente, cuando uno advierte que la fe en un hombre está vacilante y tembelecosa, por instinto viene uno á advertir que es porque su moralidad ha dado

ya de sí derrumbándose. Pascal, dice á un descreído de aquellos tan disipados como mundanales: «Pronto tendríais fe si sólo abandonaseis vuestras disipaciones y placeres». La experiencia comprueba en abundancia la verdad de este aserto.

Pero esto es una digresión. Volvamos, pues, á nuestro asunto. Uno de los testigos más esclarecidos tocante á la vida futura encuéntrase en aquel singularísimo fenómeno que conciencia le llamamos.

Tan pronto como el hombre puede hacer uso de la razón se encuentra sujeto á ciertas leyes. Mas no tan sólo sujeto á aquellas leyes bajo las cuales toda criatura sensitiva muge tal cual las leyes de la gravitación que le encadenan á la tierra y le impiden volar á un planeta distante, ó hacer un viaje de exploración á las entrañas de la luna; y no tan solo á leyes tal cual lo obligan á comer y á beber con el objeto de conservar la vida, dormir y descansar á intervalos convenidos, como una condición esencial á la salud, y á todas esas leyes tiene que someterse humildemente en común con las bestias del campo, sino también á leyes especiales que tan solo á él afectan; leyes peculiares al hombre; leyes que están grabadas de manera inde-

leble en su corazón como en su mente, que le conducen, no simplemente á lo que es útil ó benéfico á su salud corporal, ó de otro modo grato ó agradable á sus sentidos puramente, pero leyes que desde luego lo encaminan á lo que es moralmente *debido*, y lo ponen sobre aviso tocante á lo que es moralmente *indebido*.

Apenas si hay cosa más extraña, ó tan esencialmente característica del hombre, como este fenómeno, que viene á constituir á lo que comúnmente hacemos referencia y llamamos conciencia. ¿Cómo podremos definirla? La conciencia es la voz baja, tranquila, suave, articulada que habla con claridad tal, de modo tan expresivo dentro de lo más íntimo de nuestro propio ser, instruyéndonos, en cuanto al valor moral de la conducta que se sigue. Es juez que no podemos desalojar, que está sentado sobre el trono de nuestros corazones y pronunciando sentencia sobre cada acto que verificamos, y sobre cada deber que llenamos, ó bien dejamos de llenar rehusándonos á ello. No podemos dominarla. No podemos cohecharla. No podemos callarla. No se deja ni refrenar ni persuadir ni engatusar. Se halla tan independiente de nuestra voluntad ó de lo que podemos desear, que casi podemos suponerla cosa distinta de

nuestra propia mente, y en lo absoluto externa á nosotros mismos. Es, en verdad, un testigo puesto por Dios para demostrar á cada paso sucesivo de nuestra peregrinación, el camino de la verdad, de la justicia, el camino que conduce á la vida eterna. Por mucho que á ella nos opongamos y hagamos resistencia y desobedezcamos con petulancia sus mandatos, continúa ella á denunciarnos, y á condenar nuestra mala conducta. «Esto», nos dice ella, «es recto» «aquello en cambio no es bueno». Esto nos está mandado, «aquello nos está prohibido». En vano podrá abogar la inclinación y el amor propio; en vano se esforzará la pasión y la lujuria en hacer la apología del crimen y de la villanía. No puede ser.

«Mi conciencia posee mil diversas lenguas,
y cada lengua trae cuento diverso,
y cada cuento dice soy un villano.

Aun cuando la pasión ó la avaricia ó una provocación muy fuerte nos aguijonee y nos precipite á cometer un acto de cobardía al que por fin cedemos y miserablemente consentimos, la conciencia jamás deja de arrojar sobre nosotros, en propia cara, amarga acusación. En el momento mismo de cometer un homicidio, un robo, un sacrilegio; aun mientras se alza la mano criminal para asestar el golpe, para robar ó ase-

sinar, todo esto nos da remordimiento, se adhiere al corazón y nos dice, en lenguaje que todos podemos entender, que estamos obrando mal, y violando la ley de la moral. ¡Con qué fidelidad se encuentra esta verdad pintada con palabras, por el bardo de Avón (Shakespeare), y puestas en boca de uno de los asesinos de Clarence!

Hablando de su conciencia, que todo el tiempo le está remordiéndolo é inquietando, prorrumpe al fin: «Ya no me meto yo con ella; hace del hombre un cobarde. No puede un hombre robar sin que aquélla lo acuse; no puede un hombre mal hablar sin que le ponga freno; hombre ninguno puede desear á la mujer de su vecino sin que la conciencia lo delate. Es aquella, cosa que se sonroja, espíritu de vergonzante faz que se subleva en el pecho del hombre, llena al hombre de obstáculos. Me hizo á mí, una vez, restituir una bolsa con oro que accidentalmente me encontré (*); hace de cualquier

(*) Una demostración bien práctica del poder persuasivo de la conciencia, llegó á mi noticia hace muy poco, mientras ojeaba un número del *Times*, y leía: El Secretario de Estado de la India acusa recibo de 1.000 libras esterlinas devueltas por el señor «Miles» por escrúpulos de conciencia y serán abonadas al Gobierno de la India. Secretaría de Indias, Londres, Enero 15 de 1895. — Hoy (Enero 17 de 1895), me encuentro con otro ejemplo: «El Ministro de Hacienda acusa recibo de \$14 de A. N. por contribuciones atrasadas sobre rentas de capital». Ejemplos semejantes á estos, se encuentran con frecuencia en las columnas de la Prensa y vienen á servir

hombre, que la conserva, un pordiosero. Es arrojada de todos los pueblos y ciudades como una cosa de peligro». (Ricardo III.)

¿De adónde viene este tan extraño monitor?
 ¿De Dios! ¿Quién ha estacionado á este centinela secreto en la puerta de nuestros corazones? Nadie más con toda seguridad sino es el Autor de nuestro ser. Y ¿con qué objeto, si no es con su intención de recompensar la obediencia y de castigar la desobediencia? No por cierto en este mundo, cuando vemos que en él prospera con frecuencia el malo y el bueno está oprimido; entonces, pues, si aquí no es, ¿será después la recompensa en otra parte? Indudablemente. Tiene que haber, si en Dios existe, alguna justicia, un estado futuro, donde los buenos serán recompensados y los malos castigados. No hay ley posible sin sanción. En otras palabras, la conciencia postula con toda claridad una vida más allá de la tumba, por mucho que el ateodé el asalto conforme le parezca.

Considerad también que la conciencia no tan sólo se limita á fallar sobre la moralidad ó inmoralidad de nuestros actos. Igualmente, y en

de buena ilustración para el asunto de que ahora se trata. Un poder moral que puede inducir á un hombre, de quien no se sospecha fraude alguno, á hacer entrega de £1,000 al Estado, tiene que ser una potencia verdadera.

cierta medida, ejecuta sentencia. En breve: es tan dulce y tan consoladora su aprobación, cuando hemos obrado bien, que las Sagradas Escrituras lo comparan con una «fiesta continuada». De otro modo, cualquiera violación en parte ó totalidad de los dictados de la conciencia viene acompañado de amargo y roedor remordimiento. «¿Qué dolor es menos insoportable, pregunta San Ambrosio», que la herida interior de la conciencia? No debemos evitar más aquel que la misma muerte, que el hambre, que el destierro, que los sufrimientos ó dolores de las flaquezas y la debilidad. (Lib. 3. Ofic., cap. 4.)

Comete el hombre algún crimen horrible. Desde entonces y en adelante se siente oprimido con un dolor interno de culpabilidad. Se siente avergozado é intranquilo. ¿Y por qué? ¿Será acaso porque se ha echado encima la enemistad del mundo? Ciertamente que no, ¿Será acaso por lo que digan, piensen ó hagan las gentes? No. Pues aun en caso de que nadie, ni siquiera sospeche de su crimen, despiértase en él un sentimiento igual.

«Podrás con sagaz arte ocultar tu pecado,

«mas la conciencia pondrá en tu corazón testigo,

«uno que será disturbio de tu tranquilidad

«Que espantará tu sueño, cuando será también,

«testigo, juez, y cárcel para tí».

Supongamos que sea la ofensa un homicidio secreto. No hay una alma que sospecha al culpable. Aún más; recaen las sospechas sobre de otro. Tal vez tócale á un ser inocente ser ejecutado en vez de al culpable; y tanto la ley cuanto la vindicta pública quedan satisfechas y están seguras de que se ha hecho justicia.

Pasan los años lentamente. Toda probabilidad de revelación desaparece. Sin embargo, he ahí al asesino en su interior perseguido por el crimen. Aflígele aún el pensamiento, que le sigue por todos lados donde fuere. Le pesa cual una piedra de molino que tuviese colgada de la nuca. Le oprime y lo confunde. No puede conseguir el descanso ni por la noche ni por el día. Llega á ser peso que ni él mismo aguanta, mientras la espina está adherida al cuerpo. No necesita de otro acusador que su propia conciencia que le habla aún por medio de la voz inarticulada de la naturaleza inanimada.

Con cuánta sublimidad nos ha expresado Shakespeare esta verdad, con aquellas palabras que pone en boca de Alonso, quien, á despecho de todo esfuerzo, no puede desechar de la memoria su culpabilidad, sino que ve delatores que se le aparecen por todos lados. Casi podemos trazar la expresión del temor graba-

do en la fisonomía del criminal el vaivén de su aliento trémulo, cuando con emoción nerviosa exclama:

«Era de parecerme que hasta las olas hablaban y de ello me decían—que el viento me lo cantaba; también el trueno—Y, que profunda y espantosa flauta de órgano, pronunciaba el nombre aquel de Próspero».

O de otro modo, tal cual Byron nos lo hace recordar:

«Oído ninguno puede oír—
Lengua ninguna puede decir—los tormentos
de aquel infierno interno».

Esto no viene á ser imaginación vacía. Las Sagradas Escrituras vienen afirmando cosa igual, y la experiencia hace de más valor la enseñanza. «No hay paz para el malvado» nos dice el Espíritu Santo; y «el malvado huye aun cuando hombre ninguno lo persiga». Así igualmente resuenan siempre en sus oídos voces de temor; y cuando hay paz, siempre sospecha la traición. En otro lugar leemos: «El temor lo aterroriza por todas partes y enredará sus pies» y «paz no hay para mis huesos por culpa de mis pecados». Todos, en mayor ó en menor escala tienen conocimiento de la verdad de estos asertos. Los grandes poetas en donde vemos reflectada con tanta fidelidad la historia y el carácter humanos, y cuya encomienda espe-

cial en realidad viene á ser, la de asir y sostener el espejo á natura, constantemente nos hacen recordar la verdad.

Ni venganza vehemente, ni el mismo infierno puede hallar—tormento más feroz que una mente culpable—la que día y noche tan espantosamente acusa—condena al desgraciado y sin embargo á la carga vuelven.

Así lo dice y piensa Dryden. Shakespeare hace sonar la misma nota en lo que sigue:

«¡Oh! ¡cobarde conciencia cómo me afliges tú!
Arde la luz en azul flama. ¿Acaso no es ya la muerta media noche? Penden de mis temblantes carnes heladas y espantosas gotas».

Sobre este mismo asunto nos ha hecho Jorge Eliot (*) algunas observaciones sensatas y oportunas, cuando ha escrito: «Aquel terror de lo invisible se levanta tan alto sobre la sola cobardía sensual, que aniquila aquella misma cobardía; es la inicial al *reconocimiento de una leymoral* restringiendo el deseo, y pone una barrera al duro, audaz escrutinio del imperfecto pensamiento tornándolo en obligaciones, que nunca puede probarse tengan santidad, cuando está ausente el sentimiento».

«Bueno es», nos canta el viejo Eumenides, en *Esquiles*, «que el temor tome asiento como guardián del alma, forzándolo á convertirse en

(*) Eminent escritora inglesa contemporánea, que escribió bajo aquel seudónimo. (N. del T.)

sabiduría; bueno también que el hombre lleve en el corazón sombra que amenaza bajo resplandeciente luz; de lo contrario ¿cómo aprenderían á acatar el derecho?» (*) Si la conciencia atormenta al malo, al bueno le da paz y dulce contento. La aprobación de aquélla es tan lisonjera, tan fortaleciente, cuan amargos perturbadores sus reproches.

«¿Qué armadura del pecho más fuerte que un corazón sin mancha? Tres veces está armado aquel que tiene ajustada su querella; pero desnudo aquél, por mucho que resguardado esté en acero, cuya conciencia se halla por la injusticia corrompida».

Encontramos pensamiento igual en un poeta más moderno aún:

«Su fuerza era cual la fuerza de diez,
Porque su corazón estaba puro».

En otras palabras, porque no remordíale la conciencia.

Después de la caída del Cardenal Wolsey y sus infortunios, aquel mismo sentimiento de su inocencia personal, fué lo que le ayudó no sólo para sostenerlo, sino para inundar su alma de placer.

—«¿Y bien, cómo le va á su señoría?—pregunta Cromwell y contesta Wolsey:

—Pues bien; jamás tan verdaderamente feliz, mi buen Cromwell.—conózcome ahora y siento en mi interior. *una paz que está muy arriba de las dignidades terrestres:*

«Una conciencia silenciosa y tranquila».

(*) «Rombla» de Jorge Eliot.

Y no es tan sólo el hombre educado y el erudito que dentro de sí advierten aquella misteriosa voz. No. La conciencia no es una prerrogativa de clase especial ninguna, sino que es cosa que todos poseemos. Mas sin embargo, como toda cosa potente que encuentra afinidades, es, sin duda, susceptible de educación y de mejoramiento, así es que se difiere en distintas personas. Así como las manos del pianista adquieren mayor delicadeza sobre el teclado en fuerza de tocar, y con la práctica igualmente el oído del ciego, cuando ambos, más que ningún otro, dependen de aquel órgano constantemente, y aquél llega á hacerse más sensible al sonido, así también la conciencia cuando es obedecida, cuando se le da oídos y se le consulta con regularidad, llega á adquirir delicadeza extraordinaria. Por otra parte, si se violan sus dictados, si se les hace á un lado, su influencia viene á ser cada día más débil, hasta que al fin su voz se siente casi enteramente ahogada en medio del gran ruido y la barahunda de este mundo con sus vanidades, disipaciones y placeres.

Un ruido, al que ya por hábito no se le hace caso, apenas si podría despertar á un hombre bien dormido. He tenido noticia de un ca-

so en que el disparo de un cañón á bordo de un buque en nada afectó el sueño de un oficial dormido y cuyo camarote estaba bien cerca del sitio del disparo. De igual manera, ó algo semejante, ocurrirá al hombre que cierre su corazón constantemente á aquella voz clara y vibrante de su monitor interno, acabando por grados á convertirlo casi en inaudible. Su estado moral llega entonces á ser uno sin esperanza alguna y sumamente atroz. Pero, salvo en aquellos casos excepcionales, la conciencia le habla á todos los hombres, ya bien sean doctos ó todo lo contrario. He aquí un ejemplo sorprendente, aun con un africano ignorante.

Un negro que en una ocasión pasaba visita á unos vecinos de raza blanca, pidió un poco de tabaco para fumar. Uno de los presentes, que tenía un poco suelto en la bolsa, le ofreció un puñado. Transcurrieron unos días cuando el negro volvió preguntando con ansiedad por el que le había hecho el regalo, declarando que entre el tabaco se había encontrado un medio peso. Se le informó que puesto que así se le había dado bien podía retenérselo y no darse la molestia de andar buscando al donador. Pero todo fué infructuoso. El pobre negro, haciendo señas en el pecho dijo en un mal inglés

(lo que ahora se traduce en equivalente al español): "Aquí dentro negro tiene hombre bueno y hombre malo. Hombre bueno dice á mí: "dinero no ser tuyo, devuélvelo á dueño. Hombre malo dice á mí ¿Y por qué? Si te lo dió á tí y ahora ser tuyo. Comienza hombre bueno otra vez, y dice. Eso no andar bien; *tá baco* ser tuyo pero *dinero* no. Hombre malo dice, no hacer caso de lo dicho por hombre bueno; tú ya lo tienes; ahora ir comprar *ponche*, aguardiente caliente y divertirse. Así es que yo ser muy afligido y no saber qué hacer. "Mí querer mucho dormir, pero hombre bueno y hombre malo ¡oh! mucho hablar, mucho disputar por noche entera, y molestarme así que yo no dormir. Yo venir devolver dinero, "pues siento que entonces descansaré yo en paz". Si este caso no es uno de conciencia agitada, entonces yo suplicaría se me dijera ¿de qué es?

Si á pasar fuéramos de autores profanos al estudio de la vida y los escritos de los santos, podríamos ministrar testimonios infinitos con respecto á este asunto. Fué una conciencia limpia la que facilitó á los héroes de la Iglesia á que sostuviesen con calma imperturbable todas las penalidades, todas las pruebas, contra-

dicciones y enemistades de este mundo depravado; fué aquélla la que les infundió en el ánimo la fuerza y la resolución de hacerse confesores y misioneros; y la que puso acero en el corazón de millares de mártires para aguantar tormentos mucho peores que la muerte. En breve, es la conciencia recta que instila aquella paz en el alma del hombre, prometida por Cristo á todo aquel que le sirva, lo ame y le obedezca, es decir, la "Pax Christi" ó *paz de Cristo*, "La paz os dejo, *mi* paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo". (San Juan, cap. XIV. 27). Pero sino hay una vida futura ¿de qué nos sirve entonces la conciencia? ¿Por qué dar oídos á una voz que nos habla de manera engañosa? ¿Por qué el temor á amenazas que son ociosas y vacías? ¿Por qué inquietarse por las leyes si castigo no hay para el violador de aquéllas, ni mérito tampoco para el que las acata? ¿Para qué sirve ordenar las reglas de conducta y restringir malos deseos, si no hay absolutamente medida de lo que es recto y de lo que es malo, tribunal ninguno final de apelación, sanción alguna de la virtud ni castigo alguno para el vicio?

No prediquéis la paciencia, si no hay un futuro que nos esté aguardando. No señaléis al

deber de la esperanza, si con la muerte ya se acaba todo. No habléis de la justicia, si un destino común espérasele al suicida como al suicidado, al ladrón como al robado, al violador y al violado. No; si vida futura no hay, entonces la conciencia es fraude y una pernicioso fantasía de que debemos deshacernos á la mayor brevedad posible.

Pero si destruir no podemos la conciencia sin primero enfangarnos en la villanía y en el crimen, entonces la conciencia debe ser ministro leal de Dios, y sus amenazas de un castigo futuro verdaderos y solemnes avisos anticipados, y el estado futuro, al que señala grande y gloriosa realidad.



CAPÍTULO VI

NATURALEZA FÍSICA DEL HOMBRE.

“Puesto que lo eterno está á la mano para devorarse ambiciones del tiempo..... ¿De qué sirven entonces los elevados títulos, la elevada cuna, conquistas elevadas, si lo más elevado no lo hemos alcanzado?”

YOUNG.



FÍSICAMENTE considerado, presumo no hay criatura viviente sobre la tierra tan débil y tan frágil, tan desastrosamente desvalida cual el hombre. Mientras tanto nacen ya otros animales revestidos con pieles ó plumas, el hombre se desliza y aparece en el mundo absolutamente desnudo. Mientras que otros animales entran al foro de la vida perfectamente armados, y bien equipados con armas de ofensa y de defensa, tales cuales garras y talones, poderosos colmillos y picos agudos, el hombre está tan indefenso, cual lo

deber de la esperanza, si con la muerte ya se acaba todo. No habléis de la justicia, si un destino común espérasele al suicida como al suicidado, al ladrón como al robado, al violador y al violado. No; si vida futura no hay, entonces la conciencia es fraude y una pernicioso fantasía de que debemos deshacernos á la mayor brevedad posible.

Pero si destruir no podemos la conciencia sin primero enfangarnos en la villanía y en el crimen, entonces la conciencia debe ser ministro leal de Dios, y sus amenazas de un castigo futuro verdaderos y solemnes avisos anticipados, y el estado futuro, al que señala grande y gloriosa realidad.



CAPÍTULO VI

NATURALEZA FÍSICA DEL HOMBRE.

“Puesto que lo eterno está á la mano para devorarse ambiciones del tiempo..... ¿De qué sirven entonces los elevados títulos, la elevada cuna, conquistas elevadas, si lo más elevado no lo hemos alcanzado?”

YOUNG.



FÍSICAMENTE considerado, presumo no hay criatura viviente sobre la tierra tan débil y tan frágil, tan desastrosamente desvalida cual el hombre. Mientras tanto nacen ya otros animales revestidos con pieles ó plumas, el hombre se desliza y aparece en el mundo absolutamente desnudo. Mientras que otros animales entran al foro de la vida perfectamente armados, y bien equipados con armas de ofensa y de defensa, tales cuales garras y talones, poderosos colmillos y picos agudos, el hombre está tan indefenso, cual lo

estarían las zarzas del vallado sin sus punzantes púas, ó la ostra sin concha protectora. Aún más, mientras tanto los chicuelos de otros animales pueden correr, ó nadar ó volar, como también nutrirse por sí solos, y tan presto casi cual sus ojos se abren, las criaturas del hombre se encuentran sin ayuda propia y por años dependiendo literalmente de otros. En la lucha por la existencia ¿qué probabilidades tendría un *niñito* de seis meses desnudo y sin estar en brazos de alguien, puesto en un hoyo para hacerle frente á un tigre, á un águila, ó á un tiburón de su misma edad? Aun en el caso de ausencia de semejantes enemigos tan feroces, ¿cómo podría él mantenerse en salud, en vigor, en regiones de hielo y de nieve, de arrasantes vientos y de tempestades, ó aun vivir en medio de los batalladores elementos?

Imposible sería, por una cosa, es decir: la razón. La razón es la única causa de la superioridad del hombre. Es, en su propia esencia, más que un substituto de las pieles y de las plumas, garras y talones, fuerza física y aguantes. Lo pone desde luego en aptitud de cubrirse aún con mayor esplendidez que los animales, sustentarse con mayor lujo, defenderse con mayor éxito y gozar con satisfacción más vehemen-

te. Por medio de la aplicación de humana inteligencia, aun las fuerzas más indóciles de natura pueden ser subyugadas, torcidas ó ser utilizadas en provecho. Mirad cómo, al mando de la inteligencia, el fierro y el acero mezclados y convertidos en máquinas, enormes locomotoras que vuelan con increíble velocidad sobre la tierra van llevándose consigo trenes apiñados de hombres y de mercancías, ó penetrad en gigantescas fábricas cuando los telares están en movimiento, y considerad cómo los hilos cubiertos de pelusilla del lino común, cáñamo y algodón, pueden ser convertidos, por medio de invenciones mecánicas, en paño, en tela, en lienzo adamascado y otros artefactos. Observad cómo aquella manipula los alambres telegráficos, y de ese modo conversa con sus parientes ó las gentes que viven á diez ó quince mil millas de distancia, allá en América ó Australia. Ved cómo cruza el hombre por el Océano sin vestigio de ruta y viaja en salvo hasta regiones las más lejanas y desconocidas, guiado por aquel divino mensajero, el compás del marino, que con firmeza apunta hacia el camino invisible. Ni tampoco se pierde la experiencia de una generación para otra que le sucede. El medio se ha encontrado acumulando en las grandes bibliotecas,

los conocimientos y la ciencia adquiridos por toda una raza, de tal suerte que hoy podemos consultar y estudiar la historia y el desenvolvimiento de todo pueblo y nación, en aquellos volúmenes impresos accesibles á todos. Y, como ya el hombre ha encontrado el medio de nutrir su intelecto, de esa manera, poniendo á contribución á todas las naciones, también ha descubierto el medio de nutrir su parte más innoble, el cuerpo, del producto de ambos hemisferios, cubriendo su mesa de frutas, de comestibles y de espléndidos vinos venidos de cada rincón del mundo.

Ha entrado en sociedad aun con el sol, por medio de cuya asistencia gratuita, puede ahora fotografiar un pájaro al vuelo, un caballo á todo galope y hasta la luz de un relámpago, pudiendo arrojar el paisaje más complicado y variado en sus placas de mayor sensibilidad, y con menor trabajo del que se necesitaría para describir el procedimiento mismo. Aun la potente voz de un cantante favorito, ó del famoso orador político ó de algún recitador, puede conservarse guardada en una caja, y ser llevada de un lugar á otro, por medio el fonógrafo, mientras que sus cambiantes expresiones y sus gesticulaciones y movimientos pueden también

reproducirse á voluntad por medio del silencioso y aún más maravilloso kinetoscopio.

Con el conocimiento del espectroscopio, puede aun mandar un mensajero á los lejanos planetas, y saber de qué elementos extraños están compuestos aquéllos. Puede anotar, para informes de generaciones por nacer, los eclipses y tránsitos y otros fenómenos celestes del lejano futuro, tal como por ejemplo: que Venus viajará á través del disco del sol en el año 2004. Puede sacar la substancia rocas de la tierra, y convertirla en edificios de gusto y en templos de arquitectura; ó amoldarla, con cincel y escalpelo, en Venus ó en Marte ó en forma de pájaros ó animales que encanten á la vista. En cuanto á música, dulce aún más que aquella de cualquier pájaro emplumado cantor, puede sacarla de órganos de madera ó metal, y mover el corazón del hombre produciéndole pena ó contento al simple toque de cuerdas de arpa ó de violín. Es verdad. Todo esto y muchísimo más, encuéntrase bajo el dominio de facultades de Dios donadas al hombre; y otras aún mayores conquistas, sin duda alguna, se alcanzarán y se desarrollarán conforme transcurran los años y «el gran mundo dé vueltas, para siempre, en las profundas cavidades de sonoros cambios».

Sin embargo; observad. En todo este conjunto no hay acto verdadero de creación ni de aniquilación. El hombre no hace sino descubrir, aprender, y hacer uso de las fuerzas existentes que le rodean, y aplicar aquéllas á diversos fines. Cambiales la forma, combina, divide y ajusta de nuevo los elementos de que están compuestos, ó de otro modo, engancha una fuerza á alguna pieza de maquinaria, y hace que trabaje y haga aquélla su tarea en beneficio de él y su ventaja. Más no puede hacer. Dios ha puesto un hasta aquí claro y terminante á la línea de demarcación, entre lo posible y lo imposible en la naturaleza. Podrá el hombre cambiar tanto aquellos arreglos internos como externos de las cosas, y hacer del mundo casi un juguete, pero es importante para crear ó aniquilar cualquier cosa, sea ésta la que fuere. Reunid á todos vuestros sabios, á los científicos notables, á esos Tyndals, Huxleys, Clifords y Harrisons. Citad á junta á esos representantes de la ciencia y de la filosofía de todas partes de la tierra, y ordenadles que de la nada extraigan, siquiera fuese un grano microscópico de arena. No pueden hacerlo. No; como tampoco pueden de ninguna manera crear un sistema solar nuevo. Este es poder que sólo pertenece á

Dios. Así como de la nada no es dádoles traer á la existencia cosa alguna, de esa misma manera, tampoco pueden forzar cosa alguna fuera de la existencia. Aniquilar aunque fuese á una partícula invisible de polvo, es cosa tan fuera del poder humano, como sería el mover la tierra de su órbita, ó tragarse de un sorbo el Océano Atlántico. Pues como dice bien el incrédulo Büchner: "Los últimos átomos de las cosas son de por sí inmutables é indestructibles; hoy en ésta, mañana en otra forma, presentan, por medio de la diversidad de sus combinaciones, las innumerables formas bajo las cuales aparece la materia á los sentidos. El número de átomos queda en cualquier elemento, sea aquel el que fuere, en totalidad el mismo; ni una sola partícula viene á formarse de nuevo, ni tampoco puede, una vez formada, desaparecer de la existencia. Podrá el hombre destruir su vida temporal, por la sencilla razón de que es un ser compuesto, que consiste de un cuerpo y de una alma, y por de contado bien podemos separar aquellas dos substancias diversas. Llamámosle á su separación: muerte. Una vez separados, bien podemos tomar el cuerpo y también destruirlo; pues está compuesto de innumerables partes, y cuando aquéllas partes

se encuentran separadas, el cuerpo (cuerpo *cuadrantal*) no existe, más de lo que existe un triángulo (triángulo *cuadrantal*), una vez que sus lados se encuentran desunidos. Como triángulo ha dejado de ser. Pero ¿y el alma? Pues bien, con evidencia, no estando aquélla compuesta de partes, sino que siendo una substancia simple é indivisible, no puede ser destruida por medio de agencia natural ninguna, cual queda demostrado en el Capítulo IV. Nada puede sufrir *aniquilación* por causa natural alguna; puede ser destruida en sentido tan sólo de que los elementos de que está compuesto, pueden ser separados ó arreglados de diversa manera unos con respecto á otros.

No es el alma excepción. No puede ser posible aniquilar el alma como posible no es aniquilar otra cosa cualquiera. Pero ¿podrá destruirse á ésta, en el sentido en que otras cosas pudieran ser destruidas? No; ¡por supuesto que no! Si no podéis *aniquilar* el alma, entonces mal podéis destruirla enteramente, puesto que en ella no hay partes que dividir, ó de otra manera, arreglar distintamente. En verdad, una vez que se ha admitido que el alma es una substancia simple, indivisible y espiritual, aun con la misma enseñanza impartida por la ciencia,

tiené que ser inmortal, porque es indestructible. Y, todo aquel con fuerza suficiente para estudiar y analizar el trabajo de su propio cerebro, pronto llegará á realizar, que una substancia pensadora, razonadora, juzgante é inteligente, tiene de ser simple. Ya he hecho á esto referencia, pero me refiero de nuevo á ello, porque deseo marcar, que si á Dios place, tan sólo El puede aniquilar el alma. Quien crear puede también puede aniquilar, y aquel que aniquilar no puede, mal puede crear. Las dos fuerzas son correlativas. La cuestión, pues, que tan íntimamente conciérennos ahora, es: ¿ejercitará Dios Su omnipotencia para aniquilar las almas que ha modelado? Pues, á no hacerlo Dios así, ¿poder alguno podría hacerlo? Esto está claro. ¿Pero lo hará El? Seguramente *no*. ¿Y por qué? por muchas razones. Primera, porque es El justo, y segunda porque es bueno, y tercera, porque es El sabiduría. Esto nos trae á un asunto que debe ocupar la atención de los hombres sabios, y que á la vez nos presenta una de las pruebas más potentes tocantes á una vida futura.

Vemos en derredor de nosotros aquellas multitudes de hombres, que en el curso de las edades pasadas, se han esparcido sobre la superfi-

cie entera del globo. Leemos los diarios y aquellos nos imparten, traen á noticia nuestra, los hechos y los dichos de cada nación. Vemos los detalles de crímenes y de robos, de homicidios, descorazonadas seducciones, y deserciones. Con frecuencia nos sentimos aterrorizados y horripilados por las crueldades y las injusticias perpetradas por el hombre al hombre. Observamos, con demasiada frecuencia, el éxito alcanzado por la astucia, la estratagema y la avaricia sin escrúpulos, donde por otro lado fracasa del todo la inocencia, la honradez y la sencilla fe. Vemos, con demasiada frecuencia, á los que nada valen, á los mundanales sentados en puestos elevados, mientras por otro lado los buenos, los que se sacrifican á sí mismos se les tiene sebajados ó se les abandona al hambre y á la sed en caminos reales. Los valientes y los denodados son destrozados en campos de batalla, mientras que los cobardes corren y sobreviven. Algunos criminales, en verdad, reciben en este mundo merecido castigo; pero, como se lleva dicho, los criminales *más grandes* de ésta tierra, son aquellos que jamás se han sentado en el banquillo del acusado.

Aún más: ¿con qué frecuencia no ocurre que aquel que hace sudar la gota gorda gana me-

por la vida, de espléndida manera, mientras que el que la suda se hunde en la pobreza y en la degradación? El estafador en grande, el que comercia en cosas de mala ley, el que la emprende estableciendo compañías de puro engaño, el fundador de tráfico inmoral, el vendedor de literatura que corrompe y de estampas indecentes, con frecuencia prosperan y gozan de la vida, realizando á la vez prodigiosa fortuna; mientras por otro lado el hombre juicioso y muy trabajador, el concienzudo honrado labrador ó comerciante, no puede con frecuencia, ni siquiera medio sostener la carga.

Riñen los reyes, decláranse las guerras y traban combate los ejércitos: y mientras tanto la oficialidad tiene proporción y los monarcas gloria, millares de hombres inocentes son acribillados por las balas, ó despedazados con violencia por el sable, sin piedad. Hállanse los hogares desolados; las familias arruinadas y desprovistas de sus defensores naturales, de aquellos que para ellas ganaban el pan. La madre viuda llora por el hijo adorado, cuyo cuerpo ha convertido en carne corrompida para los pájaros; la esposa aprieta las manos ante el cadáver del esposo muerto á bayonetazos y se hace pedazos el corazón de la prometida cuan-

do imprime ósculo tras ósculo en los helados y viscosos labios de su prometido que yace tendido en el campo de la matanza. De sufrimiento y de infortunio está el mundo lleno; y miserias semejantes no están distribuidas en conformidad con los merecimientos del hombre. Ni las riquezas, ni la salud, ni la prolongación de los días, se encuentran otorgadas bajo principio alguno de equidad. El dolor y la amargura, los encantos y placeres, por ningún título se hallan ajustados á la culpabilidad ó la inocencia respectivas en el hombre.

Interiormente tenemos conciencia en nuestra mente de la injusticia, que en mayor ó en menor escala, prevalece en todo el mundo. Considerar tan sólo al artesano del telar, pálido, delicado, "tan pálido y tan frágil cual el mismo lino que teje, aquellos enfermizos tejedores de finísimos linos, á los hombres envenenados por aire subterráneo sofocante ó en cambio tostados por las flamas de la fundición ó sufriendo una muerte lenta por medio de la absorción en los pulmones del polvillo de acero, ó ya bien lívidos con las llamas fosforescentes aspiradas por tal de conseguir el pan de cada día, individuos que mueren cual si fuesen cantidad más ó menos de arenques en red, para que en cam-

bio siga rodando el Truhán del comercio. Considerad esto y otras tantas cosas, que el descorazonado *Thor* de la concupiscencia comercial aplasta bajo el peso del mazo grande, del martillo de forjar fierro, sacando oro á golpes á costa de sus carnes magulladas. Contemplad esos millares que, desde la cuna hasta el sepulcro, están soterrados en las fábricas, en barracas, en guardillas con reflejos del gas, y en callejuelas apiñadas de gente, en guaridas del vicio escuálido, con el ruido de máquinas eternamente en sus oídos y el peso muerto del humo en sus alientos». (*) Contrastad á éstos, y á otros en igualdad de circunstancias, con los alegres y veleidosos—amantes partidarios del mundo de la prosperidad—con aquellos que ríen, charlan y juguetean dejando se deslicen las bulliciosas horas, que pasan cual mariposas veraniegas de flor en flor, sin darse á la pena, sin pensar, é indiferentes están chupando dulces y mieles conforme van saliendo; pero nunca contentos, en realidad, pues esto es imposible, pero aparentemente sí, y por vía de comparación con sus semejantes más infortunados, felices *lo suficiente*. Pero ¿quién nos podrá decir que cada uno recibe lo que cree merece? Sin embargo, Dios

(*) Vide Chandos,

es justo: sí, infinita, increíble y absoluta Justicia. ¿Cómo puede ser esto? De dos alternativas preciso es que escojamos alguna.

Una de dos, ó nos alistamos en las filas del mentecato ateo, y decimos no hay Dios; ó de lo contrario venimos á decidir que nos está aguardando otra esfera de actividad humana, más allá de la tumba, donde el malvado deja de molestar, donde descansa aquel que está rendido de cansancio. De postular tenemos una vida futura, donde justicia perfecta se haga á todos con medida; donde cada uno recibirá con imparcialidad, según sus obras; donde se hará compensación á aquellos que han sufrido sin causa, y donde alcanzará venganza á todo aquel que ha prosperado por medio de su iniquidad, teniendo ganancia por conducto del pecado. Esta vida, bajo sus actuales condiciones, es inconcebible sin un futuro, si es que hemos de conservar fe alguna en un Criador infinitamente Santo y Justo. Sería mucho más fácil negar nuestra propia existencia, que el negar la necesidad absoluta de un estado futuro, donde será restaurada la balanza de la justicia.

«Si—dijo Juan Jacobo Rousseau—yo no tuviese otra prueba de la inmortalidad del alma que aquella prosperidad del malvado, y la opre-

sión del justo en este mundo, esto tan sólo bastaría para convencerme de ella. Me vería restringido para explicar contradicción tan manifiesta, excepción tan terrible á la armonía establecida del universo. Me vería forzado á exclamar dentro de mí mismo: «¡No puede todo acabar con la muerte!» Todo será puesto en debido orden y armonía después de la muerte».

«¿Cree usted en una vida futura?» preguntaba en Lyons un juez á uno de los sacerdotes condenados á ejecución, durante la espantosa Revolución Francesa. «¿Cómo es posible dudar de ello», contestó, «cuando estamos mirando lo que pasa en este infortunado país? Si hubiera sido no creyente, desde un principio, las escenas que diariamente pasan por mi vista, á estas fechas, hubieran hecho de mí un creyente (*je serais devenu croyant*)». No puede haber mayor prueba de la seguridad de una vida futura, como la impunidad del malvado y la prosperidad de los mayores pillos en esta. ¡Pues qué! ¿no ha de haber castigo para un ENRIQUE VIII, compensación ninguna para un Tomás More? ¿Será posible que una Reina Isabel (de Inglaterra), triunfe eternamente del inocente, cuya sangre virtió tan inhumanamente? ¡Jamás! Cla-

ro está á la vista de todo hombre, que tiene alguna fe en la Justicia Divina, que tiene que *llegar* el día de la retribución, cuando se sobajará la iniquidad, y la causa de la justicia, de la pureza y el amor alcance el triunfo.

De no ser así, entonces nada quedanos por hacer sino es borrar de nuestras mentes para siempre la misma concepción de un Dios, y esforzarnos para persuadirnos, si podemos, de que el universo se hizo de por sí; que el cuerpo maravilloso y hasta el alma humana, cosa aún más maravillosa, con todo y sus facultades y potencias, son resultados accidentales de un concurso de átomos inconscientes y fortuitos; y que todas aquellas maravillas del cielo y la tierra que no hablan, han sido modeladas por las ruedas giratorias del acaso ciego y sin razonamiento. En verdad que no puede haber mayores lechuzas supervivientes que aquellos llamados ateístas. Aun aquellas personas que se la echan de no ser creyentes, y "en su vergüenza se vanaglorían," así lo hacen por creer que aquello suena á sabiduría ó que indica una mente sin trabas. Hacen alarde de su infidelidad con el mismo espíritu de aquel barbero que informó á Voltaire con ingenuo orgullo y satisfacción diciéndole: "Yo no soy sino un pobre diablo

de peluquero, pero no creo yo más en Dios que en los otros." ¡Ojalá y se la pase el mundo por tiempo indefinido librado de semejantes idiotas! ¡Ojalá y se nos deje en paz, por lo menos á nosotros, para gozar de aquella segura y bien fundada esperanza de la inmortalidad, que nunca será confundida! Tan imposible sería persuadirme de que ahora no vivo, como sería persuadirme de que no viviré eternamente. Si pudiera ser engañado en el primer caso, sería posible que también fuese engañado en el último, pero no de otra manera.

No. Roberto Burns no hace más que asentar un hecho cuando nos canta:

Voz de natura gritanos muy alto,
 é infinitos mensajes de los cielos,
 que algo dentro nosotros jamás muere;
 que de este estado frágil é inseguro,
 pendien asuntos de gravedad eterna;
 que la vida futura en mundos ignorados,
 debe tan solo de esto dar color;
 ya bien cual gloria brillante de los cielos,
 ú obscura cual la miseria de angustiada noche.

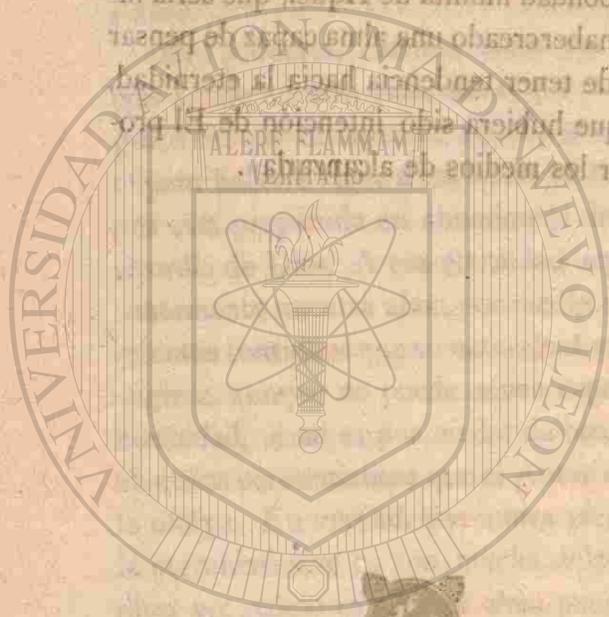
Una existencia futura viene á ser no tan sólo grande y fundamental verdad, sino que es también fuente de indescriptible consuelo y de felicidad. Para que el lector amable pueda formarse idea de la dulzura de este recuerdo, aun en mentes de hombres sabios y distinguidos, cerraré este capítulo con extracto de una carta

de San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra y Doctor de la Iglesia y dirigida á Mr. Favre.

«No podemos, escribe, tener un consuelo más sólido en esta vida, que el que estemos seguros de que desaparece aquélla gradualmente para hacerle lugar á esa santa eternidad que nos está preparada en abundancia de la misericordia de Dios. A esa eternidad aspira incessantemente nuestra alma por medio de pensamientos continuos que su naturaleza misma nos sugiere, aunque no puede tener esperanza en eternidad, si no es por medio de otros y más elevados pensamientos que el Autor de natura le otorga. En verdad, que nunca pienso yo en la eternidad sino es con mucha dulzura, pues digo yo: ¿cómo es que mi alma puede tender el pensamiento á esta infinidad, salvo que con ello hubiese alguna proporción? Ciertamente que una facultad que logra un objeto es porque debe haber alguna clase de correspondencia con aquél. Pero cuando encuentro que mi deseo corre tras mi pensamiento sobre esta misma eternidad, mi goce aumenta sin paralelo, pues me consta que nunca deseamos una cosa que no es posible sea. Entonces me asegura el deseo que puedo tener eternidad ¿y qué

me resta sino es esperar que la obtendré en verdad? Y, esto me es dado por el conocimiento de la bondad infinita de Aquel, que sería incapaz de haber creado una alma capaz de pensar sobre, y de tener tendencia hacia la eternidad, sino es que hubiera sido intención de El proporcionar los medios de alcanzarla».





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



CAPÍTULO VII

MUERTE.—PUERTA DE LA ETERNIDAD.

«Terrible es para mí el pensamiento de la muerte cuando este tiene tanto apego á la vida. Para tí no es tanto cuanto pudiera serlo aún el levantar aldaba de la puerta; tan sólo un paso al aire libre fuera de tienda de campaña luminosa ya con luz que brilla por medio de sus muros transparentes».



HAY muchas cascadas de fama en diversas partes del mundo, pero á mí no me ha sido dado contemplar tan magnífica cuan majestuosa catarata cual lo es la renombrada del río de el Niágara, la que se desborda por cima una altura de más de ciento cincuenta pies de pura roca, hasta precipitarse en el vórtice de las rápidas, camino al lago Ontario. Miles de gentes van á contemplar, año tras año, este espectáculo sorprendente. En Norte América, el viajero escuchará constantemente al eterno viandante del globo que

con otros como él, se preguntan: ¿y bien, dígame, ya fué usted á visitar el Niágara? Uno responderá que lo vió «el año pasado»; otro, «que hace dos ó tres años que lo vió». Este individuo acaba de llegar de ahí, el otro ya va en camino á verlo. Pero sea cual fuere, en diversas fechas, la diferencia de sus visitas respectivas, uno y todos hablan y raciocinan, como refiriéndose al mismo espectáculo. Mas ahora y en obsequio de la verdad, ni uno solo de todos estos turistas ha visto exactamente lo que el otro vió. Cada uno de éstos ha tenido á la vista un objeto totalmente diverso. Cada uno, en su turno, ha contemplado una masa de agua que está cayendo pero que es absolutamente distinta. Esto *tiene que ser* así: pues, puesto que el arroyo está corriendo constantemente, ni una sola partícula del agua, vista por el viajero en Mayo, se echa de ver por el viajero que llega ahí en Junio. Así también cada una de las gotas que formaron la gran caída en Junio, ha desaparecido en el lago Ontario, mucho tiempo antes de que llegase el fin de Julio.

Hay en realidad un flujo constante que nunca para; un cambio perpetuo y sin interrupción. No obstante esto, la cascada siempre está ahí. Todavía puede vérselo. Presenta aún el

mismo aspecto general; aún lleva el mismo nombre; y los visitantes se congregan en aquel célebre lugar con la regularidad de costumbre. Y, lo que es más, el primero como el último llegado, consideran haber contemplado lo mismo y propia cosa.

¿Cómo podremos darnos cuenta de esto? Pues bien; la verdad es, que aunque en este fenómeno hay algo de transitorio, hay algo también de permanente. Las masas de agua siempre se están yendo y siempre se están renovando; pero mientras que las aguas están corriendo, el peñasco, de granito sólido, es estable y duradero; sigue su curso la corriente, pero la roca que da á la corriente su carácter peculiar, y que viene á ser la misma esencia y cimiento del fenómeno estupendo, es cosa comparativamente duradera y permanente. En realidad echamos de ver que el arrecife y el agua son dos cosas distintas y separables, perfectamente independientes la una de la otra; de tal suerte, que aun en el caso de que las aguas desaparecieran, el arrecife, que es la *razón de ser* de la cascada, siempre quedaría.

Las observaciones que hemos hecho han sido tan sólo presentadas por vía de aplicación á nuestro asunto, es decir: la inmortalidad del

alma. El hombre, lo mismo que la Cascada á que hemos aludido, está formado de dos partes totalmente diferentes, y aun opuestas; una parte como las aguas del río, está en un estado de fluctuación continua, la otra es más inmensurable como estable y menos inmutable que la misma roca. Bueno será dar muestra de este hecho por medio de una ilustración.

Tengo delante á un joven fuerte y robusto. Tiene, digamos, unos diez y ocho á veinte años. Posee el apetito de un lobo y la digestión de una boa constrictora; y, además, se encuentra en condición tan corpulenta cual la de una perdic. Sin embargo, su cuerpo se halla en estado de cambio perpetuo; hay partes que van siempre en decadencia y que están pasando, como las aguas de un arroyo, y que deben renovarse con igual frecuencia. Si se represa ó desvía el curso de un río, se sumerge aquél y se contrae perdiendo tanto en volumen cuanto en velocidad. Precisamente ocurre igual cosa con el cuerpo. Disminuyo á mi joven (ejemplo) aquella cantidad de alimentación á la que está habituado—en una palabra, le represó su arroyo en su surco—entonces ¿qué pasa? Pues pasa que le faltan fuerzas, que el color se le marchita, que su gordura desaparece, se le enjutan las carnes,

se le hundén los ojos y le proyectan los pómulos de la cara. Se va poniendo flaco y destruido hasta que por fin le cuelgan los pellejos, como le cuelga «el vestido flojo á una pobre anciana». Vésele «secarse cual vieja manzana» y en corto espacio de tiempo no representa más que un esqueleto, ó un *memento mori*. Salvo que el alimento esté á la mano con prontitud y que el arroyo sea de nuevo repleto, tiene que morir, puesto que el desgastamiento continúa, y aunque es mucho lo que siempre está saliendo para afuera, en cambio nada está entrando para adentro.

La verdad es que el cuerpo humano siempre se está gastando y decayendo átomo tras átomo y molécula tras molécula, pierde sus propiedades de vitalidad; salen aquéllas fuera del sistema y tienen que ser renovadas. Lo que es hoy vuestro ojo, ó vuestra oreja, ó vuestro omoplato, ó vuestro cerebro, fué, poco tiempo ha, un *beef-steak*, ó una costilla de carnero, ó una patata caliente ó una col cocida; y así, dentro de poco tiempo en adelante, habrá completado su tarea y posará de nuevo, ya bien por medio el aliento, ya bien por los poros del cuerpo, ó por medio de otro conducto natural, y será otra vez perdido para uno. Se va como vie-

ne, y «cual visión de un edificio sin cimientos» no deja atrás una sola huella.

Pues, como bien asienta un renombrado médico escritor: «Es la boca portal por el que se reciben los materiales de un cuerpo nuevo, y también por medio del cual se despiden soplando los desgastamientos materiales del viejo. Cada vez que se respira, se sopla afuera un pedacito de nariz, un pedacito de las orejas, un fragmento de los ojos, una partícula del cerebro, un átomo del corazón, un pedazo pequeño de la espinilla, en una palabra, una parte de todo el cuerpo». Ahora bien, si esta pérdida no fuese enmendada y los átomos no fuesen reemplazados por otros tan eficaz y tan rápidamente conforme éstos son usados, muy pronto quedarían nuestros cuerpos desvanecidos en aire delgado. Pero están *siempre* renovándose por medio de la alimentación y la bebida, y por la acción del aire, respirado por los pulmones, etcétera. En realidad, todas las substancias corporales de nuestros cuerpos están en un estado de mudanza continua. Ese ser físico completo que hoy poseemos, es absolutamente diverso del que poseíamos hace unos diez ó quince años. «Todos los fisiólogos concuerdan—escribe el Doctor Eduardo Johnson—que la vida consis-

te en esa pérdida constante y esa reproducción del cuerpo, partícula tras partícula, y por medio de un análisis perpetuo de las viejas partículas que componen nuestros órganos, y una perfecta síntesis de nuevas partículas derivadas de la sangre, por medio del acto de estar echando abajo constantemente los viejos materiales, y el perpetuo reemplazo de aquéllos por otros nuevos; por medio de una desorganización constante y una reorganización perpetua».

En otro lugar hace observar aquel mismo cirujano: «Cada vez que vuestro reloj da un golpe nace un ser humano y otro perece en alguna parte del mundo. Pero en el humano microcosmo, en ese pequeñísimo é insignificante mundo llamado el *Hombre*, por cada golpe que su reloj da, hay millones de moléculas del viejo cuerpo que son disueltas y llevadas, y abastecidos sus sitios por otros tantos millones de moléculas nuevas.

Pues bien, este procedimiento de destrucción y de reconstrucción opérase constantemente en todas partes del cuerpo humano, aun en aquellas las más ocultas é interiores; pero en algunas partes es tan evidente el procedimiento que fácilmente se le reconoce y á la verdad se echa de ver prácticamente.

La uña del dedo nos proporciona un buen ejemplo. Toda ella, raíz y rama mide menos de una pulgada de largo. ¿Cuántas veces no la habremos cortado en el transcurso de cinco años? Pero supongamos que haya sido una vez cada tres meses, y que se le ha cortado la vigésima parte de una pulgada. A ser aquello exacto, quiere decir que entonces al fin del quinto año está claro que se le ha cortado enteramente. Así es que al presente resulta que no existe en el dedo ni una porción siquiera de aquella uña, que lo decoraba. La uña que se lleva en la actualidad es, en su esencia y su totalidad, cosa diversa de aquella primitiva que en su totalidad ha sido recortada pedazo por pedazo. La misma verdad se aplica y hace fe tocante á todas las partes del cuerpo. Entonces ya bien podremos preguntar: ¿sois la misma persona? ¿Podéis recordaros de vuestras acciones, de vuestros sentimientos, vuestras ambiciones y aspiraciones, digamos, de hace diez años pasados? ¿Podéis estar seguros que fueron vuestros y no de ningún otro? ¿Tenéis vos, el encanecido guerrero de cicatriz en el rostro, tenéis recuerdo claro y evidente del pasado? ¿Estáis seguro de que sois el mismo, que se batió contra los enemigos de vuestro país, con mosquea

te tendido al hombro, y que dió carga al enemigo hace unos cincuenta años?

Y vos, adorada abuelita, de arrugadas mejillas, con vuestra amplia peluca de rizos entre canos, y vuestra complexión color de caoba, ¿podréis declarar de una manera positiva y sin duda ninguna, que podéis realmente ser identificada con aquella joven damisela de rostro terso y sonrosado, con dorada y suelta cabellera, de brillantes ojos y sonrisa arqueada, tras de la cual iban los mozuelos buscando compañera en baile de la aldea, allá en aquellos tiempos cuando fué rey un Jorge IV? En verdad que sí. Duda de ello no puede haber.

Entonces, pues, ¿cómo es que se sostiene esa identidad? ¿Cuál es el *nexus*, el eslabón entre el presente y el pasado? *Materia* no puede ser, pues la materia sigue fluyendo. Todos los órganos materiales que nos sirvieron hace diez años, han desaparecido haciendo lugar á otros.

Por lo tanto, sea lo que fuere, lo que encomendado ha sido á su cuidado, ha tiempo que se ha desvanecido junto con ello. La parte material del cuerpo no puede, en lo posible, retener impresión ó imagen ó huella, de lo que yo he sentido ó sufrido ó pensado hace un cuarto de siglo, puesto que no hay partícula al-

guna del cuerpo de aquella fecha que me reste á mí. Sin embargo, como por vía de hecho, me acuerdo yo, y con toda claridad, recuerdo mi vida pasada y mi historia; y estoy absolutamente seguro que soy yo la misma persona que era ha muchos años.

Si entonces, pues, la materia es incapaz de dar cuenta de misentido de identificación personal á través del transcurso de tantos años, me veo restringido á admitir la presencia de un algo además de la materia. Algo que no es materia; que está libre de esos cambios perpetuos á la que está sujeta la materia; algo que es permanente y duradero y siempre igual, é idéntico consigo mismo, en una palabra, una substancia espiritual: el alma. «Bajo el punto de vista del hecho», como nos dice Momerie, «puesto que el cuerpo siempre se está renovando, sabemos, por experiencia, que el alma está relacionada sucesivamente con diversos instrumentos de percepción».

El hecho—y es un hecho bien claro como cualquiera otro de natura—que el alma dura mientras la materia cambia y se desgasta, y comprueba que el alma es diversa de la materia é independiente también de ella. Pero si independiente lo es de la materia, entonces no

se encuentra bajo las leyes que gobiernan aquella, la materia. Y cuando el cuerpo se corrompe y se cae á pedazos, no existe la menor prueba, ni su sombra, que pueda ser descubierta en la naturaleza ó en la ciencia que demuestre que la existencia del alma corre riesgo ó que en verdad se vea afectada de manera alguna. Sería equivalente á decir que el arrecife ó rocas sobre las que brama el Niágara y hace espuma convertida en majestuosa nube de vapor, tiene que desaparecer, tan presto como á sus aguas se les encuentre otro canal, ó sean de algún modo estancadas.

Mientras con mayor cuidado examinamos el estado de nuestra conciencia, más absolutamente quedamos convencidos de que somos las mismas personas que éramos hace años, y entonces más necesario se nos hará admitir la existencia de una substancia espiritual, que dura y retiene dentro de sí misma las múltiples impresiones é influencias, á las que ha estado sujeta, durante su vida, dentro de su casa de barro, su habitación terrestre, la del cuerpo.

Para hacer esto más claro, recurriremos á una sencilla ilustración. Me transportaré en espíritu, digamos, al puente de Kerne, que abraza el río Wye. Diremos que aquella porción

de agua que está inmediatamente abajo del río nos representa al cuerpo humano, por lo menos hasta donde reza aquello de que siempre presenta el mismo aspecto general, aunque las partículas que lo componen están siempre yendo y viniendo. Ahora, suponed que entretanto estoy pendiente de las corrientes aguas, mi sobrinito Francisco, que se halla estacionado en otro punto más arriba de la corriente, arroja dentro de las aguas, y á intervalos regulares, una serie de letras hechas de madera. Primero arroja una "M", que viene flotando hasta pasar debajo del puente, después una "E" aparece; en seguida viene una segunda "E". Transcurre un minuto y observo una "T". Y así en seguida continúan flotando un número de letras que van pasando una tras otra hasta que por fin uniéndolas á todas en mi mente, formo con ellas la sentencia: "*Meet me at Goodrich*" "encuéntrame en Goodrich á las diez y media y manda preparar café para dos"; ó cualquier otra cosa que sea de vuestro agrado. Pues bien, la única razón que tengo para poder formar aquella sentencia, é interpretar el deseo de mi sobrino, es porque es única y la misma persona, es decir, yo que he visto cada letra en turno, desde la primera hasta la última; pero si la

inteligencia estuviese ubicada en aquel pedazo del agua bajo el puente, estaría cambiándose siempre, de tal suerte que la inteligencia que apreciar pudo el valor de la letra "M", pasaría y se iría antes de que las dos "EE", llegasen. Y la inteligencia que contempló la letra "T", nada sabría de la letra "M" ó de las dos "EE" que le habían precedido, de tal suerte que palabra alguna podía ser formada, ni mensaje ninguno interpretado. Nada habría para unir una letra con otra, de modo que pudiera formarse la sentencia. Cada letra quedaría aislada, y, por *ser aislada*, nunca podría formar una sentencia completa, ó aun una palabra entera. De manera semejante, á menos de que no hubiera dentro de cada hombre un espíritu inmutable y duradero, las impresiones eternamente mutables en sus sentidos, que sirven para dar las experiencias de la vida, no podrían, de manera alguna, sobrevivir á la transformación á la que están sujetos á pasar sus órganos materiales. Nada habría que los uniera unos á otros para formar un todo armonioso y consistente.

Viajando por la Suiza, hace unos ocho ó diez años, ví á un hombre que estaba sentado en derredor de una mesa pequeña y frente á una

señora. Ambos se hallaban sorbiendo su café tranquilamente. Mientras tanto los observaba yo del lado opuesto del andén, el hombre sacó algo de su bolsa repentinamente, y antes de que aun tuviera tiempo para adivinar su intención, y mucho menos detenerlo, había hecho fuego, y matado á la señora atravesándole la bala la cabeza. Aquel fué el primer homicidio que había yo presenciado, así como el único, pero vive en mi recuerdo con toda claridad y vivifícase hasta el presente día. Pero, observad, cada partícula aislada de los ojos que en aquel entonces poseía, y que fueron testigos del hecho, ha dado lugar á otras. Mis oídos, que á la detonación del tiro causáronme sorpresa y que oyeron la contienda y la baraúnda que al lance se siguió, se encuentran hoy enteramente cambiados; y no me resta nada de aquellas materias del cuerpo que entonces llamé mío. ¿Cómo es entonces, que puedo traer á la memoria todo aquel incidente, de manera tan clara y despejada? Puede tan solo explicarse el hecho bajo suposición de que mis sentidos materiales comunicaron el sentido á una facultad inferior, capaz de retener el recuerdo de aquél, mientras que las partículas diminutas componentes de los órganos que se comunican en el curso

debido de natura, pasaron para dar lugar á otras. En una palabra, tiene que haber dentro de mí un algo que es permanente, que viene realmente á constituirme á mí, y que me permite sentirme seguro de que, á despecho de todo cambio físico y de renovaciones, soy en verdad, el mismo é idéntico individuo que era yo hace unos diez ó veinte años. Este "algo permanente" es á lo que llamamos alma humana. Es, por su propia naturaleza, distinta del cuerpo corruptible, y está sujeta á leyes totalmente diferentes.

Cuando, por tanto, la carne mutable y corruptora no puede ya renovarse así misma, cuando, en una palabra, el progreso continuado del decaimiento excede al poder nativo de la recuperación, y las porciones físicas de nuestro ser se resuelven en sus elementos primordiales, el alma, de manera alguna afectada ni perjudicada sigue viviendo y entra á un género de vida más elevado y grandioso y de mayor concordancia con sus alrededores nuevos. Se destaca "inmortal en medio de la ruina" como el alma de Ianthe, descrita con tanta belleza por Shelly en las líneas siguientes:

Alzóse de súbito,

el alma de Ianthe!

Toda bellísima en pureza desnuda,

La semblanza perfecta de su forma corpórea,
 Instintiva de belleza y gracia inexplicable.
 Toda mancha terrestre
 Había desaparecido; reasumió
 Su dignidad nativa, y levantóse,
Inmortal en medio ruina».

Podremos, igualmente, robustecer nuestra creencia por medio de la consideración de que aquélla es absoluta y necesaria condición al bienestar del hombre en este mundo. Por medio el reino completo de natura encontramos que el Criador le ha dado á cada cosa todo lo necesario para el mantenimiento del orden (1). Existen los objetos materiales en estado de armonía por virtud de leyes materiales. Así, por ejemplo, la armonía perfecta que existe en el Universo sideral tiene su razón de ser en las leyes de la gravitación y en el movimiento centrífugo y centripeta (2); la creación vegetativa también está arreglada por las complejas, pero leyes precisas del crecimiento, desarrollo y propagación, así como por la relación que tiene con el aire, la humedad y terreno del que depende (3); el mundo sensitivo, que comprende á todos los animales que viven y respiran está igualmente sostenido en propia condición y estado por medio de leyes que afectan la nutrición y condiciones climatológicas, mientras que se va mejorando y nutriendo por aque-

llos principios tales cual aquel de «la lucha por la existencia» y «la supervivencia del más apto», así como por el procedimiento continuado de la adaptación de cada forma de existencia animal, en conformidad con los cambios efectuados en lo que le rodea. En realidad, no hay más que contemplar la naturaleza en cualquiera de sus diversos departamentos, para venir á descubrir que la Sabiduría Infinita ha rodeado á cada criatura, ya bien sea inorgánica, orgánica ó sensitiva, con todo lo que le es indispensable para su bienestar muy ordenado, por lo menos hasta donde aquello no intervenga con la prosperidad de esas criaturas, que están muy arriba y á la que está subordinada. Hacemos esa excepción, puesto que las leyes que gobiernan á los individuos de cada orden son, por supuesto, gobernados de nuevo, en tanto cuanto que sea necesario ó ventajoso á la armoniosa conservación de las diversas especies de la creación entre sí. Pues cada departamento de la creación está modelado de manera que pueda quedar subordinado al que está más arriba de aquél. El ser rudo é inorgánico está hecho para el orgánico; el orgánico para el sensitivo, el sensitivo (y todo lo que abajo está de lo sensitivo) para lo racional.

Pues bien, teniendo en cuenta este hecho innegable y evidente, nos vemos justificados, ciertamente, en esperar encontrar lo más elevado, lo más grande y favorecido de todos los seres visibles, es decir, al hombre, también provisto de toda condición necesaria á su bienestar. En verdad que tenemos sobrada razón para esperar que debe estar provisto de manera más generosa y eficiente en este respecto, que cualquiera otra criatura que le es inferior.

Pero, por supuesto, que aquellas leyes que ordenan su estado y lo inducen á vivir en paz con sus semejantes, y que hacen la sociedad y la comunidad cosa posible en la vida, deben estar en conformidad con su naturaleza racional y más elevada. En lo que concierne al hombre que es *material* en él, será gobernado por las leyes que gobiernan *toda* materia (ley de gravitación, de cohesión, de impenetrabilidad ó de conductivo); esto en cuanto á la parte *orgánica* que tiene, será gobernado por las leyes que determinan todos los cuerpos orgánicos (es decir, leyes de nutrición, de crecimiento, desarrollo y propia propagación); y en cuanto á su parte *sensitiva*, será gobernado por las leyes que gobiernan todo ser sensitivo (es decir, leyes que producen sensación de hambre,

sed y molestia) y que provocan en él acción ventajosa para su propia conservación y bienestar. Pero este principio general y universal no falla en su aplicación, ó se detiene inesperadamente tan pronto como ascendemos arriba lo sensitivo. Debe aplicarse con igual rigor á la razón y á la conciencia, naturaleza más elevada en el hombre. Estas también deben ser restringidas, dirigidas, y puestas bajo el influjo de leyes. Pero por decontado que esas leyes deben ser adaptables al carácter y condición de aquellos que gobiernan. Una ley puramente física puede aplicarse á una cosa puramente física, pero no así á una que es espiritual ó inmaterial. Si el intelecto y la conciencia no han de ser exceptuadas de toda sujeción, si, por el contrario, han de estar sujetas á las leyes, como cualquiera otra cosa de la existencia, se sigue entonces que estas leyes deben de ser adecuadas á una naturaleza espiritual, es decir: tienen que ser espirituales, invisibles é imperceptibles á los sentidos físicos. ®

Pues, ahora bien, entre las muchas leyes que la naturaleza moral é intelectual del hombre demanda para facilitarle el que viva una existencia social y armoniosa con sus semejantes en este mundo (y esto sin entrar en considera-

ciones tocante á su situación en el otro), las leyes que afectan su razón y su conciencia son las más importantes de todas. Considerad las tendencias arraigadas en el hombre; su avaricia, egoísmo, ambición, sus odios, celos y sentimientos de venganza; sus deseos por el placer y las diversiones, su mala voluntad al trabajo, la labor y aquellas otras exigencias arduas del deber. ¿Cómo es posible dominar aquellas tendencias y mantenerlas dentro de ciertos límites? ¿Por qué medios podrá sujetarse al irascible para que se suavice y sea sumiso y paciente, para que sea generoso el avariento, y el ladrón honrado, para que sea el borracho temperante, y el injusto justo? Sin algún grado de honradez, de pureza, de temperancia y sacrificio propio de negación, no podría la sociedad sostenerse y sobrevivir por espacio de una sola generación.

¿Cuáles son las grandes barreras? ¿Cuáles los poderosos motivos que permiten al hombre en total, á progresar ó á unirse á trabajar en armonía juntos, á vivir en la paz y la unión en las vastas ciudades y en las colmenas laboriosas de la industria humana? ¿Será por ventura la policía? ¿El ejecutivo? ¿La potente mano de la ley civil? que aquéllas poseen considerable é

incuestionable influjo para hacer el bien, nadie lo duda; y, en el caso referente á esa parte irreligiosa, é infiel á aquella sección de la comunidad sin Dios, son de una importancia suma. Pero la sección de infieles forma fracción bien insignificante de toda una nación; á ser todos los hombres irreligiosos, muy pronto acabaría la vida social. Afortunadamente se encuentra que la inmensa mayoría permanece aún bajo el influjo de alguna clase de religión. Creen, por lo menos, en un Dios infinitamente poderoso y justo, en un estado de recompensas futuras y de castigos, y en el *deber positivo* que se tiene de ejercer abnegación y de practicar la virtud.

Estos son los motivos poderosos, juiciosos y duraderos que dominan al mundo social, así como las leyes de la gravitación dominan la fuerza centrípeta y centrífuga del mundo sideral. Si se encuentra á algunos hombres que abusan de su libre albedrío y violan todo deber y se mofan de toda virtud, es precisamente porque se han rehusado á entretener y á ocupar la mente con esos asuntos espirituales. El hombre que tiene una fe real, sólida y práctica está armado de mil argumentos poderosos para llevar á cabo una vida buena y santa, sobre

la que uno de esos infieles de primera nada sabe. Y, adonde hay ausencia total de argumentos para seguir determinando curso, las probabilidades son de que aquel curso no se siga; pues el hombre, como ser racional, necesita motivo, y un motivo adecuado para cualquiera cosa que haga.

Pero ¿qué es lo que se sigue? Pues bien, si el hombre está de tal modo constituido, que se necesitan de cierta clase de motivos para conducirlo á hacer el debido uso de su libre albedrío, está bien claro que debe haber un cimiento verdadero y sólido para esos motivos. Ya hemos visto que Dios provee á toda clase de criatura con todo aquello que es necesario para el desempeño debido de sus funciones y para el alcance de sus fines. Si, por lo tanto, Dios ha dotado al hombre, lo más prominente de todas las criaturas visibles, con intelecto y libre albedrío, El debe haber provisto, á la vez, motivos de por sí suficientemente poderosos y suficientemente persuasivos para permitir al hombre seguir el camino de la justicia, de la verdad y de la honradez, siempre que escoja para hacer uso debido de ellos. Dios no está supuesto de aplicar esos motivos á cada alma individual como aplica la atracción de la gravedad á cada átomo in-

dividual, porque el hombre tiene libre albedrío y es maestro de su destino, mientras que el átomo *no lo es*. Todo lo que reclama una estricta justicia es que Dios provea los motivos que sean suficientemente poderosos, cuando debidamente se les tome el peso y se les considere para encaminar al hombre á escoger siempre lo que es bueno. Pero motivos cual estos debe el hombre aplicárselos á sí mismo, por medio del ejercicio de la fe, los pensamientos fervorosos y la meditación constante junto con la oración. Aquellos que así obran llevan una vida santa y pura y son poderosa influencia para hacer el bien en el mundo.

Así como en el firmamento estrellado, hay orden porque cada estrella está bajo la influencia de la atracción, así también habría en la tierra, un orden tan perfecto, si tan sólo cada hombre fuese á colocarse bajo la influencia de la atracción de los motivos que hemos ya especificado.

Pero, puesto que el hombre es libre, está en libertad de substraerse de semejantes influencias, y aun de negar en lo absoluto la existencia de aquéllas. Hombres semejantes son fuente constante de disturbios y de calamidades, y á no ser que comparativamente vienen á ser pocos en número, el mundo, ya bien malo por

cierto, sería incomparablemente mucho peor de lo que es.

Mas la necesidad misma de tales motivos cuales nos proporciona la religión, especialmente el de la creencia en un futuro que es interminable y en el de un juicio por venir, junto con un estado en que se distribuye justa asignación de recompensas y castigos, viene á probar que estos motivos están muy bien fundados y son dignos de confianza. Pues no podemos imaginar que existan el libre albedrío y la razón con tan urgente necesidad plantadas en su naturaleza, si no es que hubiese algo que correspondiese con, é hiciese frente á esa necesidad. El hombre siente por instinto que debe ser sobrio, verdadero, honrado, puro, desinteresado, etcétera, etcétera; y sin embargo sabe, aun haciendo á un lado toda enseñanza religiosa y, por medio de la intuición, que tan solo el simple sentimiento de la obligación no podrá de por sí ser bastante para mantenerlo en el camino recto del deber, si no hubiese un Dios á quien amar, infierno alguno que temer, corona ninguna de gloria eterna que ganar. Su debilidad tiene que buscar ayuda y sostén por medio de estimulantes, en forma de recompensas y de castigos y por una apreciación vivísima de un ju-

icio futuro y demás cosas. Semejante institución ó instinto es una guía segura y vale más que toda una biblioteca de lógica. «¿Dónde en todo aquel plan de natura—pregúntanos Reimar—encontramos los instintos falsificados? ¿Dónde está el ejemplo que nos hace ver á un ser que por instinto implora encarecidamente cierta clase de alimentación, donde no puede encontrarse alimentación semejante? ¿Acaso las golondrinas se ven engañadas por su propio instinto, cuando tienden el vuelo alejándose de nubes y tempestades en busca de países donde hace mayor calor? ¿Acaso no van á dar con clima más benigno allende los mares? Cuando la mosca denominada de Mayo ó de pescadores y otros insectos acuáticos se salen de sus conchas, abren sus alas y se lanzan del agua á los aires, ¿acaso no van á encontrarse con la atmósfera correspondiente á el sostén de un nuevo género de vida? Sí».

La voz de la naturaleza no emite falsas profecías. Y, á ser cierto esto en lo que concierne á los impulsos de la vida física, «¿por qué», pregúntanos el autor mencionado, «no ha de ser cierto en cuanto á lo que afecta á los instintos superiores del alma? Evidentemente que lo que la naturaleza racional y moral del

hombre con toda claridad y exigencia pide, debe estar tan seguro de una realización actual, como aquello solicitado tan solo por medio del instinto animal y el presentimiento propio á los pájaros y á las bestias. Pues, como asienta Schiller:

„Was der Geist verspricht leistet die Natur“;
ó tal cual diríamos en castellano: *„Lo que el espíritu promete lo ejecuta natura“.*



CAPÍTULO VIII

VIDA—“CUÁNDO LA MUERTE NO SERÁ YA MAS.

¡Contemplad hombre vano! ¡Mirad aquí tu vida retratada! Pasados unos cuantos años. Tu floreciente Primavera, la fuerza calurosa de tu Verano, tu sobrio Otoño degenerando en vejez, para llegar al fin pálido concluyente Invierno.

Así clausúrase la escena.

THOMSON.



A razón y la Revelación es nuestro tema. Hasta aquí nos hemos limitado casi tan solo á la consideración de lo que la razón arguye con instancia sobre el asunto palpitante de una vida futura; mas tiempo es ya que dejemos hablar á la Revelación.

Los conductos especiales de la Revelación Divina son: primero, la Infalible Iglesia; y segundo, las Sagradas Escrituras interpretadas por la Iglesia Infalible. Las Escrituras de por sí están abiertas desgraciadamente á toda clase de interpretaciones que al hombre plazca dar-

hombre con toda claridad y exigencia pide, debe estar tan seguro de una realización actual, como aquello solicitado tan solo por medio del instinto animal y el presentimiento propio á los pájaros y á las bestias. Pues, como asienta Schiller:

„Was der Geist verspricht leistet die Natur“;
ó tal cual diríamos en castellano: „Lo que el espíritu promete lo ejecuta natura“.



CAPÍTULO VIII

VIDA—„CUÁNDO LA MUERTE NO SERÁ YA MAS.

¡Contemplad hombre vano! ¡Mirad aquí tu vida retratada! Pasados unos cuantos años. Tu floreciente Primavera, la fuerza calurosa de tu Verano, tu sobrio Otoño degenerando en vejez, para llegar al fin pálido concluyente Invierno.

Así clausúrase la escena.

THOMSON.



A razón y la Revelación es nuestro tema. Hasta aquí nos hemos limitado casi tan solo á la consideración de lo que la razón arguye con instancia sobre el asunto palpitante de una vida futura; mas tiempo es ya que dejemos hablar á la Revelación.

Los conductos especiales de la Revelación Divina son: primero, la Infalible Iglesia; y segundo, las Sagradas Escrituras interpretadas por la Iglesia Infalible. Las Escrituras de por sí están abiertas desgraciadamente á toda clase de interpretaciones que al hombre plazca dar-

les; la historia, especialmente aquella de estos trescientos últimos años, nos lo testimonia con abundancia suma. Aun Shakespeare, en quien todo el mundo reconoce el más fiel y potente pintor de la naturaleza humana, podía apreciar aun en su época, las absurdas consecuencias de un principio tan absolutamente impracticable como lo es el del juicio privado. Con tono de espléndido desprecio y escarnio plantéanos la cuestión:

"....¿Algún error maldecido en religión? Pues no faltará quien le dé la bienvenida, invocando algún texto, que oculte su monstruosidad tras bella ornamentación".

Hasta el diablo mismo puede, para sus propios fines, citar las Escrituras tal cual lo leemos en el capítulo IV de San Mateo, y en otras partes. En verdad que la interpretación individual de la Sagrada Escritura ha dado nacimiento á 250 ó 300 sectas diversas que existen hoy día en Inglaterra (*) sin decir nada de otros países. Este tan deplorable, aunque muy natural efecto, dió lugar á que hiciese Butler referencia con las líneas siguientes:

"La religión desovó una chusma variada de petulantes caprichosas sectas, Gusanos de adulterados textos".

(*) Véase el *Almanaque de Whitaker*, 1895. En la página 250 enumera unas 274 "Denominaciones Religiosas", y esto tan sólo en la misma Inglaterra.

Esto me trae á la memoria una anécdota oída alguna vez, sobre cierto clérigo Metodista, que había emigrado para irse á lejanas tierras á predicar el Evangelio *puro*, junto con la valiosa ayuda y cooperación de su dócil esposa y unos diez ó quince hijos. En una ocasión, cuando se hallaba desempeñando su empresa de misionero, fué á dar con un nativo bastante inteligente, cuya razón, al parecer, no era tan obscura como lo era su piel. Se esforzó en convertir á aquel individuo al Metodismo. Pero daba la casualidad que aquel Sambo había sido conquistado ya por los Bautistas y, por lo tanto, profesaba esa forma de religión. El resultado fué, que cuando el Metodista se encendió en elocuencia, Sambo se le volteó y rompió el fuego con las palabras siguientes: «Veo, amo, que usted cita la Biblia; entonces, ¿usted lee las escrituras?... Sí, Sambo, así lo hago.... Bueno. Entonces, dígame al punto: ¿lee usted sobre San Juan *Bautista*?... Y, bien que sí, Sambo. Bueno, pero contésteme usted á esto: «¿Lee usted en parte alguna sobre San Juan el *Metodista*? El clérigo permaneció callado, de suerte que Sambo se adelantó á acometerlo con vehemencia sosteniendo el punto: «No, amo, por más que busque us-

ted en todo el libro nada encontrará sobre Juan el Metodista. Su secta, es de fecha más reciente. Todos ustedes andan extraviados». El desgraciado clérigo iba mal preparado para semejante asalto y no sabía qué contestar. La verdad es que ya Sambo había aprendido el sistema aquel de la interpretación individual, y eso demasiado bien. En este caso inconsciente vino á ilustrar tanto sus efectos, cuanto la comprobación de lo absolutamente absurdo que lo es.

Nosotros, mis queridos lectores, como católicos hemos siempre honrado y reverenciado la Biblia, como la palabra inspirada de Dios, sí, y esto por espacio de más de mil años antes de que el Protestantismo siquiera se soñase, pero siempre hemos entendido que si dos de nosotros damos interpretación contradictoria al mismo pasaje, no podemos ambos estar de acuerdo, aunque posible sea que ambos estemos en error. De consiguiente, realizamos la necesidad que hay de tener una Iglesia infalible para decidir entre nosotros, y ser la salvaguardia de la unidad y de la verdad.

Ahora bien, ¿cuál es el veredicto de la Sagrada Escritura sobre existencia de una vida futura? Así como otras tantas doctrinas, impli-

case tan sólo ó hácese referéncia á ella de una manera vaga en escritos primordiales, pero aumenta en claridad de enunciación conforme transcurre el tiempo, hasta que al fin viene á brillar con letras de luz dorada en el Nuevo Testamento.

Así pues, en época tan remota cual la del Génesis, se marca clara distinción entre el cuerpo del hombre y su alma. «Dios formó al hombre del barro de la tierra (esto se refiere al cuerpo) é inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre en «ánima viviente», lo que significa su parte espiritual y la más noble. Esta distinción entre el cuerpo y el alma, entre lo natural y lo espiritual, se encuentra sostenida en toda la Biblia, como lo puede ver cualquiera que la estudie, especialmente aquellas partes de ella tal cual los Salmos, Job, los Proverbios, etcétera.

Pero ocurrenos que tampoco podemos dar oído á expresiones de la naturaleza siguiente, sin realizar con qué firmeza creían en una vida futura los antiguos Hebreos. Al ser Jacob interpelado por Faraón: «¿Cuántos son los días de los años de tu vida?» respondió: «Los días de mi peregrinación son ciento y treinta años cortos y malos, y no han llegado á los días de

mis padres en los cuales peregrinaron». (Génesis. XLVII. 9.) Sería hablar sin sentido de esta vida como «peregrinación», salvo que se pensara que á algún lugar había de conducirnos, á menos que, en una palabra, fuese camino real que condujese á cualesquiera otra forma de existencia. Pero de nuevo los antiguos Hebreos solían hablar de los muertos como seres «que habían ido á reunirse con sus padres» ó «unídose á sus gentes» que, por cierto, no transmite la idea de la aniquilación. A mayor abundamiento—haciendo selección de un incidente especial—es cosa bien sabida que Saúl fué á ver á «una mujer que tenía espíritu de adivinación» y preguntóle que le trajese el alma de Samuel que llevaba mucho tiempo de muerto y de enterrado, lo que así hizo. Este es otro testimonio más de las creencias de los antiguos.

Además, es digno de notarse que aun tenían un nombre especial para indicar la mansión de los muertos, es decir, el de: «Sheol». Esta palabra ocurre siete veces en el Pentateuco y sesenta y cinco en todo el Antiguo Testamento y en casi todos los casos quiere decir (á lo menos así lo dicen todas las autoridades Hebreas), no tumba, sino mansión del alma de los muertos.

En Eclesiastes (XII. 5) hácenos recordar: «que irá el hombre á la casa de su *eternidad*», y que «se torne el polvo á su tierra de donde era, y el espíritu vuelva á Dios que lo dió». Y todo cuanto se hace, síguenos diciendo el mismo escritor, «lo traerá Dios á juicio por cualquiera yerro, sea aquella cosa buena ó mala». Encontramos en Job una profesión de fe aún más potente cuando dice: «Pues yo sé que vive mi Redentor, y que en el último día he de resucitar de la tierra y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios». (XIX. 25. 26.) En el Libro de la Sabiduría (III. 14.) asegúrasenos que «las almas de los justos están en la mano de Dios... Pareció á los ojos de los insensatos que morían, y la salida de ellos fué reputada aflicción; y el viaje que hacen desde nosotros, exterminio: mas ellos están en paz. Y si delante de los hombres padecieron tormentos, su esperanza está llena de la *inmortalidad*» y otras muchas cosas con igual fin. Estos y otros muchos pasajes que pueden citarse de inspiradas páginas del Antiguo Testamento, indican con claridad las creencias de los pueblos elegidos de Dios. Mas cuando llegamos á la revelación más precisa y explícita del Nuevo Testamento, encontramos

igual doctrina enunciada, en lenguaje de mayor claridad y énfasis. Traigamos al recuerdo algunas de las expresiones más potentes que de arriba abajo echamos de ver en los Evangelios y las Epístolas.

«Y cualquiera que dejare casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna». (San Mateo. XIX. 29.) Por tanto, existe una vida futura y eterna. De nuevo, infórmalos el mismo Evangelista que Cristo juzgará á los buenos y á los malos en el día del Juicio y los malos, nos dice, «tendrán un castigo eterno; pero los justos una gloria eterna». Igual verdad implícase con suma claridad en pregunta dirigida por cierto gobernante al Divino Salvador: «¿Maestro, qué haré para poseer la vida eterna?» Cristo no negó la existencia futura, sino que dijole cómo merecer aquélla. San Pablo en su Epístola á los Romanos, termina así su capítulo sexto: «Mas ahora que estáis libres del pecado, y que habéis sido hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en santificación y *por fin*, no la muerte ni la destrucción, sino la vida eterna». En el Apocalipsis leemos: que «los malos serán atormentados para siempre»; y, por otro lado,

que «los buenos se regocijarán eternamente, y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos y la muerte no será ya más y no habrá más llanto ni clamor, ni dolor», etcétera.

Aunque á estos textos pudiéranse agregar otros indefinidamente, bastan de por sí para demostrar, sin duda, cuánto se insiste y se reitera sobre la doctrina de una vida futura en los escritos inspirados. La Iglesia, que es «columna y cimentación de la verdad», ha aceptado esos pasajes con su natural como literal interpretación, y no se cansa nunca de recordarnos de los goces *sin fin* del cielo por una parte, y de los sufrimientos interminables del infierno por otra. Su enseñanza, como hemos visto, está en perfecta concordancia con la razón y el sentido común, y encuéntrase fuertemente reforzada y robustecida en toda apelación á la historia ó la ciencia. La condición precisa del bueno y del malo en estado futuro, no puede ser debidamente determinada y definida con solo la razón. En verdad que la duración eterna de los tormentos del réprobo, presenta positiva dificultad á la pobre inteligencia humana; pero el hecho general de un estado futuro se halla sostenido por la historia, la tradición, el sentido común del hombre y las conclusiones más claras de la filosofía y la ciencia.

Y observad que este dogma no es semejante á otros hechos ciertos, es decir, una verdad aislada, que se desprende sola é independiente. Es el pivote sobre el que gira toda la vida espiritual. Está de tal manera ligado á la religión, tan tejido en completa manufactura del pensamiento humano, de su motivo y de su simpatía, que su destrucción vendría á ser la destrucción de la mejor fundada y más arraigada de nuestras convicciones. Y así como no podéis remover el resorte principal de una caja de música sin poner término á todo sonido musical, y así como no podréis destruir los cimientos de una casa sin que se os caiga encima el edificio todo, así también no podréis abandonar la fe en una vida futura, sin á la vez renunciar la fe en todo aquello que vale la pena de creer.

Si vida futura no hay, entonces justicia no hay en Dios; y si Dios no es justo, entonces no puede ser Dios y, por lo tanto, no hay semejante Ser en la existencia. Además, si no hay un porvenir, falsas son las palabras de Cristo; la Encarnación es un fraude, los Sacramentos son invención sencilla de los hombres, la Iglesia y su maravillosa duración, unidad, santidad, y catolicidad, se encuentran sin una explicación

adecuada; y los únicos sabios son aquellos que sacan mayor provecho de este mundo, aquellos que viven para el placer, los goces, la engorda de la carne, y la indulgencia de su lascivia. Si no hay un futuro, sanción alguna de la virtud, penalidad alguna para el vicio, entonces, pues, nada sería más razonable que hacer á un lado todas las restricciones, dar rienda suelta á toda pasión mala, y aprovecharse hasta lo más posible, de un tiempo tan breve, tan pasajero y tan incierto. Cuando nada nos queda por qué vivir, cuando se ha chupado hasta la última gota de la naranja de la vida, entonces la razón podía, con justicia, hacerle frente al suicidio y cortejar el olvido total, aquel que la muerte estaría supuesto de traer.

Una vez que se da crédito á la malvada doctrina de la aniquilación, una vez que se niega una vida futura, el suicidio llegará á ser el camino más sensato y racional, tan presto como la suma total del dolor exceda á la suma total del placer terrestre. ¿Por qué ha de vivir hombre cualquiera, una hora más de lo que desea, si nada siguiese después de la muerte? ¿Por qué ha de aguantar el dolor, el pesar, el trabajo, el fastidio y la pobreza, el hambre y la necesidad, la enfermedad, la decrepitud y la vejez

y el escarnio del mundo, las indignidades del hombre y el desprecio y venganza del opresor, cuando puede él deshacerse de todos ellos y escapárseles para siempre en el olvido del sepulcro? ¿Por qué hemos cualquiera de nosotros de someternos á la vida, después de que la vida ha llegado á ser una agonía, cuando podemos terminarla con estocada de puñal, ó con una dosis de veneno? ¿Por qué? Si futuro no hay, entonces, por supuesto, sería muy duro, aún más, imposible sería dar ninguna razón válida. El hecho simple es, que si la inmortalidad fuese tan solo un sueño vano, nos veríamos obligados á reconstruir y á arreglar de nuevo todo nuestro modo de ser social y moral. Para buscar un nuevo punto de partida, tendríamos que barrer con todas las religiones, los sentimientos más profundos del corazón necesitarían expurgarse, y todos los instintos más nobles que tenemos y las aspiraciones, tendrían que descartarse cual cosas que no poseen, en realidad, sólido fundamento.

Negar la inmortalidad es convertirse en escéptico y echar fuera todo aquello que es lo mejor, lo más grande y noble en la naturaleza. Es igual á confesar que no sólo es el hombre mejor que las bestias, sino infinitamente peor.

San Pablo, en su notable Epístola á los Corintios (cap. XV. 19), escribe: «Si en *esta vida tan solamente* esperamos en Cristo, los más desdichados somos de todos los hombres»; pero, podría en verdad agregarse que más desgraciados seríamos, no tan sólo de todos los hombres, sino más miserables aún que todas las bestias, pues ellos por lo menos son incapaces de realizar qué cosa es la muerte, y no tienen conocimiento alguno de la exterminación que les aguarda. Su felicidad natural y terrestre no se encuentra inquietada por las púas de una conciencia intranquila; no se sienten agitados por pronósticos tenebrosos de un juicio futuro; no tienen experiencia de las ansiedades, cuidados y responsabilidades de la vida humana; ni siquiera sospechan las mil y una causas de aflicción, desencanto y amargura, que esparcen sus aguas tormentosas, cual una inundación sobre el humano corazón, hasta el grado de casi hacerse trizas y no latir ya más.

No. El dogma de la inmortalidad descansa sobre demasiados y muy sólidos argumentos para ser debatido, y fuerza es que sea aceptado por todo hombre prudente y razonable.

Quédanos tan sólo por hacer unas cuantas reflexiones en conclusión, concernientes á la

naturaleza de aquella obscura entrada por la que cada uno de nosotros tiene que pasar, en camino del tiempo á la eternidad; en otras palabras, algo tenemos que decir sobre la muerte.



CAPÍTULO IX

LA ÚLTIMA PARADA EN VIAJE AL HOGAR

Ó "ENTRADA LENTA Á LA ESTACIÓN"

Breve y quimérico día, con sus fantasmas ruidosos y sus pobres coronas de papel de oropel adornadas, ese ya se fué y la divina noche siempre duradera, con sus diademas de estrellas, con sus silencios y sus veracidades, esa llegó ya ¿Y tú, entretanto, qué has hecho, y cómo?

TOMÁS CABRYLE.

NADA más importante en relación con nuestra vida presente, que el modo en que de ella hemos de salir. Ni tampoco hay punto alguno de mayor interés práctico y personal; por la sencilla razón de que cada uno y todos nosotros, sin ninguna excepción, tendrá en su turno que someterse á la prueba. Algunas personas tienen fuerte é inconquistable temor de arrojar fuera su vestidura de carne, el cuerpo. En su mente, la muerte se

naturaleza de aquella obscura entrada por la que cada uno de nosotros tiene que pasar, en camino del tiempo á la eternidad; en otras palabras, algo tenemos que decir sobre la muerte.



CAPÍTULO IX

LA ÚLTIMA PARADA EN VIAJE AL HOGAR

Ó "ENTRADA LENTA Á LA ESTACIÓN"

Breve y quimérico día, con sus fantasmas ruidosos y sus pobres coronas de papel de oropel adornadas, ese ya se fué y la divina noche siempre duradera, con sus diademas de estrellas, con sus silencios y sus veracidades, esa llegó ya ¿Y tú, entretanto, qué has hecho, y cómo?

TOMÁS CABRYLE.

NADA más importante en relación con nuestra vida presente, que el modo en que de ella hemos de salir. Ni tampoco hay punto alguno de mayor interés práctico y personal; por la sencilla razón de que cada uno y todos nosotros, sin ninguna excepción, tendrá en su turno que someterse á la prueba. Algunas personas tienen fuerte é inconquistable temor de arrojar fuera su vestidura de carne, el cuerpo. En su mente, la muerte se

encuentra ligada á todo aquello que es terrible, repugnante y espantoso. Sin embargo, morir es natural; sí, tan natural como lo es el nacer; y, aquello que con natura está de acuerdo, no debía ser temido, tan temido. La muerte es consecuencia del pecado. «Entró la muerte al mundo por medio del pecado». Es, por lo tanto, muy razonable, que nos inspire algún temor y se le vea como castigo. Pero el temor del cristiano no se encamina tanto al acto mismo de morir, sino á lo que se le sigue después de la muerte. La investigación estricta y fiel inquisitoria de su vida terrestre, la mirada suspicaz de un Juez omnisciente y omnipotente, la naturaleza irrevocable de la sentencia final y la espantosa posibilidad de encontrarse con la suerte del réprobo, ¡la condenación eterna! Son estes pensamientos y otros como estos, los que causan pena y doblagan la mente y llenan el alma del pecador y de los mundanos, con sentimientos de temor y de angustia.

En cuanto al acto puramente físico de morir, á decir verdad, no es para tanto lo que en ella pasa. Haciendo á un lado casos excepcionales, si hay algún dolor es poco el que se hace visible. La verdad es que la muerte caracterízase más bien por ausencia de dolor.

El sufrimiento real y agudo no es ni de la vida ni de la muerte. Conforme se va gastando el cuerpo y los sentidos se van ofuscando, la capacidad misma del dolor decae más y más. Por fin el alma abandona el cuerpo, no mediante ningún esfuerzo de arranque ó de agonía, sino sencillamente porque el cuerpo llega á debilitarse demasiado, en extremo desorganizado, muy gastado é incapaz de retener por más tiempo el alma. Escápase, digámoslo así, cual si fuese flama de una bujía que ha ardido hasta el fondo del candelero y que se apaga simplemente porque no tiene ya aceite que lo abastezca y nutra.

Nada hay de doloroso, nos dice el Dr. E. Johnson, en la muerte por causa de vejez. «Va haciendo sus progresos con paso gradual y recóndito que apenas si se nota y el anciano va bajando al sepulcro casi insensiblemente; con la conciencia, pues, de que ya se le acerca su hora, pero sin embargo, ignorante en el momento cuando está dispuesta para recibirlo. Por grados imperceptibles, el principio vital llega á debilitarse más y más; los latidos del corazón disminuyen y se hacen menos perceptibles á cada momento; circulan los fluidos con rapidez que va disminuyendo; efectúase un cambio en su calidad; llenan sus diversas funciones de

manera imperfecta; asimilase el alimento con lentitud; se tiene hueso donde debía haber cartilago; se tiene flaqueza donde debía haber firmeza y tensión; huesos que antes estaban separados llegan á esto á consolidarse; los fluidos lubricándose hacen deficientes los tendones; los ligamentos que regulan la extensión del movimiento se endurecen. Así, pues, el anciano se mueve con dificultad, siendo su respiración precipitada y desigual al menor esfuerzo que haga. Las partes menos esenciales de su cuerpo son las primeras en abandonarle; el cabello se le pone blanco y se le cae; los dientes se le aflojan y se caen; la vista se le nubla y el oído se le debilita; su memoria es frágil y el genio pendenciero. Pasado poco tiempo llega á hacerse perfectamente inútil; su cerebro pierde su sensibilidad; abandónalo la memoria, y ya el crepúsculo de la muerte se halla en derredor suyo, cuando á poco se clausura sobre él la noche del sepulcro y no se le vuelve á ver jamás.

«Por fin llega el olvido con su esponja y borra su nombre de la lápida del recuerdo humano; y del ruidoso héroe de este pequeño drama, no vuelve á oírse ni de él pensarse, y, finalmente, ni siquiera soñarse de él».

Casi todos los médicos, pero con especiali-

dad aquellos que han tenido una larga y variada experiencia nos aseguran que la muerte, bajo su aspecto físico, es mucho más terrible en anticipación que en la realidad. Realmente se inclinan á creer con el gran naturalista Buffon (*) que es tan fácil morir cuan fácil es nacer, tan sencillo dejar este mundo cual entrar á él. Uno de nuestros diarios nocturnos citó recientemente al Doctor Roosevelt que había dicho que cuando la muerte está cercana, el paciente no parece sentir sus terrores. Salvo que la imaginación se halle estimulada por el cuadro ó imagen terrible de los supuestos «dolores de la muerte» ó de los sufrimientos que algunos creen debe de reportar el alma tras la disolución, es bien raro, en verdad, que los últimos días ó las horas de la existencia se pasen en temor. La mayor parte de los enfermos se sienten sumamente cansados; el sueño—aquel muy prolongado y tranquilo—es lo que necesitan. Yo he visto (nos dice este mismo facultativo) á muchas gentes morir. Mas nunca he conocido á alguno que le tuviese miedo á la muerte, sino es en aquel caso en que aquélla parecía estar muy lejana. Aun aquellos que están cons-

(*) «La mort es aussi naturelle que la vie. L'une et l'autre nous arrivent de la même façon, sans que nous le sentions, sans que nous puissions nous en apercevoir». (Buffon, Hist. de l'homme.)

tantemente amagados por la idea sintiéndose fuertes y sanos, poseídos del temor del término de la vida, olvidan aquel temor cuando está acercándoseles su fin. La mayor parte de las gentes se encuentran en estado inconsciente por horas antes de que mueran; y en los casos raros donde se retiene conocimiento inalterado de las cosas hasta unos cuantos minutos antes del final, la última de las sensaciones tiene que ser una de calma perfecta y de descanso.

Otra autoridad, Leo Grindon, estando de catedrático en la Real Escuela de Medicina de Manchester, escribió diciendo: «Cuando la muerte está á punto de verificarse, el temor á ella se pierde en gran medida. Por lo menos no es cosa tan común, como es bien sabido, de aquellos cuya profesión les conduce á la cabecera del moribundo. Esta es otra cosa de esa gran misericordia y providencia de Dios, tanto para el paciente como para aquellos que lo rodean». No debemos, pues, dar mayor importancia á las simples apariencias externas, las que con frecuencia tal parecen indicar dolor y temor, cuando de hecho, ambos, en realidad, están ausentes.

Bien que, de veras, H. Höfding, en su obra *Bosquejos de Sicología*, hace observación di-

ciendo que: «deducir terribles sufrimientos de las convulsiones y el estertor del moribundo, es un equívoco». (*) Cuando llega la muerte con lentitud, cesa el dolor antes de que comience la lucha de la muerte, y las convulsiones son con frecuencia movimientos reflejos, que se verifican después de que la circulación de la sangre se contiene y ha cesado la actividad cerebral. «Nada»—dicen Grindon—es más engañoso que la manera como muere una persona, por frecuencia con que se vea el caso. Los más llenos de culpas mueren «en paz» con la misma frecuencia que los buenos, aunque es la paz del entorpecimiento en unos, y el de la piedad en los otros». Además: «Imaginarse como muchos lo hacen, que la muerte es cosa dolorosa, físicamente hablando, es otro error completo, pues eso equivaldría á buscar la sensibilidad en la *pérdida* de la sensibilidad. La muerte es más bien sueño que sensación; una suspensión de nuestras facultades, más bien que un conflicto con ellas, y en lugar de ser una época de su-

(*) En cuanto á temores de angustias de la muerte, dicen Buffon: «Esas agonías terribles más es lo que espantan al espectador que lo que atormentan al enfermo; pues á cuántos no se han visto que después de haberse visto en aquel extremo último, no han conservado recuerdo alguno de lo que les había pasado, como tampoco alguno de lo que habían sentido. (Hist. de l'homme.)

frimiento, es tiempo de inconsciencia que se hunde».

Tan interesante es este asunto, que agregaremos también las declaraciones explícitas del Dr. Baillie y de la señora Jameson. Nos dice el Dr. Baillie que sus observaciones á la cabecera de los moribundos lo inclinan á la creencia firme de que: «la Naturaleza» (con lo que, por supuesto, quiere decir Dios) se hizo el propósito de que saliésemos del mundo tan inconscientes cual venimos á él. Y la señora Jameson hace la observación de que: «desde el instante en que el espíritu se encuentra con la muerte, es probable que aquél se halle en igual estado del en que se encuentra cuando abarcado por el sueño. Tener conciencia de la transición inmediata del estado en que se despierta al estado del sueño, es cosa que supongo jamás debe haberle ocurrido á ninguno». Así tiene que ser con nuestra propia transición del tiempo á la eternidad.

«Hasta donde me ha sido dado observar las personas cercanas á la muerte», escribe el Dr. Holmes, «los católicos Romanos entienden mucho mejor el modo de prepararse á morir, que los protestantes. Tienen á su cabecera un experto, armado de específicos espirituales en los

que tanto el paciente, cuanto el sacerdote que los administra, tienen confianza implícita. La confesión, la Eucaristía, la Extremaunción, todas y cada una inspiran una confianza que, sin aquel simbolismo, suele hacer falta en naturalezas que son demasiado sensitivas.... Si el poeta Cowper hubiera sido un buen católico Romano, en vez de que su conciencia fuese dirigida por un protestante cual Juan Newton, nunca se hubiera muerto con desesperación, calificándose á sí mismo de réprobo. Yo he visto á infinidad de católicos Romanos en su lecho de muerte, y siempre se me ha figurado que aceptaban lo inevitable con una compostura que demostraba que sus creencias, ya bien sean éstas ó no la mejor norma de la vida, eran mucho mejores para morir que muchos de aquellos credos más insensibles que han reemplazado á aquél».

Cuando se trae á la memoria que el Dr. Holmes pertenecía á la escuela llamada «Emersoniana de Transcendentalistas», y que de profesión fué médico, su testimonio es gran tributo al poder de la fe Cristiana, patentizada, como lo está, en la *vieja* Iglesia de la Cristiandad.

Mi experiencia personal, que abarca ya bas-

tantes años, está en armonía completa con las autoridades citadas. Para decir verdad, siempre me he sentido sumamente perplejo ante la calma extraordinaria, la paz y la ausencia de toda ansiedad ó temor, que con frecuencia he notado en los moribundos, aun en aquellos que no siempre han sido modelo de virtudes. Y, desde el momento en que este asunto fué para mí uno de peculiar fascinación, he preguntado y vuelto á preguntar á otros sacerdotes la transmisión de su experiencia respectiva, la que nunca ha materialmente diferido de la mía.

Bien que recuerdo haber propuesto este hecho como una dificultad á su Eminencia el reciente Cardenal Manning. Me hallaba yo sentado en su propio aposento una noche de invierno, y casi asado por el gran fuego de la chimenea, frente á la cual solía tostar su cuerpo descarnado y consumido, y al charlar sobre toda clase de asuntos que embargaban la atención, comenzó á hacer referencia á sus fuerzas que declinaban y al avance de sus años. Este cambio de conversación, dióme desde luego la oportunidad de traer á cuenta mi dificultad. «¿Cómo», díjele, «se explica usted esa circunstancia extraordinaria de que cuando realmente la muerte llega, la gente parece tenerle tan po-

co miedo?» «Me parece, continué diciéndole, que por muy bueno que sea un hombre, la simple idea de ir á caer en lo *Gran Desconocido*, de encontrarse con Dios cara á cara, y de que se le ajuste á uno su destino definida é irrevocablemente por toda una eternidad, debía causarle á cualquiera, á orillas de la tumba, el temor más indescriptible y la más punzante angustia».

«Pues bien, querido camarada», replicó el Cardenal, «la gran mayoría de las personas, sin duda que mueren con bastante calma; la explicación que me hago es en breve esta: «Mientras que á Dios place que un hombre viva, con sabiduría propia de El, infunde en el alma de aquél cierto temor y el horror natural á la muerte, con el fin de que se vea inducido á cuidarse de manera adecuada y guardarse del peligro y de riesgos inútiles. Pero cuando á Dios place que muera un hombre, no ha lugar á que subsista ya más aquel temor. No puede servir á mayor objeto. ¿Y cuál viene á ser el resultado? Pues bien, presumo entonces que Dios simplemente retira aquel temor». La explicación del Cardenal me agradó mucho, y no tan solo venía á hacer la apología del fenómeno extraño, sino que colocaba á Dios bajo un punto de

vista digno de ser amado bajo luz de ternura.

Así es como el terror á la muerte retrocede ante nosotros, y se desvanece por completo cuando aquélla está á punto de llegar. Sentimos con mayor claridad, conforme se desvuelven los años, que es simple transición de una condición de existencia cambiante é insegura, á otra que es permanente y duradera, alcance positivo del grande y glorioso fin, para el cual fuimos creados, y que *tiene* que traer una felicidad de calidad la más suprema y ni siquiera imaginada para todo aquel que "ha combatido por la noble lucha y guardado la fe".

"La muerte es otra vida.

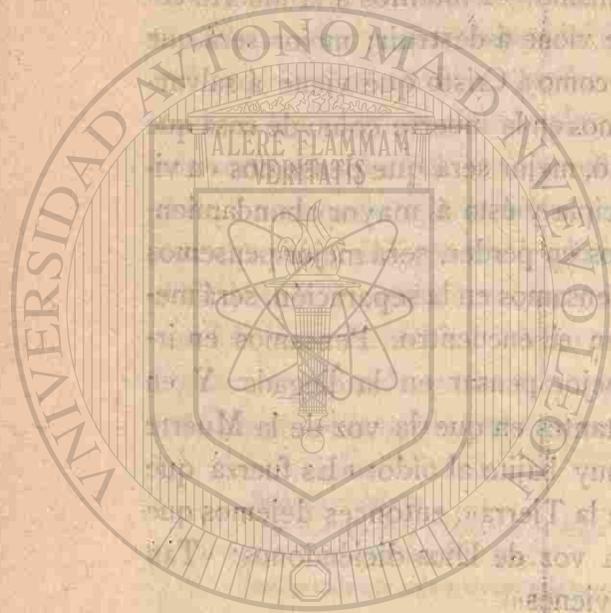
Bajamos la cabeza
al salir, pensamos y entramos derechos
á otra dorada cámara del Rey,
más grande que esta y mucho más hermosa".

Para bien morir, nos toca vivir bien. Con el fin de que alcancemos sólidos goces en aquellos instantes en que nuestra alma está cual el árabe, á punto de recoger su tienda de campaña y con igual silencio deslizarse, debemos vivir en buena y amistosa inteligencia y amor verdadero hacia el Divino Autor de nuestro ser, quien en Su mano tiene las llaves del cielo y del infierno, y quien decidirá de nuestra suerte eternamente. Si hacemos esto, enton-

ces ya bien podremos dar oído con provecho al consejo del Reverendo padre Macleod y seguir aquel mismo: "Pintamos á la muerte como cosa que viene á destruir; mejor será que la pintemos como á Cristo que viene á salvarnos. Pensamos en la muerte como de cosa que pone término, mejor será que pensemos en vida que principia y ésta á mayor abundamiento. Pensamos en perder, será mejor pensemos en ganar. Pensamos en la separación, será mejor pensar en el encuentro. Pensamos en irnos, será mejor pensar en la llegada. Y en aquellos instantes en que la voz de la Muerte nos hable muy bajito al oído: "Es fuerza que os vayáis de la Tierra", entonces dejemos que nos hable la voz de Dios diciéndonos: "Tan solo á mí tú vienes".



®

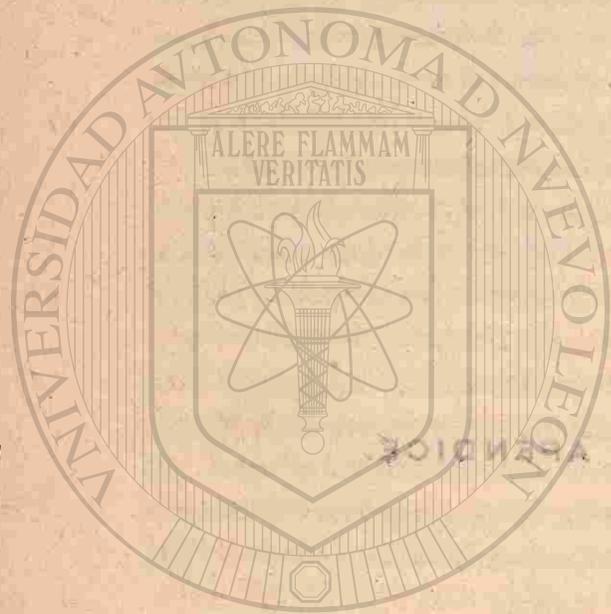


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APÉNDICE.

JUANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



APÉNDICE.

I. UN ARGUMENTO BÍBLICO.

Felix qui potuit rerum
cognoscere causas.

VIRGILIO.

UN crítico erudito pretende sostener que mi relato de la temprana historia de la tierra, se encuentra en lucha abierta con el Génesis. ¿Y por qué? Porque el Génesis declara que el mundo fué hecho en *seis días*, mientras por otra parte postula la ciencia *largas edades*, durante las cuales el orbe fundido iba perdiendo gradualmente su calor intenso por medio de radiación en el espacio, y enfriándose para venir á formar habitación adecuada al hombre, etc.

Contestación.—Esta dificultad es tan solo aparente y no real. Se halla basada enteramen-

te, como ya lo hemos hecho notar en la página 15, en una traducción errónea de la palabra hebrea "yôm".

Que la ciencia requiere edades prolongadas para la formación de la tierra, es cosa sobre la que hay muy poca duda. Según Sir Charles Lyell, han transcurrido ya 240.000,000 de años desde que se formaron las rocas indubitablemente fosilíferas. Charles Darwin atribuye más de 300.000,000 de años tan solo á las rocas terciarias; mientras por otra parte el profesor Houghton ha pensado que la duración completa de la época geológica puede representarse por cosa de unos 200.000,000 de años. He aquí tres cómputos independientes el uno del otro, de tres autoridades de las más competentes. Hasta aquí las opiniones de los geólogos. Los físicos, que basan sus cálculos en otro terreno, vienen á dar á muy diversa conclusión. Sostienen que es imposible ir más allá de 50.000,000 de años. Sería á un tiempo más dilatado para que el agua pudiese existir en la tierra, y por lo tanto rocas ningunas estratificadas acuosas podían formarse anteriores á aquel período. Se rehusan aun á conceder unos 100.000,000 de años, de tal suerte que no hay aquí aquello de la Ciencia *versus*. Las Escrituras, sino más bien

la Ciencia *versus*, la Ciencia! En otras palabras, nos encontramos con los físicos contradiciendo á los geólogos.

Podía argüirse que tiempo sobrado hay para calentarse la cabeza con el supuesto conflicto de la Ciencia con las Escrituras, una vez que los hombres de ciencia vengan entre sí á algún común acuerdo. Pero la verdad es que no existe un conflicto verdadero entre la Geología y la Biblia, sobre este mismo punto, por la sencilla razón de que el *Día* del Génesis no es el *Día* de veinticuatro horas, de nosotros conocido. Escuchad las palabras del padre J. Zahm:

«Como todo lector de la Biblia bien lo sabe, hay en ella muchos pasajes en el Antiguo Testamento, sin decir del Nuevo, en los que la palabra hebrea *yôm*—ó *día*—significa un período indeterminado de tiempo. En realidad, puede uno ir á dar con un ejemplo que sorprenda por su semejanza en punto, sin salirse fuera de la narración Mosaica de la creación. En el Génesis, II. 4, leemos las palabras: *Estos son los orígenes del cielo y de la tierra, cuando fueron criados en el DIA en que hizo el Señor Dios el cielo y la tierra.* Aquí la palabra DIA, obviamente significa, no un día ordinario; sino un *perío-*

do de tiempo indefinido. Y, de nuevo, como bien hace observar el Abate Vigouroux, Moisés se vió obligado á emplear la palabra *yóm*—día— para significar período ó época, puesto que no hay una voz especial en hebreo para expresar esta idea. Este hecho, en general desconocido, merece una muy seria consideración.... En las lenguas modernas tenemos la palabra *día* que es distinta de la palabra *época*, mientras que en el hebreo no hay sino una sola expresión para esas dos ideas». (*)

Si por otro lado venimos á consultar el *Biblical Thesaurus* por el Muy Rev. J. Hellmuth, Rector del Colegio Huron, London, Canadá, encontraremos la misma opinión confirmada. Cuando aquélla no es empleada en conjunción con, ó en contraste con, la palabra *noche*, con frecuencia quiere decir simplemente un *período*, y puede (dícenos) traducirse: «una duración de tiempo indefinido». CF.: Génesis. VI. 5: Deuteronomio XXXII. 35: Isaías. II. 12: XIII. 6 y 9: XXII. 5: XXXIV. 8: Job XXXVIII. 23: etc., etc. Cuando ocurre la palabra al final del mismo verso, el autor hace referencia á explicaciones previas, viz. «Tiempo», Sección de Tiempo, «Período».

(*) Véase la *Biblia, Ciencia y la Fe*, por el Rev. J. Zahm, C. S. C., página 94, A. D. 1891.

Paul Schanz, profesor de la Universidad de Tübingen, asienta cosa semejante. «Por vía de explicación, *yóm* querrá decir (a) día como cosa opuesta de la noche, ó (b) día y noche juntos, ó (c) tiempo igual en general». (Véase la traducción de: «Una Apología Cristiana», vol. I, p. 353, versión de Glancey y de Schobel.) Pero sería cansado multiplicar autoridades.

II. OTRAS DIFICULTADES DIVERSAS.

Las dificultades restantes refiérense á otro departamento distinto de investigación humana, así es que mejor será darlas con las palabras textuales del impugnador: «Sacamos de la fisiología, escribe un socio del Real Colegio de Cirujanos de Edimburgo y cuyo nombre no me es dado mencionar, y sabemos que entre otras funciones la del cerebro posee las del discernimiento, la del conocimiento interior, la memoria, etc.»

Contestación 1.—A este aserto de introducción tan solo haré la observación que el discernimiento, el conocimiento interior y la memoria, etc., son tan, pero no más funciones del cerebro, que lo son la concepción, composición y escritura de este artículo para la prensa, funciones de la pluma que al efecto tengo entre los dedos. Tal como estamos ahora constituidos.

la pluma es *condición* necesaria para la escritura de una carta, y el cerebro para pensar y juzgar, pero es preciso no confundir las cosas, ni tampoco elevar una simple "condición al rango de una causa".

Continúa diciendo: "Tanto cuanto que eleuero se mantiene en condición normal, la destrucción gradual de sus celdillas componentes va acompañada por la formación de celdillas nuevas que tienen que desempeñar y llevar adelante la obra de sus predecesoras".

Contestación 2.—Sin duda; así como la corrosión gradual de la punta de acero de mi pluma demanda la substitución de otra, si es que deseo continuar la labor de escribir.

Objeción.—"En lo que concierne al cerebro, las celdillas, antes de gastarse, tienen que impartir á las sucesoras aquellas mismas funciones que ellas mismas recibieron, y entre aquellas tenemos á la que llamamos la memoria. Por este medio el *cerebrum* de hoy recibe el conocimiento *concienzudo* de precedentes cambios materiales y de sensaciones, y se encuentra en aptitud de transmitirlo, junto con experiencia propia, al cerebro de tiempo venidero, siempre que el órgano quede en estado normal".

Contestación 3.—No hay más pensamiento

ó conciencia en el cerebro ó en cualquiera otra parte del cerebro simplemente físico, de lo que hay visión en un microscopio ó música en una corneta-pistón. Por de contado que yo no puedo (tal como estoy ahora constituido) ejercitar el pensamiento ó la conciencia sin el instrumento del cerebro, como tampoco podría yo quedarme contemplando las travesuras de un *amibia* sin un lente de aumento, ó hacer sonar una tocata de trompas sin una corneta; ¡pero seguramente que el hombre y su instrumento no son precisamente una y la misma cosa! La causa eficiente de una tocata de trompas lo viene á ser el músico, cuyos labios están en la corneta; la trompeta es tan solo una condición indispensable. Y, así, de una manera análoga, la causa eficiente del sentimiento de la conciencia lo es el alma, siendo el cerebro, tan solo, una condición indispensable.

"F. R. C. S. E." pasa en seguida á objetar: La patología confirma lo que la fisiología enseña tocante á la memoria. Tomad, por ejemplo, aquella enfermedad conocida como parálisis general del demente. Con ésta, el paciente falla frecuentemente en reconocer su propia individualidad. Uno de estos casos creerá que es rey, otro que posee riquezas ilimitadas, etc.

Contestación 4.—Tocante á esto observaría yo que no hay omisión aquí para reconocer uno su propia identificación, que es el punto único de interés. El hombre aquel que se cree ser rey, piensa aún en sí mismo como de sí mismo sólo en diversa posición. Se imagina á sí mismo—el mismo que siempre ha conocido—ser un rey. No es la persona, sino la posición, de lo que se persuade ha cambiado. Es, en realidad, algo muy análogo á lo que ocurre en sueños; v. g.: Me imagino yo que tengo puesta una cascaca encarnada de cazador y que voy siguiendo una partida de perros de caza, ó bien que estoy mandando un barco en una tempestad en la mar, ó que soy un rey presidiendo un gran *levée* ó día de corte. Puedo yo en mis sueños cambiar mi profesión ú ocupación mil veces, pero en ninguno de aquellos casos hay cambio de persona, sino tan solo cambio de posición. Ya bien sea como cazador, capitán ó rey, siempre en mí reconozco al agente. No hay tal cosa como la pérdida del sentido de la personalidad, ó si la hubiere, queda aún por probarse. Pero dejemos que hable de nuevo nuestro crítico.

Objeción.—"El examen *post mortem* del cerebro revela enfermedades de un género que

bien explican aquella confusión en las ideas. Tan solo reconocemos nuestra individualidad siempre que nuestro cerebro lo permita. (Sería mas exacto decir "siempre que no nos lo *impida* el cerebro".) Pudiera ser que se nos imposibilite hacerlo así, ya bien por causa de enfermedad marcada de aquel órgano, ó por medio de los cambios que consigo trae el decaimiento senil y por lo tanto, etc.

Contestación 5.—El valor de las observaciones precedentes, en tanto cuanto afectan mi contienda, son *nulas*. Pues sería equivalente á decir que un músico, que había ejecutado una sonata difícil con imperfección en el órgano, había motivado después un examen del instrumento. Encontróse entonces que varios de los tubos musicales se habían torcido, que los fuelles se habían hecho pedazos y que los pedales no querían funcionar, "lo que explicaría aquella confusión" de sonidos. ¿Pero acaso esto hace innecesaria en lo absoluto la necesidad del músico? ¿Convierte á un agente inteligente en cosa superflua? Esta es la única cuestión de importancia. Un cerebro trastornado intervendrá con la armonía del pensamiento, en el caso del alma, por la sencilla razón de que el alma se ve obligada, en esta vida, á hacer uso

de aquel instrumento, y muy parecido á lo mismo que un instrumento desvencijado, órgano descompuesto intervendrá con la armonía del sonido, en el caso del organista, por la sencilla razón de que en él tiene que tocar. Si se arguye, el por qué un cerebro enfermizo interviene con la claridad del pensamiento, de por consiguiente el pensamiento está en el cerebro, en el sentido de que agente alguno espiritual y pensador *distinto al cerebro* es necesario; entonces, para ser lógico tiénese de argüir que, porque un *harmonium* desvencijado interviene con la interpretación exacta de la sonata, por lo tanto el poder de la concepción musical, composición y ejecución se hallan en el instrumento, y que inteligencia alguna competente y musical, *distinta de la del harmonium*, es indispensable, lo que á mí me parece menos que razonable.

Objeción.—F. R. C. S. E. vuelve de nuevo á tomar el hilo: "Hice hoy la prueba de aplicar los razonamientos de usted á un caso que se me presentó. Ocurrió que fui llamado para aplicar el cloroformo con motivo de una operación. Antes de dar principio á la anestesia, hice preguntas al paciente tocantes á una enfermedad que hacía muchos años había te-

nido. Al reconocer ó darse cuenta así de su existencia en años pasados, usted, padre Vaughan, vendrá á decir que con ello probaba la existencia ó presencia de su alma, y por medio del alma estaba reconociendo su individualidad. De pronto concedí este argumento con el propósito de ver cómo podía funcionar. Después de haberle estado aplicando el cloroformo por espacio de dos minutos, llamando al paciente por su nombre, le hice una pregunta sencilla tocante á su historia pasada. La respuesta que recibí fué un tartamudeo de palabras ininteligibles. (Lo que, permítame que observe, hubiera sido caso igual si el hombre aquel con *cerebro perfectamente sano*, hubiese estado medio dormido. Perc sigamos escuchando.) Transcurrieron unos cinco minutos y aquél quedaba completamente bajo el dominio del anestésico, y en total apariencia perfectamente inconsciente de su propia identidad. Ahora, puesto que estaba vivo, su alma estaba presente, y, sin embargo, no tenía conocimiento de su propia existencia (¿Cómo sabemos eso?) Si antes de que yo comenzase á cloroformar, era su alma la que daba conocimiento de su vida pasada, entonces, pues, creo tan solo razonable decir, que cuando perdió toda la identidad de sí

mismo, debe haber sido porque el cloroformo había obrado sobre su alma».

Contestación 6.—A mi manera de pensar, la antedicha manera de raciocinar es sumamente desastrosa, y cosa que no hace fuerza. Dejadme que venga á ilustrar su sofistería por medio de un caso análogo: Es medio día en época de verano. A esto me encuentro que (a) por causa de haber abierto un postigo de madera de la ventana mi alcoba se ilumina brillantemente, y que por causa de haber cerrado (b) dicho postigo, se sigue la más completa obscuridad. En realidad, que si yo ejerzo dominio sobre el postigo puedo tener dominio de la luz en la pieza. Así, pues, el postigo de madera es toda la fuente y causa eficiente de la luz. Y bien. Por cuanto toca á el sol, por supuesto que aquél no tiene existencia alguna, salvo que sea en la mente de unos cuantos simplonzos anticuados y supersticiosos. No; que de esta manera no podemos explicar las cosas.

Las circunstancias arriba descritas, deben tomarse en cuenta en virtud del cloroformo obrando sobre lo que, en nuestro estado presente, es un instrumento necesario del pensamiento y de la reflexión, es decir, el cerebro. El alma de por sí queda ileso; pero en tanto

cuanto se halla unida al organismo material para venir á formar lo que los teólogos llaman *unum suppositum*, no le es posible razonar sin un cerebro sano, de lo que le sería posible á un pianista ejecutar un motivo musical sin un piano, ó en un piano cuyas cuerdas estuviesen rotas. Separad el alma enteramente del cerebro y pensará y razonará con toda claridad; pero mientras tanto esté unida al «cuerpo corruptible, que es carga para el alma» (Sabi. IX. 15), su acción depende de la eficiencia del instrumento, con el que está tan íntimamente ligado.

Para hacer uso de una semejanza ó vía de ejemplo. Mientras que vuestra luz (el alma) se encuentre dentro de vuestra linterna (el cuerpo), fuerza es que la linterna se tenga aseada, ó de otra manera no brillará la luz á través de aquélla, y cuando aquélla es removida en lo absoluto de la linterna (la muerte) mejor será su brillo, y vuestra linterna (el cuerpo) bien puede hacerse á un lado y enterrarsele.—R. I. P. La luz de la inteligencia y del amor sigue ardiendo, aun después de que el cuerpo ha caído en la corrupción.

Objeción.—«F. R. C. S. E.» cuéntanos después una anécdota, la que sigue: «Por vía de argumento, tomemos en consideración un ca-

so en donde no se cuestiona si hay alma (¿Pero qué, acaso no hay aquí cuestión del alma?) y se trae al terreno de la disputa. Supóngase que hace diez años, un muchacho era poseedor de un perrillo. Circunstancias hubo que hicieron irse al extranjero á aquel muchacho por unos diez años». Para hacer de un cuento largo otro más breve, permitidme que os diga que mi crítico pasa después á describir cómo aquel perrillo, hoy ya envejecido, viene á reconocer á su amo á su regreso al hogar, cómo se dirige hacia él cuando lo llama por medio de un silbido, cómo le hace fiestas, y repite sus viejas mañas, y de cien maneras parece recordarle. Termina entonces diciendo: «Pues bien, la materia que viene á formar el cuerpo de aquel perro no es la misma de hace diez años transcurridos; y, sin embargo, el perro, por medio de su comportamiento comprueba su identidad propia, y esto sin ninguna ayuda de substancia espiritual».

Contestación 7.—En respuesta á esta dificultad, la que me ha sido ya sometida en una forma ú otra por cinco corresponsales diversos, debo primero hacer notar que los filósofos católicos no niegan á los animales, ni aun siquiera á las plantas, una especie de alma ó sea

«una causa simple sin extensión y que anima»— el *ánima sensitiva*, ó «*belluina*» y el «*ánima negativa*» de los escolásticos—en virtud de la cual los primeros son capaces de la sensación, y las segundas del crecimiento orgánico, aunque sus funciones prueban que aquella alma tiene que ser inconmensurablemente inferior á la del hombre. Pero sería largo de contar el entrar en materia sobre este punto aquí. Mi contestación á esa objeción es, que no existe una prueba en la antedicha aserción de que el perro *reconoce su propia identidad* por todo el espacio de aquellos supuestos diez años. La verdad es que en ningún sentido puede considerarse como un caso de identidad reconocida. Es un caso de la «asociación de ideas». Se insiste en que la materia de que está formado hoy el cuerpo del perro, no es la misma que la materia que lo formó hace diez años. Cierto es. Pero las partículas semejantes y correspondientes de las que sus órganos de sentido están compuestos, obran sobre ellos por las mismas influencias externas (p. ej., la voz de su amo, sus gesticulaciones, miradas y silbidos, etc.) y provocan las mismas impresiones, y aquellas impresiones excitan la misma respuesta, muy semejante á la mano del músico, la que movida con violencia sobre las

cuerdas de un arpa que tantas veces ha sido enteramente restringida, evocará los mismos sonidos después del transcurso de diez ó más años. Pero con este ejemplo, mi crítico pierde de vista, si me permite que se lo diga, el punto cardinal de todo el argumento. Toda la cuestión versa, *no* sobre si el perro hoy, bajo el influjo del mismo *estímulo*, obrará como el perro de hace diez años, lo que estoy dispuesto á admitir, pero—lo que se diferencia *toto caelo*—si bien el perro de hoy en verdad realiza, y tiene la conciencia propia de que es uno y el mismo ser que verificaba sus mañas hace diez años, ó aun de que existía hace diez años. Esto, declaro de la manera más enfática, que no tiene ni sombra de prueba. Si mi crítico puede probar que el perro puede identificarse en su propia mente de perro, con el can de hace diez años, su dificultad sería una positiva. Si no lo puede probar, entonces, pues, ni siquiera ha logrado tocar el margen externo de mi tesis.

Objeción.—Otro crítico, «O. S. F.», me escribe: «Arguye usted que el recuerdo de un acontecimiento que pasó hace diez años implica la existencia de una alma inmortal».

Contestación 8.—Esto no está asentado enteramente con exactitud. Lo que sostuve fué

que implica un alma *inmaterial*, diversa al cuerpo, y no sujeta por las mismas leyes que las del cuerpo. Su *inmortalidad* descansa sobre otro y mucho más firme terreno.

Entonces, pregunta: «Si esto es así, ¿de qué manera se aplica el argumento á un animal, digamos por ejemplo al perro de Ulises?»

El perro aquel á quien el hado
Concedió viese á su amo
Tras veinte tedios años transcurridos,
Le arroja una mirada postrimera,
Y, una vez vistole, muere:
Así se cierran para siempre
Los ojos del fiel Argos!

El cuerpo de Argos no fué el mismo que presencié la partida de Ulises de Itaca, pero lo recuerda él; *ergo*, tiene aquello permanente que le llamamos alma».

Contestación 9.—Por supuesto, el perro tiene una alma de bruto, de otra manera á la verdad que ni podría ver, ni oír, ni sentir, ni tener sabor, etc. Pero nada hay que demuestre que el alma bruta es inmortal (*), aunque aquellos que así lo piensen estén en libertad de sostener semejante opinión sin incurrir en censura alguna. Es cuestión filosófica y no teológica. Pero en lo que de nuevo debo insistir aquí

(*) Consultad la *Summa* de Santo Tomás. 22, 9. 164. I. ad. 2.
«Animæ brutorum desinunt esse, corpore corrupto».

es en que cada caso se juzgue por sus propios méritos. Podemos estudiar nuestra propia naturaleza, podemos observar nuestras propias mentes, podemos obtener y sistematizar las experiencias de otros hombres; y las conclusiones á las que podemos llegar de esa manera, descansan bajo sus propias bases, y no deben de ser derrocadas ni citadas á cuenta, por causa de dificultades que sobrevengan en la creación animal, de la que apenas si algo sabemos y en cuyo interior tenemos acceso muy difícil y parcial.

En cuanto al caso mismo (1), es simplemente fantasía del poeta. No hay prueba para demostrar que el incidente tuvo alguna vez verificativo (2). Pero asumiendo que lo tuvo, yo lo explicaría bajo el principio de la asociación de ideas. Suponiendo que hace diez años que yo le pegué á un perro con suma severidad, ¿qué ocurre? Dos cosas llegan á asociarse en el alma bruta del perro, es decir, mi aspecto general por un lado, y por el otro el dolor que yo he infligido. Estos dos forman, como quien dice, dos objetos en el mismo cuadro. Consiguientemente, si á uno de estos objetos viene á colocársele ante los sentidos del perro, naturalmente vendrá á sugerirle el otro. Si des-

pués de algunos años la vista de mi cuerpo, cara y expresión vienen á dar ante el animal, esa vista excitará la idea correspondiente al dolor que tan íntimamente se encuentra asociada á ella, y el perro revelará temor. Esto es, según mi parecer, lo que realmente ocurre. Pero á fe mía, prolongado y difícil es el paso de aquello, á la aserción de que el perro puede hacer lo que hacer puede una criatura á quien se ha pegado, es decir (1), traer á la memoria el hecho claro de que hace diez años se le dió una tunda, y (2) tener conciencia íntima de que él fué el verdadero atormentado, la mismísima persona que aulló de dolor, y que echó á correr para esconder la cabeza en faldas de la madre.

Objeción.—"F. R. C. S. E." termina su carta con la observación: "Yo considero que la fisiología comprueba, fuera de duda, que tan solo por medio de la *simple materia* (!!) podemos revelar nuestra individualidad".

Contestación 10.—La materia sola ni puede ver, ni oír, ni sentir ni ejercitar en nada el sentimiento de la conciencia; mucho menos podrá ligar el pasado con el presente, ó conservar á través de los años que pasan, la convicción de la identidad personal. Si la "sola materia" fuese capaz de todo aquello, no tan solo la ge-

neración espontánea—la que de paso, ya la ciencia más elevada y de mayor avance declara ser imposible—sería sencilla y fácil, sino que mediante un poco de ingenio los químicos podrían construir en su laboratorio una máquina de pensar y de reflejar, que pudiera resolver sus problemas; esto les evitaría molestias y podría facilitarles el medio de alcanzar la solución de más razonables conclusiones. Esperémoslo así. *¡Fiat!*

Nos permitiremos, por vía de final adecuado, consolarnos con aquel pensamiento, tan bien expresado por Alejandro Pope:

Natura toda no es sino arte; para ti desconocida.
Toda suerte, dirección; oculta á tu mirada.
Toda discordia, armonía; no entendida;
Toda maldad parcial, un bien universal;
Y en rencor de orgullo, de esa razón errante del rencor,
Una verdad está clara:

SEA LO QUE SERSE FUERE, JUSTO ES.

FIN.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Páginas.
Prólogo del Traductor.	—
Prefacio.....	VII.
CAPITULO I.	
Mi Lugar en el Universo.....	I
CAPITULO II.	
¿De Dónde He Venido?.....	27
CAPITULO III.	
¿A Dónde me Apresuro á Ir?.....	55
CAPITULO IV.	
Mi Alma Durará Eternamente.....	73
CAPITULO V.	
Testimonio de la Inmortalidad.....	95
CAPITULO VI.	
Naturaleza Física del Hombre.....	113

neración espontánea—la que de paso, ya la ciencia más elevada y de mayor avance declara ser imposible—sería sencilla y fácil, sino que mediante un poco de ingenio los químicos podrían construir en su laboratorio una máquina de pensar y de reflejar, que pudiera resolver sus problemas; esto les evitaría molestias y podría facilitarles el medio de alcanzar la solución de más razonables conclusiones. Esperémoslo así. *¡Fiat!*

Nos permitiremos, por vía de final adecuado, consolarnos con aquel pensamiento, tan bien expresado por Alejandro Pope:

Natura toda no es sino arte; para ti desconocida.
Toda suerte, dirección; oculta á tu mirada.
Toda discordia, armonía; no entendida;
Toda maldad parcial, un bien universal;
Y en rencor de orgullo, de esa razón errante del rencor,
Una verdad está clara:

SEA LO QUE SERSE FUERE, JUSTO ES.

FIN.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Páginas.
Prólogo del Traductor.	—
Prefacio.....	VII.
CAPITULO I.	
Mi Lugar en el Universo.....	I
CAPITULO II.	
¿De Dónde He Venido?.....	27
CAPITULO III.	
¿A Dónde me Apresuro á Ir?.....	55
CAPITULO IV.	
Mi Alma Durará Eternamente.....	73
CAPITULO V.	
Testimonio de la Inmortalidad.....	95
CAPITULO VI.	
Naturaleza Física del Hombre.....	113

CAPITULO VII.

Muerte.—Puerta de la Eternidad..... 133

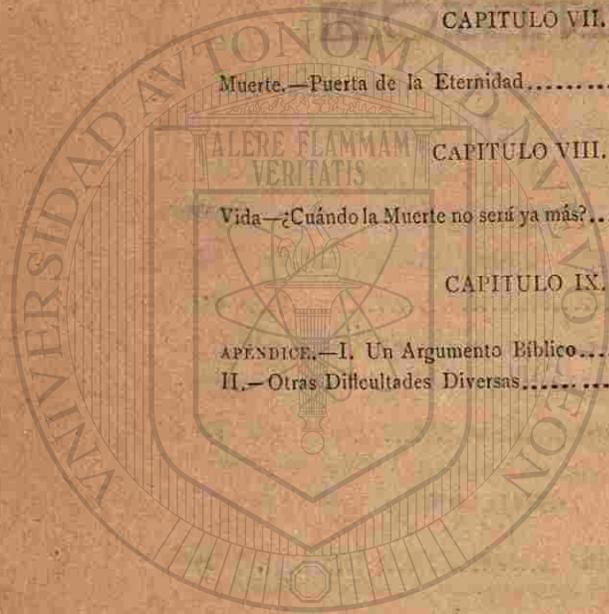
CAPITULO VIII.

Vida.—¿Cuándo la Muerte no será ya más?..... 159

CAPITULO IX.

APÉNDICE.—I. Un Argumento Bíblico..... 189

II.—Otras Dificultades Diversas..... 193

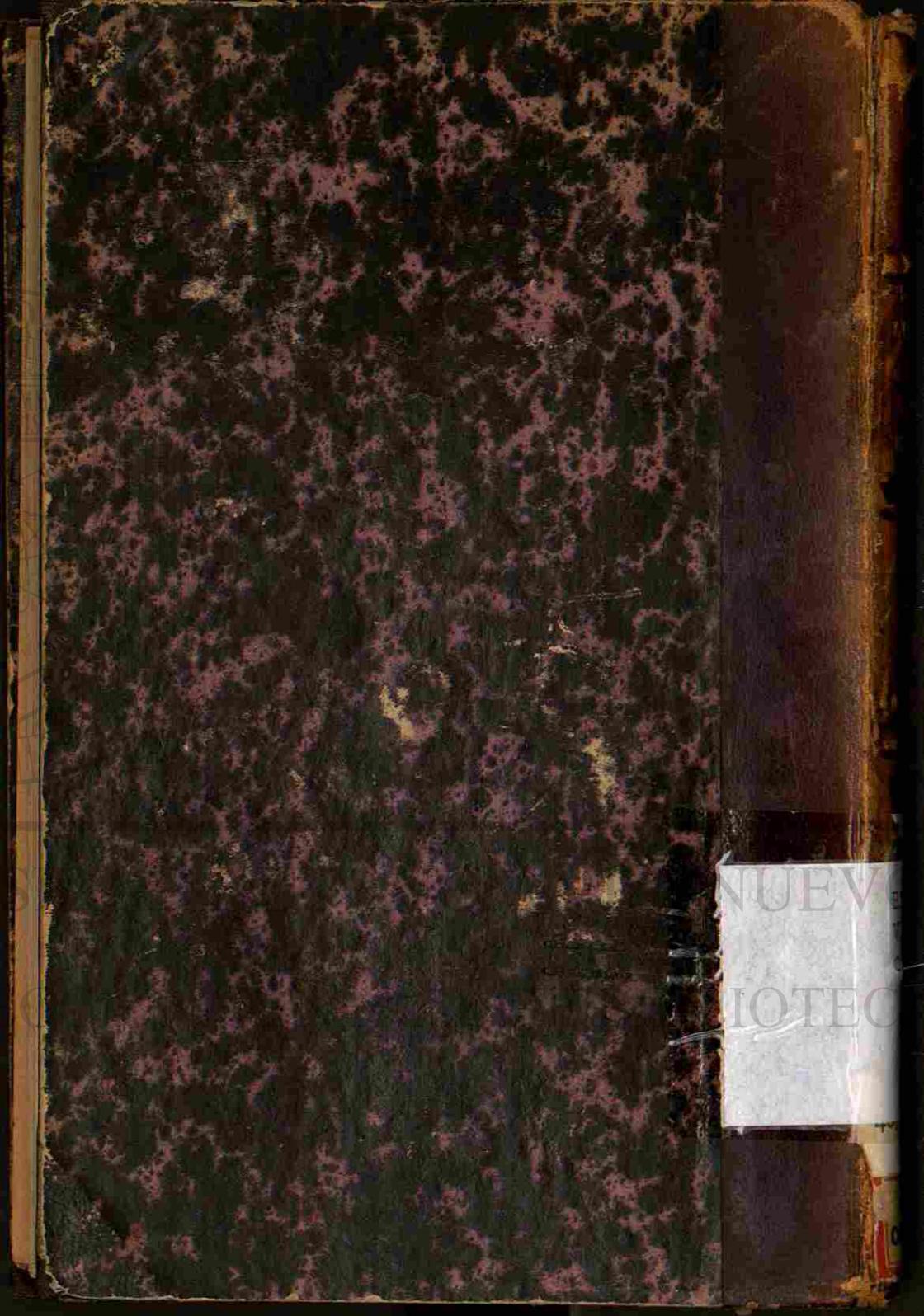


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEV
IOTEC